



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Aubón (Marques de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuera, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marques de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrozo, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cabote, Castela, Castro y Blane, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (Conde del), Collado, Cortina, Corrañi, Coimero, Correa, Cuesta, Cuelo, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, D. González, Cañamaque, Ibarra, Díaz José María, Durán, Duque de Rivas, Echegaray (J. A.), Esola y Guillen, Estrada, Fehzezaray, Boullac, Easoaya, Estrella, Eulate, Fabie, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Fierros (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gavanon, Gálvez de Molina (D. Javier), Goytisolo, Giménez Serrano, Girón, Gómez Martín, Góñal y Renté, Güelvenza, Guerrero, Inceaga, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Laaia, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Marín, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merino, Montesinos, Molins (Marques de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgaz, Ortiz de Pineto, Orosaga, Palacio, Pasaron y Lagra, Pascual (D. Agustín), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poes, Reinoso, Rotes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ross y González, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aquilera, Sagarrinaga, Sanz Perez, Saiz, Salvador de Salvador, Saimeron, Sanroma, Seijas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Feles de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidari, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Marzo de 1883.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—Las literaturas regionales, por D. Victor Balaguer.—Cuestion de límites, por D. Héctor Florencio Varela.—La orden del Becerro de oro, por D. Emilio Blanchet.—El Teatro en los tiempos que pasaron, por D. Nicolás Díaz y Perez.—Pinceladas americanas, por D. R. P. de Ochoa.—Elche moderno (conclusion) por D. Eusebio Asquerino.—Folk-Lore: Supersticiones populares, por D. L. Giner Ariva.—Hombres útiles, por D. Federico de Ayala.—Hagamos un ensayo, por D. M. M. Madieto.—Un sueño.—En el album de..., por D. Alfredo de la Escosura.—Memorias de un loco, por D. Pedro Arnó.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

La Semana Santa, tendiendo sus negros crepones sobre el mundo que es, ó alardea de ser cristiano, interrumpió los negocios temporales apartando de la tierra las miradas de los hombres y convirtiéndolas al cielo. Evocados por la voz de los predicadores que exhortaban á la penitencia y á la mortificación, surgieron de la sombra los simpáticos personajes de la leyenda evangélica, y uno tras otro se presentaron á nuestra vista el atrevido reformador de Galilea; su madre, el tipo más interesante de mujer que alcanzó á soñar la mente humana; Magdalena, la pecadora arrepentida, que enamorada de Jesús y su doctrina, le sigue á donde quiera durante su predicacion, asiste á su suplicio, le acompaña á la tumba, proclama su resurreccion de entre los muertos y piérdese luego sin dejar huella alguna de su paso en los senderos del mundo ni en la memoria de los hombres; Juan, el discípulo querido, que sobrevive á su Maestro para afirmar su divinidad; Pedro, las santas mujeres, y esa serie de figuras rayanas entre la fábula y la historia, que en estos dias y por este tiempo parecen vagar como perdidas por todos los lugares santificados por la presencia de Jesús. Nuevamente se ha representado el drama sangriento que empieza en las calles de Jerusalem y termina en la pelada cumbre del Calvario, teniendo por fondo un cielo tempestuoso preñado de espesas nubes, y una ciudad indiferente que duerme ignorante del mal que ha hecho; por actores un cadáver pendiente de una cruz y una mujer loca de desesperacion, que con los cabellos en desorden riega con sus lágrimas los piés del crucificado, y por únicos espectadores dos bandidos que expían en el suplicio afrentoso una existencia consagrada toda al crimen.

Dias son estos de tregua que abren un paréntesis á las discórdias y á las luchas de los hombres. En ellos se aplacan todos los odios, las más vio-

lentas tempestades tienen un periodo de calma relativa, la humanidad cristiana se abstrae y reza en silencio ante la tumba recién abierta de Jesús, aguardando entre sollozos comprimidos la hora de la milagrosa resurreccion. Cuando esta se verifica, cuando Jesús, ya convertido en Dios, trunca las leyes de la muerte, rompe la losa del sepulcro, y entre un foco de luz inefable se eleva al cielo á ocupar á la diestra de su Padre el lugar que para servir al mundo abandonó, la vida, que durante este tiempo ha estado como detenida, vuelve á tomar su curso acostumbrado; la humanidad seca su llanto, se olvida de Jesús, y libre del peso que gravitaba sobre su conciencia, torna á su trabajo, por un momento interrumpido.

No es, pues, extraño que durante la quincena que acaba de transcurrir, apenas haya un hecho digno de llamar la atencion de los lectores. Cerradas las Cámaras y suspendidas las sesiones durante la Semana Santa, dispersáronse los diputados, y apenas si en el salon de conferencias del Congreso se sentian algunos latidos, nuncios de que la política no estaba muerta, sino solo adormecida.

Los dias que á la Semana Santa precedieron no pueden aportar novedad ninguna á esta Revista general. Terminó el largo debate que iniciaron los conservadores, á propósito de las indemnizaciones de Saida, y se resolvió la cuestion de incompatibilidades, puesta sobre el tapete por la proposicion Lopez Dominguez, repetida despues por Cañamaque: en todo esto nada hay que ofrezca verdadero interés para el país. Sólo la cuestion social siguió alimentando la voracidad de ese monstruo que se llama espectacion pública, con sus mil incidentes contados y repetidos de mil modos por la prensa; y siguieron tambien las prisiones colectivas y la formacion de centenares de causas. A 2 000 llegaron los presos, y la atencion de las gentes, alarmada ante el número, llegó á preocuparse de esas 2 000 familias que faltas de sus jefes quedaban en la miseria. El número de mendigos aumentó considerablemente en Andalucía; el obrero que está en en la cárcel no trabaja, y cuando el obrero no trabaja, su familia se muere de hambre; y tal sistema más bien conducia á enconar heridas, á fortalecer odios, que á reparar males causados por la defectuosa organizacion de la sociedad. Por fortuna sucedió lo que no podia menos de suceder; los ilustrados jueces á quienes se encargó la sustanciacion de tanto proceso, hicieron la debida separacion entre políticos y criminales, entre socialistas y asesinos; reconocieron que dentro de las leyes constitutivas del Estado no tienen pena

ni cometen delito los primeros, y á las prisiones en masa van sucediendo los sobreesimientos colectivos de las causas formadas erróneamente. Solo cuando esta separacion entre unos y otros, que á la vez reclamaban la justicia y la sociedad, concluya de llevarse á cabo, sólo entonces se sabrá quién son y dónde están los asesinos, y quién son y dónde están los federados obreros.

No hay mal que por bien no venga, dice el refrán, y lo confirma la naturaleza que hace fértil, despues de una inundacion los terrenos que antes devastaron las aguas enfurecidas; en la ocasion presente, la frase popular tiene nueva aplicacion: el descubrimiento de *La Mano Negra* y la alarma que el tal descubrimiento ha producido, ha puesto de manifesto la existencia de un mal que parecia arraigado, pero no tanto como en realidad lo está; la cuestion social que hace tiempo se agita, se desenvuelve, toma forma entre trabajadores y obreros, los aliena en sus horas de trabajo, constituye para ellos un verdadero ideal sin cesar renaciente y sin cesar alimentado en lo más hondo, en lo más oculto de los hogares andaluces. Y este movimiento que poco ó nada habria significado en otro tiempo, hoy tiene una trascendencia grande, porque no es un hecho aislado, aberracion de unas cuantas inteligencias obcecadas, sino, por el contrario, una suprema aspiracion de gentes de diversas costumbres y de varios países, y que viene á acusar la existencia de grandes, de inmensas necesidades. Poco importaria al mundo lo que acontece en Andalucía si fueran los andaluces los únicos en pedir reformas y los únicos en asociarse para conseguirlas; pero no lo son. Siéntense en el viejo planeta las repetidas convulsiones que anuncian el fin de una sociedad, el desquiciamiento de todo un mundo, y el fantasma social no es un sueño del Gobierno español, si no la pesadilla de todos los Gobiernos. Aquí, en España, son los internacionalistas; en Francia los anarquistas; en Irlanda los fenianos; en Rusia los nihilistas; los socialistas en Alemania... Estos movimientos que ahora nos asustan, no son, sin embargo, más que pequeñas grietas por donde el vapor á duras penas contenido, tiende á escaparse; pequeños ruidos interiores que anuncian la erupcion pronta á estallar, débil rujido de las olas aglomeradas que presagia la inundacion irresistible.

En todas partes es el mismo el ideal; parece que los deseos de reformas vagan diluidos en los efluvios del aire que respiramos y que, por tanto, en todas partes penetra y en todos los espíritus se infiltra. Hay desigualdades irritantes en el mundo; hay clases enteras de la sociedad proscritas

del bienestar y los placeres; hay seres que solo viven para gozar y seres que sólo viven para padecer. La alegría es patrimonio de aquellas; el dolor patrimonio de éstas. El placer es la única ley de las primeras; el trabajo la única ley de las segundas. Y estos diferentes estados, estos diversos modos de ser han de traer forzosamente una catástrofe. La historia del pasado, profetisa de la historia del porvenir, nos la anuncia en todas sus páginas. En la penosa marcha con que la humanidad persigue su perfeccionamiento, los débiles de ayer, que son los desheredados de hoy, sólo han conseguido algunas conquistas preciosas de derechos á fuerza de violentas sacudidas que han agitado á los fuertes, á los favoritos de la fortuna. Divididos los más, son fácilmente dominados por los menos. Cuando los pueblos impulsados por alguna gran idea ó movidos por una imperiosa necesidad han dado á sus miembros la cohesión de que carecen, entonces la fuerza avasalladora del número les ha dado la victoria. Pero ¡ah! que estas victorias cuestan caras, muy caras á la humanidad.

Roto el cáuce que le sujeta, desbórdase el torrente arrastrando inocentes y culpables en su camino. Fertiliza los campos, pero inundándolos y devastándolos primero; luego, cuando las aguas se retiran, se ven los destrozados de la inundación; sólo algún tiempo después surgen á la vista sus dichosas consecuencias.

Por eso debían evitarse estas terribles convulsiones que ponen en peligro la existencia de la humanidad. Por eso la caridad debía tender su manto entre unos y otros. Por eso los legisladores debían fundar sobre leyes sábias la armonía de todas las clases sociales... El movimiento que hoy se observa en Europa viene á probarnos claramente que no se hace así, sin embargo; que hay en la organización social defectos importantes que corregir; y lo que no hacen los Gobiernos, lo que no hacen las clases conservadoras, las clases inteligentes, quieren hacerlo esos desarrapados de rostro tostado por el sol y manos encallecidas, esos millares de hombres que no saben leer, ni escribir, ni pensar; que se mueven como arrastrados por una fuerza inconsciente, por un impulso irresistible, parecidos á aquella fuerza y á aquel impulso que no podían vencer y que en el siglo V guiaba á Alarico y á Atila dirigiéndolos contra Roma. No os burles de esos hombres que no piensan, que aisladamente nada son y nada significan, desheredados de la inteligencia lo mismo que de la fortuna. Colectivamente son fuertes, irresistibles, porque tienen una fuerza de que nosotros carecemos: el número, y un incentivo que les hace mirar la muerte como un dón de la caprichosa fortuna: el hambre, fantasma torturador de sus sueños, desgarrador de sus entrañas, pérfido director de sus instintos.

El movimiento social ha de llenar, necesariamente, todo el espacio que á esta Revista general conceden las columnas de LA AMÉRICA. Epoca de transición la que atravesamos, muévense en ella los hombres de buena voluntad sin ideales, sin aspiraciones, naufragos del temporal, que luchan con las olas sin saber hacia donde han de dirigirse, porque no luce sobre sus cabezas ninguna estrella que les guíe, ni arde ante sus ojos fero ninguno que les alumbré. La indiferencia nos recogió en la cuna y nos dió á beber su leche que hieló la sangre en las venas y torna estátuas á los humanos que se nutren con ella. Y como envueltos en una atmósfera pesada y triste por la que rueda un sol que no calienta, cuyos rayos no llegan á romper las nubes que se le oponen, así vamos nosotros por el mundo. Fáltanos aire puro que respirar, y cual si nos moviéramos en el vacío, ningún rumor llega á nosotros; los ecos de las generaciones que pasaron, y que nos impulsan á que sigamos adelante, mueren antes de herir nuestros oídos. La fé huyó de nosotros, la esperanza huyó con ella, y para que la admitiéramos en nuestro hogar la caridad tuvo que vestirse el manto de la filantropía, y dar funciones de teatro y aprender pasos de baile, con lo cual no creemos en nada, no esperamos nada, y como adquirimos la ciencia diluida en una novela de Julio Verne ó en una fantasía de Flammarion, así también ejercemos la caridad, aderezándola con afeites indignos de ella y que la desnaturalizan por completo.

No, no es la negación, ni siquiera la duda, el mal que nos corroe lentamente; en la duda, en la negación, hay aliento y hay vida; lo que nos mata es la indiferencia, símbolo de muerte, helado paisaje en que, bajo los témpanos que lo forman, ni un solo átomo viviente aguarda la hora de su resurrección.

Y tal estado de nuestros espíritus se refleja en todos nuestros actos, tiene su imagen en todas nuestras ideas, y se traduce por un malestar general que alcanza á todos los miembros del cuerpo social. Lo que nosotros sentimos de un modo, siéntenlo también, aunque en distinta forma, las clases inferiores; y lo que en nosotros es indiferencia, es en ellos odio y rencor. Las pasiones se desencadenan, los instintos del bruto despiértanse poderosos; y como faltan datos para resolver el problema de la existencia, trúnca la verdadera solución, y cada uno dá como tal lo que no es más que una hipótesis más ó menos atrevida. A este malestar responden esas asociaciones numerosas que se constituyen en las sombras más espesas, discuten en la más densa oscuridad, y quieren trastornar el planeta, conmoviendo sobre sus ci-

mientos, trazarle nuevas sendas, y precipitarse por ellas en busca del bien y la felicidad que en vano persiguen por los senderos que hoy recorren.

¿Qué pasará? En la lucha que hoy parece inevitable, ¿quién será vencedor? ¿Surgirá de esa gran conflagración social la fórmula del porvenir que dé solución al problema y le asiente sobre inmutables teorías? ¿Seguirá un período de calma y bienestar á estos días de turbación y duda? Sobre los elementos desencadenados del mundo moral que se aprestan á reñir tan imponente batalla, ¿atenderá Dios el arco-iris como—según la leyenda bíblica—lo tendió ayer sobre los elementos desencadenados del mundo físico?

Los que han de combatir no se preocupan en ello. Cuentan sus fuerzas, las ensayan para la lucha que ha de empezar en breve plazo, al parecer; se organizan, y en todas partes hacen gala de su poderosa organización. El descubrimiento de *La Mano Negra* nos ha revelado lo que son en España esas asociaciones que solo en las comarcas andaluzas cuentan un contingente de cuarenta mil asociados: algunos hechos ocurridos en Francia, Inglaterra y Rusia nos dicen lo que son en esos últimos países.

A raíz de nuestra última Revista la capital de Francia ha sido teatro de grandes perturbaciones; la policía parisiense tuvo que desplegar todas sus fuerzas, el Gobierno se vió obligado á hacer uso de toda su energía para no dejarse arrastrar por los anarquistas, que so pretexto de una manifestación de los obreros sin trabajo, ocasionó serios disturbios, puso á las tropas sobre las armas y provocó en la Cámara popular un debate á que el Ministerio Ferry puso término declarando que haría respetar la ley á todos cuantos tratasen de infringirla. Fingiéronse alarmados los reaccionarios de todos matices, y á voz en cuello declararon que la república no es la sino la perturbación; que las nuevas instituciones son impotentes para encadenar las pasiones del pueblo, y haciendo un cargo al Gobierno porque entregaba la sociedad indefensa á sus enemigos los anarquistas; pero los hechos posteriores desmintieron esas afirmaciones interesadas; el Gobierno entregó á los tribunales á los que alborotaban, dispersó los grupos, sosegó los temores y se manifestó fuerte en su actitud enérgica y cuidadosa de los amaños de sus enemigos.

La cuestión irlandesa sigue en pié; los procesos que los jueces forman á los partidarios de la liga agraria dan á conocer constantemente las múltiples ramificaciones que tiene la rebelión. Hace pocos días, la culta Londres se ponía en movimiento; el sordo ruido de una fuerte explosión la sacudía violentamente; corría la gente desalentada, no sabiendo explicarse la causa de aquella estruendosa detonación; volcaban dos coches que á larga distancia del lugar del suceso se encontraban; varias personas caían desmayadas al suelo, y la policía toda se dirigía afanosa á uno de los puntos más populosos de la ciudad: una mano desconocida había pretendido volar parte del Ministerio del Interior donde tiene el ministro su despacho, y había pretendido cumplir su criminal propósito depositando unas doce libras de dinamita en unos sótanos que se extienden por bajo del despacho. Por fortuna, no ocurrieron desgracias personales.

Pasados los primeros instantes de estupor, preguntóse todo el mundo quiénes eran los autores del atentado, y el Gobierno ofreció una recompensa de 1.000 libras esterlinas á sus delatores, pero nadie hasta ahora se ha presentado á reclamar el premio. Por su parte, los fenianos se confiesan únicos autores del hecho, y su jefe O'Donovan Rossa declara públicamente á un periodista que la explosión se hizo por la dinamita, y lee un telegrama de Boston, en el cual le felicitan por el suceso y al par le ofrecen numerosas suscripciones Scheridan también, cuya extradición será negada por el Gobierno americano, considera la explosión de Londres como obra de los irlandeses y preludio de más graves acontecimientos.

En esta lista de naciones conmovidas por la revolución no podía faltar el nombre de Rusia, y no falta, en efecto. Noticias posteriores dejan entender que el nihilismo vuelve á agitarse, y en vísperas de la solemne coronación del czar se dispone á dar nuevas señales poderosas de existencia. Siguen en aquel país los preparativos para la gran fiesta de Moscú, pero aunque todo parece estar ya dispuesto, penetra el temor en los ánimos más serenos, y los que siguen con algún cuidado la marcha de la política moscovita, empiezan á preguntarse si la ceremonia no tendrá que sufrir nuevo aplazamiento, ó no será al menos turbada por algún complot nihilista.

Tales son las noticias de política internacional que registra la última quincena. Como se ve por la rápida exposición que de ella hemos hecho, el espectáculo dista mucho de ser tranquilizador.

* *

A los muertos ilustres á que damos puesto en esta parte de nuestras columnas, hemos de agregar uno más: el príncipe Gortschakoff, que hace pocos días falleció en Baden-Baden á la edad de ochenta y cinco años.

El nombre del que durante largo tiempo ejerció el cargo de gran canciller del imperio ruso es sobradamente conocido para que necesite una extensa biografía que traiga á la memoria sucesos de alta

trascendencia que aun no han podido ser olvidados por nadie.

Consagrado á la diplomacia desde muy joven, pues aún no tenía veintidos años, desde 1860 tomó parte muy activa en los negocios europeos, apoyando la expedición francesa á Siria, negándose á intervenir en la lucha de los Estados Unidos, rechazando altivamente las reclamaciones de Francia, Inglaterra y Austria, con motivo de la insurrección de Polonia, y consumando la ruptura de Rusia y la Santa Sede. En 1862 fué nombrado vicecanciller del imperio. Profundamente hostil á Inglaterra y Francia, encontró en los sucesos de 1870 ocasión de borrar los resultados de la guerra que terminó con el tratado de París, y en Octubre de aquel año expidió una circular declarando á Rusia desligada de las cláusulas de aquel tratado. El Congreso de Londres reconoció el derecho de la navegación del Mar Negro. En la última guerra contra Turquía acompañó al czar, tomando luego parte en la conferencia de San Stéfano y en el tratado de Berlín. Muerto el emperador dejó la política activa, entre otras razones por el mal estado de su salud.

Como siempre que muere un alto personaje, empezaron á correr rumores de que el príncipe había muerto envenenado. Y es que el pueblo tiene en tan alta idea á esos hombres que dirigen los asuntos del mundo, que acostumbrado á verlos vencedores de los hombres, se resisten á creer que sean vencidos por la muerte. Unos han achacado su muerte á los nihilistas, otros han desenterrado algunos detalles de la vida privada del príncipe, para deducir de ellos indicios de envenenamiento. Lo mismo pasó con Skobelev. Un telegrama oficial ha venido á poner término á la contienda, declarando falsos tales rumores. Desde hoy, pues, estamos obligados á creer, de real orden, que la muerte de Gortschakoff ha sido perfectamente natural. ¡Desgraciado el que otra cosa crea en Rusia, y se atreva á manifestar sus opiniones!

* *

Sea buena la última impresión que deje en el ánimo nuestra Revista general: dediquemos sus postreras líneas á un emiente novelista, á quien la España que piensa ha hecho anteayer objeto de una entusiasta y calurosa manifestación: á Benito Pérez Galdós.

Pérez Galdós es, sin disputa, el primer novelista de nuestra patria y uno de los primeros de Europa. *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La Desheredada*, *Leon Roch*, le pusieron al frente del movimiento literario español, señalando la aparición de estas obras el renacimiento de la novela en España; sus célebres *Episodios Nacionales*, fiel reflejo de una generación pasada, son viva prueba de su patriotismo. No hemos de entrar, á propósito de Galdós, en comparaciones que siempre son odiosas; quizá Alarcón tiene más imaginación, quizá Valera es más castizo; para nosotros, sin embargo, Pérez Galdós es el mejor y el primero entre los novelistas españoles.

Anteayer sus admiradores de la corte le obsequiaron con un banquete al que las armas, las leyes, la elocuencia, la poesía, la dramática, acudieron á rendirle el tributo más sincero de su admiración. Habló Echegaray, habló Castelar, habló Cánovas, y todos alabaron á Galdós. Nunca escritor alguno disfrutó un placer tan grande.

Humilde es, sin duda, nuestra adhesión, y poco significa en el vasto campo de la literatura; vaya, no obstante, y lleve al distinguido escritor un aplauso, no ménos entusiasta y sincero que los que la otra noche halagaron sus oídos.

Hoe.

LAS LITERATURAS REGIONALES.

DISCURSO LEIDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCION PÚBLICA DE DON VÍCTOR BALAGUER.

(Continuacion.)

Según se ve y se deduce, debía esta poesía cantarse á coro por masas de pueblo y de soldados, en las aldeas y lugares de Castilla, provocando el entusiasmo público á favor de una empresa que se realizó y obtuvo el éxito más completo, para gloria de sus capitanes, el rey D. Alfonso y el conde Berenguer IV de Barcelona.

Ya después de Marcabré los trovadores son numerosos en Castilla y en Leon. Se les encuentra ocupándose de cosas de estos reinos, interviniendo en sus asuntos, influyendo con sus poesías (sus artículos de periódico diríamos hoy) en determinadas soluciones políticas, dando consejos á sus reyes, criticando ó elogiando ciertos hechos públicos, deprimiendo ó apoyando las empresas y proyectos que se realizaban ó atribuían á sus gobernantes, tomando parte en los duelos, en las alegrías, en los desastres, en los triunfos y en las glorias del pueblo castellano.

Así vemos, por ejemplo, que no nacidas aún las musas castellanas, es la lira provenzal de Pedro de Auvernia la que entona un canto de alabanza en honor de Sancho III al subir éste al trono que sólo pocos meses debía ocupar (*Bel m'es quan la rosa floris*); así vemos al famoso Beltrán de Born dirigir á Alfonso VIII *el de las Navas*, uno de sus mejores y más varoniles *serventesios* (*Miez serventes vullfar*) para empujarle á intervenir en

los asuntos de Provenza; á Folquet de Marsella lamentar en levantadas estrofas la rota funesta de Alarcos, pidiendo á los pueblos y á los reyes que se alzarán en favor y auxilio de Castilla y de su noble monarca (*Hueimais no i conosc razó*); á Giraldo de Calansó confundir su llanto con el del pueblo castellano para dedicar una sentida elegía á la muerte del príncipe D. Fernando (*Belh senhor Dieus*); á Gavaudan el viejo profetizar la jornada gloriosa de las Navas, en la cual tomó parte como soldado (*Profeta será en Gavaudas*); á Aymerico de Peguilhá recordar su estancia en Castilla en unos versos que debían ser inmortalizados por el Petrarca (*En Castela, al valen rey N. Anfós*); á Pedro Vidal predicar la unidad y la integridad de la patria española, reprochando duramente á los monarcas españoles sus odios y rencores mútuos, y pidiéndoles su concurso para combatir el enemigo común hasta que España fuera una y tuviera una sola ley y una sola fe (*Als quatre reis de Espanha*); á Rimbaldo de Vaquiras, por fin, escribir en castellano, ó mejor en gallego, los versos más antiguos que se conocen en esta lengua (*Mas tan temo vostre pleito*).

Pero hay más; que si esto sólo fuera, no bastaría á demostrar mi tesis; son innumerables las citas que pudieran hacerse, y yo haría, si se tratase de un libro, en vez de un discurso y de un acto como estos, para los cuales tengo que reducir y concretar los argumentos, á fin de cansar vuestra atención lo menos posible y abusar lo menos posible de vuestra benevolencia. Son infinitas, repito, las poesías de los trovadores cuya simple lectura da á conocer la intervención que aquellos poetas tuvieron en Castilla y en las cosas ó intereses de este reino. Los trovadores se agrupan junto á Alfonso VIII, Fernando el Santo y Alfonso el Sabio, especialmente en torno de este último, que les distingue, les colma de honores, les llama hasta á sus consejos, *tensiona* con ellos en habla provenzal y, cuando la caída de la dinastía tolosana, les ampara con tan hidalga y completa hospitalidad, que hasta ha podido sospecharse, con cierto fundamento, que llegó á ofrecerles una villa libre y franca para su estancia y hospedaje.

Durante el reinado de estos monarcas, Guillermo de Bergadá se refugia un día en Castilla huyendo las venganzas y los odios provocados por sus punzantes *serventesios*; Hugo de San Cyr manifiesta en sus versos el deseo, por fortuna no logrado, de que el monarca castellano apoye á la Francia y á la Iglesia contra Tolosa; Elías Cairel ensalza al rey de Leon; Guillermo Ademar habla de sus amores con una dama castellana; en las obras de Beltran de Alla nanón, de Sordel el mantuano, de Azemar el negro, de Galcerán de San Didier, de Beltran Carbonell, de Bartolomé Giogi, de Ramon de la Tor, de Paulet de Marsella, de Beltran de Rovenhac, de Beltran de Born el hijo, de Aymerico de Belenoy, de Elías Fontsalada, de Arnaldo Plagués, de Ramon de Castelnan, de Pedro Roger, de Sabarico de Mauleon, de Folquet de Lunel y de otros muchos, se hallan frecuentes alusiones á Castilla, repetidas alabanzas á sus reyes, juicios y consideraciones sobre la política castellana, elogios de damas y barones de estos reinos.

Hugo de l'Escure ocupa un empleo en la corte del monarca castellano, al cual dedica y consagra sus poesías; Guillermo de Montagnagout, el trovador que fué ministro y consejero del joven conde de Tolosa, y preparó el levantamiento de Provenza, está en íntimas relaciones con el rey D. Alfonso y de acuerdo con él combina sus planes políticos; Pedro Wilhem traza un cuadro de las cosas que pasan en la corte de Castilla; Savarico de Mauleon llega á estos reinos acompañado de otros poetas de su país, y asombra con el lujo y ostentación que despliega; Ramon Vidal escribe su novela de *El celoso castigado*, para solaz y entretenimiento de la reina de Castilla y de sus damas; Ebles abandona su apellido para tomar el de *Sancha*, único con el cual la posteridad le conoce, por amor á una dama castellana; otro poeta provenzal llamado Pedro, se apellida *el español* por recuerdo á estos países; y, finalmente, Bonifacio Calvo es el favorito de D. Alfonso el Sabio, llega con su apoyo á los más altos honores, sirve con sus poesías los designios del rey, íntima con una princesa de sangre real, excede á todos en privanza, influye en la vida política del reino, toma parte acaso en la redacción y compilación de las *Cantigas*, y escribe una de sus obras para aconsejar al monarca que haga de su corte una corte de Provenza, centro de júbilo, de poesía, de prez y de cultura.

El consejo de su poeta favorito estuvo á punto de ser aceptado por Alfonso el Sabio, pues es indudable que acarició la idea de restaurar la poesía provenzal, cuando ésta fué arrojada de Provenza por los franceses invasores, y de aposentarla en Castilla, haciéndola revivir en este reino, como para llamarla á nuevos destinos en nueva patria. Altas razones políticas pudieron impedir á D. Alfonso la realización de este proyecto, que llegó á intentar; pero es de todas maneras sabido, y es hora ya de hacerlo constar, que aquel sabio monarca fué poeta provenzal y trovó en este idioma. Ahí están con sus *Cantigas*, á las que no es ciertamente extraño el gusto provenzal, sus poesías en contestación á las que le dirigieron los trovadores Nat de Mons y Giraldo Riquier, y por cierto que si en la primera de ellas puede alguno encontrar tendencias de libre pensador, en la segunda

hallarán todos excelencias de sentido y verdadero poeta (8).

Basta, señores académicos, esta sola enumeración, aún hecha atropelladamente y á la carrera, para demostrar que aquellos poetas no pudieron pasar por Castilla, ni intervenir así en sus cosas públicas, ni hacerse tan populares con sus cantos, sin dejar huella de su paso y de su existencia, sin influir en la lengua y en la literatura del país. Efectivamente, los primeros poemas castellanos están llenos de frases y voces lemosinas; infinidad de vocablos castizamente provenzales y catalanes hay en vuestro propio *Diccionario de la lengua castellana*, y sobre tres centenares de ellos, rápidamente cogidos al vuelo, os presento aquí por nota (9).

Y aún más. Las huellas que aquellos poetas dejaron en nuestra literatura castellana, son evidentes y están al alcance de cualquiera que se tome el trabajo de estudiar con crítica este asunto.

No hablo ya del *Libro de trovas* del rey D. Dionis, ni del *Cancionero del Vaticano*, donde los poetas gallegos y portugueses aparecen como legítimos y verdaderos trovadores, con el espíritu de éstos y con todas sus mismas buenas y malas cualidades; no hablo tampoco de las *tensiones*, *pastorelas* y *vagueiras*, género de poesía provenzal que hubo de quedar aclimatado en la literatura gallego-portuguesa. Hablo de tiempos posteriores y de épocas en que negar esta influencia es una temeridad, muy patriótica quizá, no lo pongo en duda, pero muy arriesgada y peigrosa.

Todo induce á creer y á demostrar que los provenzales inventaron la rima y las combinaciones métricas; pero aún cuando no fuera así, como algunos sin bastante fundamento suponen, es indudable que las llevaron á un grado tal de perfección y de primor, que por necesidad debían de ser imitados por los poetas castellanos en sus decires y canciones. Pero no solo en su forma, si que también en el fondo resalta la imitación.

El carácter subjetivo de la poesía provenzal lo tiene marcado en sus comienzos la poesía castellana. La romancesca vida de Macías el enamorado y de Rodriguez de Padron el triste, sus trovas y canciones refiriendo sus cuitas y lamentando sus amores contrariados, ¿qué otra cosa son sino vidas y obras de aquellos trovadores provenzales que morían, como Guillermo de Cabestany, víctima de los celos de un marido, ó que despues de haber aspirado al amor de una reina, como Bernardo de Ventadorn, iban á enterrarse vivos en las soledades sombrías de un vetusto monasterio?

Si en las *Cantigas* del rey D. Alfonso el sabio; si en los versos de Rabi don Santo; si en las obras del fecundo Arcipreste de Hita se ve clara y evidente la imitación lemosina, la imitación y el género, y la esencia y el espíritu, y la forma y el fondo, todo lo tienen los poetas comprendidos en nuestros primeros cancioneros, singularmente en el de Baena.

Prescindiendo aún de que la sociedad castellana de entonces tenía muchos puntos de contacto con la sociedad de Provenza, y que en una como en otra el respeto y homenaje á la dama alcanzaban toda la importancia y solemnidad de un culto, ¿qué son aquellos poetas del *Cancionero de Baena*,—por ejemplo, y por referirme sólo á ellos en este caso,—qué son sino los sucesores legítimos y naturales herederos de los poetas lemosinos, que con sus cantos habían dado tanto realce y esplendor á la corte de Castilla? ¿Qué son aquellas *Adivinanzas oscuras* y aquellas *Couplas de consonantes dobladas* de Alfonso Alvarez, sino las *Devinas* y *Coblas encadenadas* de los provenzales? Los decires de Micer Francisco Imperial, ¿qué son sino *Cançós* y *Descorts*? Las *Fynidas* que se encuentran en casi todas las poesías del *Cancionero de Baena*, ¿qué son más que las *Tornadas* de los trovadores? Las *Requestas* y *Preguntas* y *Respuestas* y *Replicaciones* de Ferrant Manuel, Alfonso Sanchez, Juan de Baena, Alfonso Alvarez y otros, ¿son por ventura distinta cosa que los *Partiments*, los *Jochs partits* y las *Tensiones* provenzales? ¿Qué son sino *serventesios*, el *Dezir* que *Ruy Paes de Rivera* fiso é ordenó al *Rey nostro señor quando desbarataron é vengieron á los moros de Granada*, el otro *Dezir* de *Pero Ferrús* al *rey D. Enrique*, que tiene todos los visos de estar calcado sobre uno de Bonifacio Calvo á D. Alfonso el sabio, el *Dezir* que *envió Juan de Baena* al *señor Rey sobre las discordias por qué manera podían ser remediadas*, y otras muchas composiciones de este género en aquellos cancioneros continuadas? La poesía de D. Alvaro de Luna, el condestable, diciendo que

Si Dios nuestro salvador
hobiera tomar amiga
fuera mi competidor,

¿en qué se diferencia de aquella trova provenzal de Bonifacio Calvo á una su amiga, prima ó sobrina de Alfonso el sabio, donde dice que si Dios quisiera escoger una dama en este mundo, su amada sería sólo la elegida?

Y viniendo á tiempos más modernos aún, no sería difícil suponer que el autor de *El desdén con el desdén* hubo de buscar los conceptos de su más bella escena en aquella poesía de Aymerico de Peguilhá, *Car li ucill son dragoman del cor é l' ucill vaun vezet*, como no sería tampoco muy aventurado pensar que la celebrada fábula de Juan Ruiz de Alarcón en su *Exámen de maridos*:

Un aguacero cayó
en un lugar, que privó
á cuantos mojó, de seso...

pudo ser inspirada por la *faula* de Pedro Cardinal, que comienza así tambien:

Una ciutat fo, no saí quals,
on cazet una plueia tals
que tout l'ome de la ciutat
que toquet, foron dessentat...

Lengua y literatura castellanas, si bien se examina, deben reconocer que en su origen entraron por algo, al menos, la lengua y literatura provenzales.

No hay que empeñarse en desconocer esa influencia, cuando lejos de ser en menoscabo de este reino, es en gloria suya, ya que aquella lengua culta y literaria no vino á imponerse como conquistadora ó intrusa, sino que llegó atraída y llamada por Castilla, al conceder espléndida y régia hospitalidad á sus escogidos cultivadores. No debe negarse esa influencia á la literatura provenzal, como no pueden ni deben negársela tampoco la catalana y la portuguesa (y ésta mucho menos aún), las dos lenguas históricas que en torno de la castellana, aparte siempre la singular euskara, han de venir á formar un día, cuando España vuelva á ser una, que lo será, los tres idiomas latinos de la nación peninsular y las tres literaturas españolas, ya que ellas tienen tambien los tres romancescos, las tres tradiciones y las tres historias, pudiendo presentar Castilla su poema del Cid refrendado por Cervantes, Cataluña su Crónica de D. Jaime *Conquistador* legalizada por Ausias March, y Portugal-Galicia sus *Cantigas* de D. Alfonso el Sabio visadas por el gran Camoens.

Ya nuevas preclaras Academias españolas, comprendiendo las necesidades que consigo traen el progreso y el siglo, salieron al encuentro de esta idea que flota en la atmósfera. No hace ciertamente mucho tiempo que á raíz casi de haber celebrado esta vuestra noble Academia, ante un monarca portugués, una solemne sesión para hacer constar la fraternidad de los idiomas y de las letras de Portugal y de Castilla, uno de vuestros ilustres individuos, el Sr. D. Manuel Cañete, iba á presidir los Juegos Florales catalanes en Montserrat, al propio tiempo que otro digno individuo de la Academia de la Historia, el señor Romero Ortiz, presidía los de Galicia en Pontevedra.

Ello se realizará, señores académicos, que las cosas humanas acaban por ser siempre lo que han de ser. Y se realizará, y se hará, para mayor fuerza y mayor consistencia de la unidad española, que en lugar de reducirse, tiende, y ha de tender siempre, á ensancharse y fortalecerse, ya que sobre la haz de la tierra no existe otro país donde el sentimiento de nacionalidad se revele más vigorosamente que en el nuestro, ni hay otro donde el patriotismo nacional brote con más acentuados y varoniles caracteres que en España.

Patente demostración de esta verdad es aquí todo: literatura, costumbres, tradiciones, historia. Vedlo sinó en nuestra poesía, la de la corte y la del pueblo, la antigua y la moderna, la nacional y la regional; vedlo en nuestros cantares y romances, que no morirán nunca porque son el poema de nuestra patria, la epopeya de nuestras glorias. Sea cual fuere la lengua ó el dialecto en que un español exprese sus sentimientos, como deje hablar á su corazón, allí resalta el amor á la patria común: que esto es lo que tiene de singular y característico nuestra poesía, precisamente lo que no tiene poesía ninguna de otro país, al ménos en el grado que ella.

En las extranjeras no existe ningun sentimiento que predomine y las imprima sello y carácter, sucediendo, por lo general, que los autores van á buscar sus ideales, sus asuntos, y hasta su inspiración, fuera del centro en que se agitan y viven; pero en los españoles, pero en el canto de *Altabacar* de los euskaros, pero en el castellano Cervantes, pero en el catalán Jaime I. pero en el lusitano Camoens, pero en nuestros líricos del siglo de oro, pero en nuestros selectos cantares y en nuestros monumentales romancescos, hay un móvil que supera á todo, un sentimiento que á todos domina, que seduce, que arrastra, que avasalla, que se impone: la patria, la patria española con sus cielos espléndidos, que hacen pensar y creer en Dios; con sus mares inmensos é infinitos, que hacen pensar y creer tambien en la libertad y en la independencia, con sus ágras montañas, que escalan el cielo y que son nidos de glorias inmarcesibles; con rios caudalosos como el Duero y el Tajo, que naciendo en las montañas de Castilla y de Aragón, no quieren precipitarse en el Océano sin antes recorrer el Portugal, como para recordarle que es tierra española; con sus cantares de Córdoba y Granada, sus leyendas místicas de nuestros solitarios cenobios, sus recuerdos de capa y espada de Madrid y de Toledo, sus anales caballerescos de Leon y de Burgos, sus sobre alzadas gestas de la robusta Asturias, sus peregrinas tradiciones de la verde Galicia, sus empresas marítimas y sus fastos consulares de la ingente Barcelona, sus trovas lemosinas de la bella Valencia, sus varoniles enseñanzas de Zaragoza y de Caspe, sus rudas empresas de los valles euskaros, que todo esto es la patria, que todo esto es España, nuestra querida, nuestra idolatrada España, para la cual emprende el astur la reconquista, para la cual canta Camoens en castellano, para la cual pelea el catalán en los

riscos del Bruch y en los inmortales muros de Gerona, para la cual resiste el navarro en Roncesvalles, para la cual el extremeño Hernán Cortés va a conquistar la Nueva España y el vasco Elcano da la vuelta al mundo; España, la tierra que nos sustenta, el cielo que nos cubija, la que es tumba de nuestros padres y lo ha de ser de nuestros hijos, la bandera bajo cuyos pliegos todos cabemos, y la idea que nos une á todos y á todos nos hace hermanos.

NOTAS.

(1)

LITERATURA EUSKARA.

Se está operando actualmente un importante renacimiento literario en las Provincias Vascongadas, renacimiento que es hora ya de que fije la atención de los literatos españoles, como está fijando la de los más eminentes filólogos su lengua maravillosa, verdadero é indescifrable enigma para la ciencia.

Dejando aparte su notabilísimo canto llamado de *Lelo ó de los cántabros* y su monumental é impecadero *Altabiskarco Cantua*, ó sea el *Canto de Altabiscar*, sobre cuya antigüedad más ó menos remota aún no se ha dicho la última palabra, la literatura euskara ha llegado á nuestros tiempos sin tener personalidad,—permítaseme la palabra,—sin carácter propio por consiguiente y sin fisonomía determinada.

Hoy no es así. Las lirras euskaras despertaron ya; son varios los poetas, algunos de primera fuerza, que modernamente y solo de algunos años á esta parte, brillan en aquel país, conquistando para él y para ellos los lauros inmortales; son infinitas las poesías en todos géneros, y algunas de gran mérito, que existen ya, y que indudablemente aparecen como precursores del desarrollo y de la vida que guarda el porvenir para la lengua y la literatura euskaras.

Podrá todavía discutirse sobre la mayor ó menor importancia de este movimiento; podrán todavía formularse juicios, más ó menos críticos y más ó menos apasionados, sobre su misión, influencia y destinos; pero lo que es ya indiscutible es su realidad. Existe, y existe por medio de una manifestación robusta y vigorosa, lozana y bella, característica y especial.

Son muchos los autores que se han ocupado de la lengua y literatura euskaras. Merece ser citado, como uno de los primeros, el famoso sabio Guillermo de Humboldt que emprendió, al comenzar el presente siglo, la investigación de nuestros aborígenes, empleando para ello, como medio principal, la lengua euskara «que previamente estudió, sospechando que fuese la que predominaba en la Península ibérica al advenimiento de la dominación romana.»—*Trueba*.

Hay que citar, también entre otros, para cuyo nombre y recuerdo me es infiel en estos momentos la memoria, á César Moncault, á Gustavo Hubbar, Aquiles Luichaire y al príncipe Luis Luciano Bonaparte, que ha llegado por sus profundos estudios á ser autoridad indiscutible en este asunto. Entre nuestros escritores nacionales, recuerdo y cito como ejemplo digno de ser imitado al P. Juan de Larramendi, á D. Vicente de Arana, á D. José Manterola, que está prestando con sus últimas obras un gran servicio á la literatura española, al tiernísimo poeta D. Antonio de Trueba, y al P. Fidel Fita, que en su discurso de recepción en la Academia de la Historia, dice que el euskaro es un monumento palpitante, indestructible, de la raza más bella de Occidente, el cual se levantará de su postración actual para iluminar el gran período de las edades hispanas vecinas á la prehistórica.

Los cultivadores de la poesía euskara, comprendidos en el *Cancionero* de Manterola, casi todos contemporáneos, son: Agustín Iturriaga, el P. Arana, Serafín Baroja, A. Arzac, Ramon Artola, Cláudio de Otaegui, Miguel de Suescum, Indalecio Bizcarrondo, conocido por *Vilinch*; Felipe Arrese y Beitia, Eusebio de Azcue, el P. Uriarte, J. Elizamburu, M. P. Mendibil, José María de Iparraguirre, Juan Ignacio de Izuetta, el P. Domingo Meagher, Bernardo de Echebare, José Joaquín de Ormaechea, Francisco Manuel de Egaña, J. A. Moguel, J. U. de Echeagaray y Luis de Iza.

Como muestra de esta lengua y de esta poesía, véase su gran monumento el *Canto de Altabiscar*.

ALTABISKARCO CANTUA.

I

Oyhu bat aditua izan da
Escaldunen mendien artean,
Eta ethece jaunac bere atheon aiteinan chutic
Ideki tu beharriac, eta erran ju: «Nor da hor? Cer nahi [dautet?]
Eta chacurra, bere nauziaren oinetan lo zagiena,
Alchatu da, eta karrasiz Altabiscarren inguruac dethe ditn.

II

* Ibañetaren lepoan harabotz bat aghertoen da,
Urbiltoen da, arroka ezker eta ezquin jotcen dituelaric;
Hori da urrundie heldu den armada baten burrumba.
Mendien copetetic guriac errespuesta eman diote;
Beren tuten soina adiaraci dute,
Eta ethece jaunac bere dardac zorrozten tu.

III

Heldu dira! heldu dira! cer lantzaco sasia!
¡Nola cer nahi colozeco banderac heien erdian agherteen [diren!
¡Cer simistac atheratcen diren heien armetaric!
Cembat dira? Haurra, condatziz onghil!
Bat, biga, hirur, laur, bortz, sei, zazpi, zortzi, bederatzi ha- [mar, hameca, hamabi,
Hamahirur, hamalaur, hamabortz, hamasei, hamazazpi, he- [mezotzi, hemeretzi, hogoi.

IV

Hogoi eta milaca oraino!
Heien condatzea demboraren galtzea liteque.

Urbilditzagun gure beso zailac, errotic athera ditzagun ar- [roca horieo,
Botha ditzagun mendiarren patarra behera
Hein buruen gaineraino;
Leher ditzagun, herioz jo ditzagun.

V

¡Cer nahi zuten gure mendietaric Norteco guizon horieo?
¡Certaco jin dira gure bakearen nahastera?
Jaungoicoac mendiac eguin dituenen nahi izan du hee gui- [zoneq ez pasatea.

Bainan arrokae biribilcolica erorteen dira, tropac leherteen [dituzte
Odola churrutan badoa, haraghi pusca dardan daude.
Oh! ¡cembat hezur carrascatuac! cer odolezco itsasoa!

VI

Escapa! escapa! indar eta zaldi dituzuenac!
Escapa hadi, Carlomano erreghe, hire luma beltzekin eta [hire capa gorriarekin;
Hire iloba maitea, Errolan zangarra hantchet hila dago;
Bere zangartasuna beretaco ez tu izan.
Eta orai, Escualdunac, utz ditzagun arroca horieo,
Jau ts ghiten fite, igor ditzagun gure dadac escapateen [direnen contra.

VII

Badoazi! badoazi! non da bada lantzaco sasi hura?
Non dira heien erdian agheri ciren cer nahi colozeco bandera [hec?
Ez da gheiago simitztzaric atheratcen heien arma odolez [bethetaric.
¡Cembat dira? Haurra, condatzac onghi.
Hogoi, hemeretzi, hemezortzi, hamazazpi, hamasei, hama- [bortz, hamalaur, hamahirur,
Hamabi, hameca, hamar, bederatzi, zortzi, zazpi, sei, bortz, [laur, hirur, biga, bat.

VIII

Bati ez da bihiric agherteen gheiago. Akhabo da!
Ethece jauna, joaiten ahal zira zure chacurrarekin,
Zure emaztearen eta zure haurren besaretcera.
Zure darden garbitcera eta alchatecera zure tutekin,
Eta ghero heien gaineac etzatera eta lo gitera.
Gabaz, arranoac joanen dira haraghi pusca lehertu horien [jatera,
Eta hezur horieo oro churrituco dira eternitatean.

Traducción literal en prosa castellana.

I

Un grito ha sido oído
En medio de las montañas de los Bascos,
Y el *Echece jauna*, de pie delante de su puerta, (de la de su casa),
Ha abierto las orejas, (ha escuchado atento), y ha dicho:
«¿Quién está ahí? ¿Qué me quieren?»
Y el perro, que dormía á los pies de su amo,
Háse levantado y ha llenado con sus gritos (con sus violentos ladridos), los contornos de Altabiscar.

II

En collado de Ibañeta aparece (*resuena*) un fuerte rumor,
Se aproxima, rasando á derecha é izquierda las rocas;
Es el estruendo de un (algún) ejército que ha llegado de lejos.
Los nuestros les han respondido desde lo alto de las montañas, haciendo sonar sus cuernos;
Y el *Echece jauna* aguzó sus flechas.

III

Ya llegan! ya llegan! ¡Oh qué selva de lanzas!
¡Cómo aparecen en medio de ellos múltiples banderas de varios colores!
¡Qué rayos salen de sus armas!
¡Cuántos son? Muchacho, cuéntalos bien.
Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho, diez y nueve, veinte.

IV

Veinte ¡y por miles todavía!
El (querer) contarlos sería tiempo perdido.
Unamos nuestros nervudos brazos, arranquemos de sus raíces (de cuajo) estas rocas.
Lancémoslas de alto en bajo por la pendiente de la montaña.
Sobre sus cabezas;
Aplastémoslos, hirámoslos de muerte.

V

¿Qué querian de nuestras montañas esos hombres del Norte?
¿Por qué han venido á turbar nuestra paz?
Dios cuando ha hecho (ó creado) las montañas, ha querido que no las franqueasen los hombres.
Pero las rocas (*abandonadas á su impetu*), caen rodando (y) aplastan las tropas, (*invasoras*).
La sangre cae á torrentes, los pedazos de carne (*separados del tronco*) palpitan, (*se estremecen*),
¡Oh! ¡cuánto hueso roto! ¡Qué mar de sangre!

VI

¡Huid, huid! los que aún tenéis fuerzas y caballos.
Huye, rey Carlomagno, con tu pluma negra y tu capa encarnada;
Tu amado sobrino, el bravo Roldán, yace muerto allá abajo;
Su bravura de nada le ha servido.
Y ahora, Euskaldunas, dejemos esas rocas,
Bajemos prestos, lancemos nuestros dardos contra los que huyen,

VII

¡Huyen! ¡Huyen! ¿Dónde está, pues, aquella selva de lanzas?

¿Dónde las banderas de todos colores que en medio de ellos se divisaban?

Ya no lanzan rayos sus armas cubiertas de sangre.
¿Cuántos son? Muchacho cuéntalos bien.
Veinte, diez y nueve, diez y ocho, diez y siete, diez y seis, quince, catorce, trece,
Doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno.

VIII

Uno. ¡Ni uno se ve ya!... Todo acabó.
Echece jauna, puedes volver á tu casa con tu perro,
A abrazar á tu esposa y á tus hijos,
A limpiar las flechas y á recogerlas con (ó en) sus cuernos de búfalo, y á echarse y dormir sobre ellas.
De noche las águilas vendrán á devorar esos pedazos de carne pisoteados,
Y esos huesos blanquearán ahí eternamente.
Manterola.

II

POESÍA DE RIMBALDO DE VAQUEIRAS.

Pertenece este trovador á la segunda mitad del siglo XII. Los versos de este poeta, á que en el texto me refiero, si no son anteriores al poema del Cid, como parece, son por lo menos coetáneos. Deben estar incompletos y su incorrección es notoria, pero esto puede ser debido á los copistas provenzales. De todas maneras, en las varias copias que he visto están transcritos como sigue:

Mas tan temo veste pleito,
todo 'n soi escarmetado;
per vos ai pena é maltreito
e mei corpo lacerado.

La nueit quan soy á mei leito
soy mochas ves resperado
per vos, cre, e non prefieito;
fallit soi en meu cuidado
mas que falli non cuideo...
Moun corassó m'avet treio
e mout gen faulan furtado.

III

LITERATURA GALLEGA.

Hay tres cosas que están fuera de toda duda, y por consiguiente de toda discusión: que la lengua gallega engendró la portuguesa; que la literatura gallega precedió á la castellana; que en la formación de aquella influyó principalmente la literatura provenzal ó lemosina.

Las primeras poesías gallegas aparecen confundidas con las portuguesas en el *Cancionero del Vaticano*, que bien puede ser el libro aquél que el marqués de Santillana recordaba haber visto, cuando mozo, en casa de su abuela doña Mencía de Cisneros, «libro de cántigas, serranas é deires portugueses é gallegos, cuyas obras loaban de invenciones sotiles é de graciosas é dulces palabras.» Los primeros cantos que resuenan en las bellas comarcas de la verde Galicia, pertenecen á los trovadores provenzales, siendo allí llevados por los romeros que acuden á visitar los altares de Compostela, y el primer himno que hiere sus oídos es el himno gallego que se leía ó cantaba á los peregrinos durante sus noches de vela junto al sepulcro del Santo Apóstol. La primera forma también que toma la lírica en Galicia es la de las *pastorelas* y *vaqueiras*, dos géneros de composición comprendidos en la poética provenzal.

Existe memoria de trovadores gallegos, verdaderos trovadores. Tales son, entre otros, Alfonso Gomez, Sancho Sanchez, Fernán de Lugo, Juan Ayras, Fernán Padron, Juan de Cangas, Romeo de Lugo, Martín de Vigo, Men Rodríguez de Tenorio y Payo Gomez Chavino, comprendidos con otros, gallegos y portugueses, en el *Cancionero del Vaticano*. No hay tampoco que olvidar, cuando se trata de escritores en esta lengua, á D. Alfonso el Sabio, á Macías el enamorado, al Arcediano de Toro, á Pero Gonzalez de Mendoza, al mismo marqués de Santillana y á aquel Rodríguez del Padrón que por amores contrariados fué á sepultarse vivo en un convento de Jerusalen.

Por causas que no son de este lugar y de este momento, la literatura gallega hubo de eclipsarse por largo tiempo, como si para ella hubiesen tocado á muerte las campanas de la centralización; pero hoy renace á nuevo esplendor y á nueva vida como llamada á gloriosos é inmortales destinos.

En un libro que acaba de ver la luz pública con el título de *Coleccion de poesias gallegas* (Pontevedra, imp. Carvajal, 1882), dirigido por D. Francisco Portela Pérez, con un prólogo del Excmo. Sr. D. Luis Rodríguez Seoane, se continúan obras de 32 autores contemporáneos que escriben en gallego. Son de Eduardo Pondal, Marcel Valladares, Valentin Carvajal, José María Posada, Heliodoro Cid, Francisco Fernandez Auriles, Francisco Anon, Antonio de la Iglesia Gonzalez, José García Mosquera, José B. Amado, Juan A. Saco y Arce, Castor Elices, Antonio Camino, Andrés Murtais, Aureliano J. Pereira, Francisco María de la Iglesia, Juan Manuel Pintor, Lino C. Gonzalez, Pío Lino Cuiñas, Manuel Curros Enriquez, J. García Caballero, Andrés Murráis, Alberto Camino, Luis Pinto Amado, Luis de la Riega, Domingo Camino, José Pérez Ballesteros, Víctor M. Vazquez, Benito Losada, Manuel Martínez Gonzalez, H. Fer Gas y Vicente Calderon.

No todos los autores que escriben en gallego están aquí continuados. Faltan muchos y algunos de verdadera importancia, como por ejemplo, D. Valentin Lamas Carvajal, autor de las *Espiñas*, *Follas e Frores*, y la señora doña Rosalía Castro de Murguía, que es una excelente poetisa, ensalzada por Ventura Ruiz Aguilera, y para una de cuyas obras (*Follas novas*, Madrid, 1880, Imp. *Ilustracion*) ha escrito un notable prólogo D. Emilio Castelar.

Como muestra de la moderna lírica de Galicia, hé aquí una poesía del difunto Alberto Camino, que pertenece á los primeros restauradores de la literatura gallega.

(Continuará.)

CUESTION DE LÍMITES.

CONTESTACION.

El baron Aguiar de Andrade, diplomático brasileño ventajosamente conocido en el Rio de la Plata, donde discutió en 1876 algunos puntos relativos á la cuestion de límites con el Imperio, ha publicado hace poco en *Le Bresil* de París un extenso artículo contestando al doctor del Viso, ministro argentino en Italia, que escribió sobre el mismo asunto en *La Revue Sud-Americaine*.

Como el señor baron ha hecho un hábil resumen de sus argumentos, nos facilitó en gran parte la tarea que vamos á imponernos, rectificando algunos de sus juicios, que creemos equivocados.

Antes de entrar en el fondo de esta rectificacion, haremos, por via de preámbulo, una curiosa observacion que, como nosotros, la harán los lectores ilustrados que sigan estas controversias.

La observacion recae sobre la originalidad que revelan los escritores fluminenses, al pretender que esta cuestion de límites se rijan, no por un tratado vigente, claro y explícito, como el de 1877, sino por los tratados de 1750 y de 1857, de los cuales el primero fué expresamente anulado en 1761, y el segundo no llegó á cangearse, como lo demostraremos más adelante, y por tanto no pudo tener ejecucion.

Ahora nos ocuparemos por su órden de las conclusiones del Sr. Aguiar de Andrade.

«1.ª Dice que la demarcacion de límites hecha en 1759 es la única que se haya realizado de comun acuerdo por los comisarios portugueses y españoles.»

La demarcacion ejecutada en 1759 por los comisarios Pinto Alpoim de Portugal y Arguedas de España, lo fué en el más completo desacuerdo con las instrucciones y mapa que habian recibido de los jefes superiores de la expedicion, que eran el marqués de Val de Lizios y Gomez Freire de Andrade.

El rio que denominaron Pepirí-Guazú no era el de ese nombre señalado en el mapa y determinado en las instrucciones.

Se encontraba en el mapa, el rio á que se referia el artículo 5.º del tratado, al Norte del Uruguay, y arriba de la boca del Uruguay-Pitá que fluye por la banda opuesta. El rio que reconocieron los demarcadores de 1759 se encontraba abajo y no arriba de la boca del Pitá.

Las instrucciones determinaban los caracteres físicos del Pepirí ó Pepirí: decíase que tenia una isla montuosa en su boca y un arrecife enfrente de su barra, que su ancho excedia de cien toesas (más de 200 varas), que era caudaloso y navegable.

Ninguna de estas circunstancias concurrían en el arroyo que reconocieron los demarcadores, y que solo fiados en la palabra desautorizada de un indio, adoptaron como límite en aquella parte, no obstante hallarse convencidos ambos geógrafos de que aquella corriente no se parecia á la que detallaban sus instrucciones.

«2.ª Que la línea de demarcacion fijada en 1759 era la que se estipuló y describió en el artículo 8.º del tratado de 1777.»

No es exacto tampoco que la línea fijada en 1759, sea la que se estipuló y describió en el artículo 8.º del tratado de 1777.

El tratado de 1750, en virtud del cual se practicó la demarcacion de 1759, fué anulado en 1761.

Por aquel tratado de anulacion, se convino entre las dos coronas, dejar sin efecto todo lo que se hubiera ejecutado hasta entonces, volviendo todo al estado en que se encontraba antes de celebrarse el tratado de 1750.

Ninguno de los escritores y diplomáticos brasileiros que se han ocupado de esta cuestion citan el paraje donde se halla la aprobacion oficial de los trabajos de 1759. Si no fué aprobada la demarcacion, ¿qué punto de apoyo, qué base tiene la hipótesis de que el artículo 8 del tratado de 1777 adoptó aquella línea, y se refirió á ella, siendo así que no lo dice su texto, que es prolijo en demasía?

Cuando en algun caso el tratado de 1777 quiso restablecer cláusulas del fenecido arreglo de 1750, lo hizo como el artículo 12 que restableció el artículo 9.º del anterior, por palabras expresas que no dejan lugar á la más mínima duda á su respecto.

No habiendo nada expreso que se relacione con la referida falsa demarcacion de 1759, los escritores brasileiros, deben convencerse de que nada hay más destituido de fundamento, que la pretendida aceptacion por el tratado preliminar de la línea ilegal que ellos pretenden.

«3.ª Que la demarcacion hecha en 1791 no puede ser admitida, visto que el Comisario portugués,—que por otra parte protestó de su nulidad—no habia asistido á ella.»

Sobre este punto, tan inconsistente como los anteriores, necesitamos detenernos para que se comprenda la debilidad del argumento del señor baron.

El solo cita la demarcacion de 1791, que fué la última, y no consta que hubiera protesta por parte del Comisario portugués.

Hubo resistencia á seguir adelante y nada más. La línea trazada por el tratado preliminar de 1777, era fundamentalmente distinta de la de 1750. Establecia la antigua línea la comunidad de las

aguas navegables en el Plata, en el Uruguay, en el rio Grande de San Pedro y en el Yacuy.

La del 77 se tendia por las alturas, partiendo las aguas, lo que hacia exclusiva la navegacion de los rios; siendo españoles los que desagüaban en el Plata y Uruguay y portugueses los que corrian hácia el Yacuy y el San Pedro.

Por eso, para buscar ó para llegar al Pepirí ó Pepirí-Guazú ya no se subiria por el Uruguay, como decia el art. 5.º del tratado de 1750, sino que, siguiendo la cuchilla que parte las aguas al Norte y al Sur, se llegaría á las vertientes del Uruguay Pitá, y navegando este rio hasta entrar en el Uruguay, se subiria hasta dar con el Pepirí, como se ejecutó en 1788 por el geógrafo de la primera partida española D. Joaquín Gandim, que bajando por el referido Uruguay Pitá, de comun acuerdo con el portugués, navegó despues solo aguas arriba del Uruguay hasta dar con la boca del Pepirí el 4 de Agosto, el cual reconoció por las inequívocas señales que indicaban las instrucciones,—ciento diez toesas de anchura en su confluencia con el Uruguay, una isla montuosa allí en su boca y un arrecife un poco más adentro en su barra con un caudal y profundidad de agua bastante para la navegacion.

A este primer reconocimiento se siguió el de 1780 que debia recaer sobre el Pepirí de los demarcadores de 1759 por haberlo así solicitado el Comisario portugués. El resultado de esta operacion fué infructuoso, pues no se halló á la parte opuesta de la cuchilla, y en el punto fijado por los antiguos demarcadores, la vertiente del San Antonio, lo que puso en duda la exactitud de sus operaciones.

En vista de este resultado negativo para los portugueses, el comisario español, deseando confirmar la exploracion de Gandim, ordenó un nuevo reconocimiento del Pepirí en 17 de Noviembre del mismo 1789, que se llevó á efecto por el geógrafo de la segunda partida D. Andrés Oyarvide. Hizo el viaje por el Uruguay-Pitá; remontó el Uruguay segun las órdenes de su comisario y el 12 de Diciembre llegó á la boca del Pepirí-Guazú, donde encontró la inscripcion *Iedem laudamus*, 4 de Agosto de 1783, que habia dejado el geógrafo de la primera partida, á la cual agregó: *Laetundur insula multae 12 Diciembre 1789*.

A este segundo reconocimiento del verdadero Pepirí de los tratados, puesto que conformaba con el mapa de las Cortes y con las instrucciones, tanto antiguas de 1750 como modernas de 1777, se siguió un tercero que practicó el mismo Oyarvide acompañado del geógrafo portugués D. Francisco das Chagas Santos.

Esta expedicion fué acordada entre el coronel Roscio, jefe de la segunda partida portuguesa, y el comandante de navío D. Diego de Alvear, jefe de la segunda partida española.

Ambos geógrafos, Oyarvide y Santos, hicieron la navegacion y viaje hasta llegar á los orígenes del Pepirí Guazú, cuya situacion fijaron en 23º 43' 55" de latitud austral, 6º 26' 53" de longitud oriental de Buenos-Aires.

«Llegados al origen principal de nuestro rio Pepirí el 14 de Junio de 1791, dice Oyarvide, tratamos con el ingeniero geógrafo portugués de continuar el reconocimiento por la otra parte de la cuchilla, para examinar si sus vertientes, girando al septentrion, hácia el rio Iguazú, podian servir de lindero ó línea divisoria, como fronterizas al verdadero rio señalado por límite en esta parte, que es el segundo punto de nuestras instrucciones; á lo cual se negó totalmente á concurrir, manifestando que la órden con que se halla de su comisario es solo de acompañarnos al reconocimiento de este rio, que se habia concluido en este lugar, y por tanto no trataria de otra cosa que de la retirada.»

Este reconocimiento del 91, tercero de los practicados sobre el Pepirí Guazú de los tratados, se hizo con asistencia del geógrafo portugués, y no hubo protesta á su respecto, sino, como ya dijimos, resistencia á seguir en busca de la contravertiente opuesta, para ligar la demarcacion hasta el Iguazú.

«4.ª Que esta demarcacion singular é incompetente, cuyo objeto era conquistar para España los territorios reconocidos como pertenecientes á Portugal, dió impropriadamente los nombres de Pepirí-Guazú y San Antonio á rios que eran conocidos con los nombres de *Chapeco* y *Chopin*.»

Por lo que acabamos de exponer se vé, que la demarcacion operada por el reconocimiento del Pepirí no fué singular ni ménos incompetente. Se repitió tres veces, siendo la última vez ejecutada de comun acuerdo por los dos comisarios que la ordenaron á sus respectivos geógrafos, órdenes que éstos cumplieron como se ha visto, aunque de mala gana por parte del portugués.

En cuanto á que ese rio reconocido fuese el Chapeco, y el de la vertiente opuesta el Chopin, no estamos de acuerdo, porque no hemos visto figurar esos nombres portugueses en ningun mapa anterior á los tratados, y consideramos esos nombres de fecha muy reciente, para que pudiera ser cierto lo que con tanto aplomo se asegura por el señor Aguiar de Andrade.

«5.ª Que el tratado del 14 de Diciembre de 1857, concluido entre el Brasil y la Confederacion Argentina, respeta la línea estipulada en los tratados de 1750, 1777 ya demarcada en 1759.»

Dos errores fundamentales contiene esta otra

afirmacion: 1.º Que el tratado de 1857 se invoque como documento auténtico vigente cuando no fué concluido y canjeado en forma legal. 2.º Que se diga que la línea estipulada en los tratados de 1750 y 1777 es la misma que fué demarcada en 1759.

El primer punto se refuta por sí solo. Los proyectos de tratados no adquieren la solemnidad de tales ántes de su canje y ratificacion formal de ambos soberanos.

Además de eso, la aprobacion que hizo la legislatura del Paraná del tratado del 57, variaba la línea divisoria, diciendo que los dos rios designados con los nombres de Pepirí-Guazú y San Antonio, serian, no los de 1759, como decia el proyecto redactado por Paranhos, sino los que se hallan más al Oriente con esos nombres, es decir, los que se reconocieron por tales en 1791.

El segundo punto es todavía más inexacto. La demarcacion efectuada en 1759, no puede en ningun caso considerarse como la ejecucion de los tratados de 1750, y mucho ménos del de 1777.

Ya hemos dicho cuánto diferian los dos pactos en la manera de trazar los límites.

Una línea, la del 50, pasaba por el cauce de los rios, y la otra se dirigia por las montañas ó alturas.

No puede, pues, racionalmente sostenerse que una demarcacion declarada nula y sin efecto por sus errores, habia interpretado la voluntad presunta de los reyes.

«6.ª Que aquel tratado fué solemnemente concluido y aprobado por el Gobierno argentino, y sancionado por el Cuerpo legislativo.»

«7.ª Que la falta de ratificacion no impide que el Gobierno argentino haya reconocido al Brasil el derecho á la frontera indicada en aquel mismo tratado.»

«8.ª Y, en fin, que el Gobierno argentino no puede con razon negar hoy lo que reconoció en 1857.»

Para contestar á estos tres puntos finales, que se refieren todos á la autoridad de que se quiere revestir á un proyecto fracasado, será preciso historiar sucintamente los hechos.

En 1857 el consejero Silva Paranhos fué comisionado por el emperador, entre otros asuntos diplomáticos, para negociar con la confederacion Argentina un tratado de límites.

La confederacion por su parte nombró á los ministros de Estado doctores D. Santiago Derqui y D. Bernabé Lopez para que se entendieran con el agente del Brasil.

No es necesario recordar que el Gobierno del Paraná donde tenia lugar la negociacion, era un poder improvisado despues de un desquicio normal de diez y siete años, que allí no habia archivos, libros, mapas, ni antecedentes de ninguna clase para estudiar esta cuestion de límites.

En este caso el Sr. Paranhos presentó una Memoria histórica para que sirviese de punto de arranque y base del tratado que meditaba el Gobierno imperial.

Allí en esa Memoria, que se encuentra publicada en el *Relatorio* brasilero de 1859, se hacia mencion de los tratados y demarcaciones, tal como las ha repetido el señor baron de Andrade, el baron de Cotegipe, Pereyra Pinto y todos los escritores brasileiros, que se reproducen con una fidelidad digna de encomio en este punto.

No obstante la notoria inconsistencia del trabajo del señor Paranhos, que vigorizaba el tratado caduco de 1750 y mantenía como buena la demarcacion de 1759, al mismo tiempo que daba por nulo el de 1777, los señores Derqui y Lopez no estaban en situacion para destruir sus afirmaciones, desde que carecian de los menores datos, como se comprobó más tarde.

En estas condiciones se redactó el proyecto del tratado de límites que llama el señor Aguiar de Andrade, ley de 14 de Diciembre de 1857.

«El territorio de la Confederacion Argentina, decia el artículo primero, se dividirá del Imperio del Brasil por el rio Uruguay, perteneciendo toda la margen derecha ú occidental á la Confederacion y la izquierda ú oriental al Brasil, desde la boca del afluente Cuarehim hasta la del Pepirí-Guazú, donde las posesiones brasileras ocupan las dos márgenes del Uruguay.»

«Sigue la línea divisoria por las aguas de Pepirí Guazú, hasta su origen principal; desde éste continúa por lo más alto del terreno á encontrar la cabecera principal del San Antonio, hasta su entrada en el Iguazú ó rio grande de Curitiba, y por éste hasta su confluencia en el Paraná...»

«Art. 2.º Las dos altas partes contratantes declaran, para evitar cualquier duda, no obstante que las designaciones del artículo primero son bien conocidas, que los rios Pepirí-Guazú y San Antonio, de que habla dicho artículo, son los que fueron reconocidos en 1759 por los demarcadores del tratado de 13 de Enero de 1750, celebrado entre Portugal y España.»

Tal fué el hábil trabajo del consejero Paranhos en la redaccion del proyecto. El tratado de 1750 anulado por un acto expreso de los dos reyes en 1761, como ya lo hemos demostrado, y la demarcacion equivocada de 1759 que los reyes no aprobaron, aparecen en pleno vigor y un arreglo de límites; al mismo tiempo que se daba por nulo el tratado vigente de 1777, cuya permanencia fué garantida por los dos soberanos en el artículo 3.º del tratado solemne de 1778, que ni siquiera habia mencionado el diplomático imperial.

Aprobado el proyecto por el P. E. en 16 de Diciembre de 1857, se elevó al Congreso Federal para su aprobación definitiva en las sesiones de 1858.

En el Congreso las cosas no se llevaron con tanta facilidad, y fué discutido séria y detenidamente el proyecto pasado por el Ejecutivo.

De esta discusión resultó un cambio radical en la forma del artículo 2.º, que lo dejó así: «Es entendido que los ríos Pepirí-Guazú y San Antonio, que se designan como límites en el artículo 1.º del tratado, son los que se hallan *más al Oriente con estos nombres*, según consta de la operación á que se refiere el artículo segundo del mismo.»

Con esta redacción, que no era la que al Brasil convenía, se mandó tener por ley el 26 de Setiembre de 1858, el proyecto de que nos ocupamos.

Empero el Gobierno imperial no hizo el cange de las ratificaciones. El tratado alterado no era el mismo discutido, luego no hubo tratado.

Los ríos *más al Oriente* que el Congreso adoptó como límites, no son los que recorrieron los demarcadores de 1759.—Esos fueron los que señalaban los tratados de 1777 y por consiguiente los que el Brasil pretende suyos con los nombres modernos de Chapeco y Chopin.

Por esto diremos al Sr. Aguiar de Andrade, contestando á la 7.ª de sus conclusiones, que la falta de ratificación impiden al Gobierno argentino reconocer otra frontera que la determinada en los tratados vigentes; y á la conclusión 8.ª, que no es el Gobierno actual el que niega hoy lo que reconoció el Gobierno de 1857. Esa negativa la dió el Congreso por su ley de 1858, y la confirmó el imperio en el hecho muy significativo de no celebrar el cange, en presencia de esa ley que anonadaba todos los esfuerzos del distinguido Sr. Paranhos.

Cerraremos esta réplica repitiendo lo que decíamos al principio. Es original, en el orden de las cuestiones diplomáticas, la persistencia de los escritores brasileiros en querer arreglar esta cuestión, no por el tratado vigente, según lo reconoce su Gobierno, de 1777, sino por el tratado caduco de 1759, por la demarcación equivocada y nula de 1759, y el tratado de 1857, que no se ratificó por los Gobiernos.

HÉCTOR F. VARELA.

LA ORDEN DEL BECERRO DE ORO.

CRÓQUIS AUTOBIOGRÁFICOS.

(Conclusion.)

La garantía del director de la aludida Sociedad benéfica, me permitió comprar á plazos un carruaje y un tronco soberbios; ¡cuánto prestigio da el lujo! Al penetrar en mi gabinete suntuoso y fijar la vista en mi solemne semblante, ¡qué reverencia embargaba á mis consultantes, pues figurábase haber entrado en el templo de Esculapio y contemplar al Dios mismo!

Si yo hubiera sido presentado á los periodistas de la ciudad como un hombre de mérito, quien, por falta de notoriedad ó por haber tenido que abandonar violentamente su patria, se hallase harto pobre y con urgencia necesitara trabajo para mantener á su familia, me hubieran acogido glacialmente, dignándose á lo sumo, concederme una exigua mención; pero tratándose de un hombre, al parecer, hacendado y sócio corresponsal (*in partibus*, por supuesto) de varias academias científicas, empezando por la de París, parecieran pocos todos los repiques y salvas periodísticas. En materia de dinero, como de gloria, es felicísimo el proverbio francés *On ne prete qu'aux riches*. Ya se comprenderá que yo saludaba á todos aquellos señores llamándolos distinguidos escritores, celebrando su *esprit* (si hubiese dicho *agudeza, ingenio*, les hubiera parecido vulgar) y les aseguraba que en los mejores círculos madrileños, en la tertulia de la marquesa del Pavon ó de la generala Parapetos había oído celebrar sus producciones. Así me obsequiaron con párrafos como el siguiente: «Jamás cumple más gustoso el periodista su espinosa misión que cuando rinde homenaje á los sábios, á las privilegiadas inteligencias que son faros de la humanidad.

No el amor al vil metal, sino el culto de la ciencia, el noble anhelo de gloria, han traído á nuestra ciudad al ilustre doctor D. Próspero Belladona, correspondiente de las primeras academias científicas del mundo y glorioso paladín de la doctrina hannemaniana. Sin embargo, como él mismo nos ha manifestado, no desecha, en absoluto, la alopatía, que puede, en ciertos casos, prestar excelentes servicios. Los géneos trascendentales saben fundir en síntesis luminosa sistemas inconciliables para el vulgo.»

Me ví más asediado de enfermos que ministro español por aspirantes a destinos. Algunas curas, á todas luces muy casuales, dier(n) más brillo y fuerza á mi reputación, y, por consiguiente, llenáronse mis arcas. ¡Qué divertido era ver á toda una familia pendiente de mis palabras como de los vaticinios de Delfos los griegos! Yo entraba con augusta gravedad (no se sabe bien cuánto vale la gravedad); formulaba inapelable mi pronóstico y prescribía globalillos, recomendando al paciente que tuviera fe, mucha fe, como la que necesitan ciertos diarios de sacristía. Los establecimientos de aparatos fúnebres me debieron pronto inaudita prosperidad. Me daba sus tirones la conciencia, pero yo le decía: «¡Atrás, vieja gruño-

na! Dios y la moral prohíben el suicidio, y todo el que no allega riquezas se suicida.» Dos veces, particularmente, me molestó la conciencia, que parece gusta de llevar la cebada al asno muerto: fué la primera cuando recurrieron á mí para salvar la vida de un abogado, de quien dependía la subsistencia de una esposa y seis niños que lloraban sin consuelo ante el peligro del esposo y del padre.

Les hice promesas alegres, y á los tres días vistieron luto; pero yo probé, con la ciencia en la mano, á mis amigos, que aquella muerte era inverosímil, absurda; imité á ciertos generales derrotados, los cuales demuestran que si el enemigo hubiera sabido geometría y táctica, no les hubiera vencido. Fué el otro caso el de una madre que, con las más patéticas frases, me pedía que devolviese la salud á su hijo: se lo ofrecí con imperturbable serenidad, y al otro día la pobre señora, loca de desesperación, besaba un cadáver. Augusto Dinero, terribles sacrificios impones á veces.

Viendo palidecer mi estrella, me trasladé á Méjico, después á Lima, y por último á Buenos Aires, usando en todas esas ciudades los mismos expedientes que tan fecundos habían sido en la Habana. ¡Oh! yo quiero mucho á América: ¡se explota con tanta facilidad y lucro! ¡Cuatro millones de duros le he sacado! Cuando volví á mi patria, *La Correspondencia de España, eco imparcial de la opinión y de la prensa*, me dedicó este párrafo: «Ha llegado á Madrid el Sr. Dr. D. Próspero Belladona, el cual, según fidedignos informes, tan vasta reputación y tan brillante caudal ha conquistado en América con su talento y saber extraordinarios. Le damos la más cordial bienvenida.»—Así se escribe la historia.

Hoy poseo haciendas en Andalucía, muchas y valiosas casas en Madrid; me he casado con una hermosísima condesa, y lo más granado de la sociedad madrileña concurre á mis saraos. He sido varias veces diputado, y espero ser ministro de Fomento.»

«Te nombro caballero de primera clase,» dijo S. M. al Dr. Belladona.

III

Lector benévolo, presta atención á la siguiente abreviada autobiografía.

«Soy Jaime Agafant, último hijo de Bartolomé, carpintero en Canet de Mar. Los trastornos políticos de mi país habían consumido estérilmente los mejores años de mi padre, el cual, en edad proyecta, se encontraba pobre y con una prole compuesta de cinco hembras y tres varones. Yo tenía trece años cuando un domingo, después de misa, nuestro padre nos reunió á todos y nos dijo poco más ó menos: «Os he llamado para un negocio muy grave. Se trata del porvenir de todos los presentes, quizá de nuestra grandeza; sí, de nuestra grandeza: de humilde madera se hacen los santos y los veneran en los altares. Hoy he estado rezando media hora para que el Espíritu Santo me iluminase y creo que lo ha hecho. Cuando el padre del Cid necesitó vengar su honra...»

—¡Dios mío!—exclamó angustiada mi madre,—¿cómo ha sido eso? ¿qué te han hecho?

—Silencio, Monserrate,—replicó mi padre,—no hagas como los diputados de oposición, que extrañan con interrupciones al orador. Pues, como iba yo diciendo, cuando el padre del Cid necesitó vengar su honra ofendida por un desalmado, que no dejaría de ser algún liberal, puso á prueba á sus hijos para descubrir quién sería su vengador. Yo he resuelto hacer el sacrificio de enviar á uno de vosotros á nuestros dominios de América y he de elegir al más adecuado. Ea, pues, Miguel, Luis y Jaime, manifestad con toda franqueza vuestra inclinación dominante, declarad para qué carrera ó qué oficio sentís más disposición.

—Yo,—dijo Miguel—quisiera saber mucho, conseguir una cátedra en la universidad de Barcelona. ¡Ah, qué gusto oírse llamar *señor doctor*! envuelto en toga de seda, entrar majestuosamente en el aula ante los alumnos que saludan con silenciosa reverencia! Ver á jóvenes, á hombres maduros, acudiendo á beber en mis labios la ciencia, como en fuente de bendición! ¡Y el día de los exámenes, qué augusta seriedad ostentaría yo! ¡Qué angustiada expectación embargaría á los estudiantes! ¡Con qué palpar de corazón se observaría mi semblante! De mí podría decirse: *¡Deus, ecce Deus!* (1) ¡Oh, quiero ser catedrático!»

Mi padre, con el gesto de un hambriento que encuentra un mondadientes, hizo estas observaciones:—«Todo eso es muy halagüeño, pero yo he visto á señores catedráticos muy cargados de ciencia y de títulos y de alabanzas, viviendo en apartada calle, en un cuarto piso, en que las raídas cortinas murmuraban desmayadamente: *¡Hambre!* y las medio desvencijadas sillas, crujiendo, respondían: *¡Hambre!* Y las hornillas abrían tristemente la boca, cual hombre, que de ayuno, bostezaba. Es cosa muy chusca lo que pasa con el saber: todos blasonan de quererlo y acatarlo; pero le hacen como á Sancho Panza en la insula Barataria, á quien con el mayor respeto dejaban sin comer, ó como esas estatuas de gran-

(1) Si extrañas, lector, esta cita latina en boca de Miguel, te diré que, según códices fidedignos, estudiaba latín y había traducido algo á Virgilio, si bien no falta quien asegure que su erudición era de segunda mano, esto es, que repetía una frase oída al maestro. *Sub iudice lis est.*

des hombres que, el día de la inauguración, festejaron, y después, empolvadas, ennegrecidas por el sol y la lluvia, apedreadas por los muchachos callejeros, no hay ni quien las mire siquiera.—Habla, Luis.

—Yo, dijo éste, considero que no hay cosa como saborear buenos platos y dormir á pierna suelta. Yo hubiera sido un fraile excelente. Ya que, gracias á ciertas gentes mal avenidas con el sosiego del prójimo, no hay en España conventos; ya que no pueda yo, cabeceando entre dos alones, encendida la cara con sendas copas de rico vino, decir al ama rolliza: «*¡Qué bueno es Dios!*» no faltará una opulenta heredera ó una lotería, que me saquen de penas.

—Quizá renueve el Altísimo en obsequio tuyo el milagro del maná,—respondió de mal humor mi padre.—¡Jaime, tu vez ha llegado.

—Considero,—dije yo,—que la más sagrada obligación del hombre es tener dinero honradamente, si es posible; si no, someterse al destino y... tener dinero. Apetezco ardientemente ir á América, paraíso de la riqueza. Con decir que allí una onza vale diez y siete duros, está hecha su apología. ¡Pronto, pronto, á América!

—¿Y la fiebre amarilla?—preguntó con sobresalto mi madre.

—Madre mía,—respondí con más resolución que Palafox á los franceses,—¡guerra á muerte á la miseria!—La peor fiebre amarilla es el hambre. Quiero atravesar los mares, luchar con ellos, con los hombres, con el cielo y la tierra, si es preciso; pero arrancar millones á América y volver con ellos á que seamos felices y poderosos. Tendremos palacio, coches, palco en el Liceo de Barcelona, quinta régia; pasaremos el verano en Vichy, en Caunteret ó Suiza; visitaremos con frecuencia á París, y donde quiera no hallaremos sino frentes inclinadas, labios sonrientes y lisonjeros. Será nuestra vida una ovación en todas partes y á todas horas. ¡América ó la muerte!

Trémulo, llorando de enternecimiento y gozo, corrió mi padre á abrazarme, exclamando: «¡Este es un verdadero Agafant! ¡Dios me ha visitado en mi desgracia! ¡Bendito sea! Mi madre, mis abuelos, mis hermanos y hermanas también me estrecharon en sus brazos, ensalzando mi heroico temple de alma.

Una semana después yo partía de Barcelona para la Habana, provisto de un escapulario, regalo de mi madre, una carta de recomendación para un pariente muy lejano, dos duros y otras tantas mudas de ropa en una maletita.

Apenas desembarqué, me dirigí casa de mi pariente, dueño de una *bodega*. (1) Me recibió como á recomendado pobre, con vehemente gana de enseñarme la puerta de la calle; pero, más que en mis palabras, en mi semblante descubrió tal energía de voluntad, que me dijo: «Me figuro que no tendrás miedo al trabajo, y por lo tanto me convienes. En Europa se imaginan que es aquí tan fácil coger duros como en la playa conchitas. Ya sabes que un andaluz, al desembarcar en este puerto, tropezó con un peso y lo desvió de un puntapié, exclamando: «¡Quita allá, que para tal mezquindad no ha cruzado el Océano un caballero como yo.» Sin embargo, murió de portero. Hay que andar muy listo y dejarse de melindres. Por ahora tendrás casa, comida y ropa limpia. Y como obras son amores, empieza ayudando á aquel mozo en su faena.»

Seis años pasé en aquella tienda, donde aprendí, no sólo la alquimia que con el vino y otros artículos se practica en tales establecimientos, sino también á prestar á los negros, con un interés de 80 por 100, y, so pretexto de jugar en compañía billetes de la lotería nacional, venderles un número indefinido de fracciones de imaginarios billetes; el negocio es pingüe, salvo que, en muy raras ocasiones, la cédula ficticia acierta á coincidir con un número premiado en el sorteo oficial; pero con audacia y algunas gratificaciones atinadas todo se arregla, máxime cuando las víctimas son negros, predestinado pasto á toda clase de abusos. Al cabo del tiempo indicado, yo tenía 8.000 pesos fuertes de capital. Entonces me propuso un capitán de buque mercante que me asociase con él y otro indio vívido para ir al África en busca de negros esclavos. Gracias á los ingleses, ofrecía la empresa dificultades graves, verdadero peligro. Podía yo perder en un día lo que me había costado pasar seis años metido día y noche en una *bodega*, sin amores, sin diversiones, vestido toscamente, sufriendo, desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche, las exigencias y áun groserías de los compradores; mas, en cambio, ¡qué porvenir se me abría! No vacilé: hice como Cortés con sus naves, y ¡al África! Trescientos negros adquirimos, y los llevamos en un barco donde solamente cabían ciento veinte; se ahogaban casi, encadenados en reducido espacio, en atmósfera corrompida, y comían lo indispensable para no morir, y lo más barato; enflaquecían horriblemente, y hasta enfermaban; pero, ¿qué íbamos á hacer? O herrar ó quitar el banco. Unos nacieron para yunque y otros para martillos: de ello responda quien así lo dispuso. Con mis ganancias de la primera expedición y cierto número de africanos que me reservé, fundé un *ingenio* ó hacienda de azúcar.

(1) Viene á ser como en Madrid la tienda de ultramarinos.

En diez expediciones más al Africa intervine: ¡qué negocio! vendía en setecientos y aún mil duros negro que me costaba ochenta, incluso el narcótico de alguna alta vigilancia, que solía importar treinta y cuatro. ¡Fenómeno curioso! desde que Fernando VII, *moyennant finance*, se comprometió solemnemente con Inglaterra á no permitir en sus colonias americanas la introducción de esclavos, tomó esta desarrollo increíble (1), preparando á Cuba el más sangriento cataclismo. ¡Y luego dicen que la Historia enseña! Si no es la absoluta incurabilidad de la especie humana...

En mi sexta expedición, por un descuido, algunos negros se libraron de sus prisiones, quitaron estas á varios compañeros y armaron una peligrosa sublevación que fué necesario sofocar matando á treinta. La novena expedición estuvo á pique de caer en las garras de un crucero inglés y, para aligerar nuestro buque, tuvimos que lanzar al agua nada menos que á ochenta negros vivos y fuertes. ¡Se me saltan las lágrimas al pensar en tanta ganancia perdida! Debería hacerse una cruzada universal contra esos entrometidos ingleses. A los pocos años yo poseía un vasto *ingenio*, con mil esclavos de dotación y dos menores.

Cuando en las calderas de algún *ingenio* mio yo contemplaba hervir, cual oro derretido, la miel próxima á convertirse en azúcar, en riquezas, ¡qué lástima me infundían los abolicionistas, quienes no pasan de ser, las mas veces, unos hambrientos envidiosos!

Recuerdo que tuve una discusión con uno de ellos. Como yo disculpase la esclavitud con el pretexto de que sacaba á los negros de la idolatría y del estado salvaje, para concederles los beneficios del cristianismo y de la civilización, me preguntó mi adversario si esas ventajas consistían en trabajar diez y seis ó más horas diarias, comer pésimamente, (2) ver sus carnes desgarradas por el látigo, ser llamado *bruto*, *perro*, á cada instante, no tener derecho á los goces de la familia ni al cultivo del entendimiento, afanarse más que los asnos, y cual éstos, ser vilipendiado y maltratado por el desenfreno del más brutal despotismo, y morir en la desesperación y el desprecio.

No pudiendo negarle todo eso, le contesté: «Señor mio, á su engrandecimiento sacrificó Napoleón I la vida de tres millones de hombres, y sin embargo, le han erigido estatuas y á porfía le celebran poetas é historiadores: ¿será, pues, tan gran crimen imponer, para el propio medro, una vida algo penosa á unos cuantos centenares de primos de los monos? Si el tener esclavos es culpable, ¿cómo el cura X, el canónigo Z, que saben de memoria los Evangelios, y á quienes veneran autoridades y particulares, poseen *ingénios*? ¡Lucido estaría el mundo arreglado por los pensadores!»

Coroné mi obra con una sublime empresa, cual fué una sociedad anónima para la introducción de trabajadores chinos libres. Con ellos había varias ventajas: en primer lugar, la de ahorrarse reclamaciones de esos moscas de ingleses; luego la inmensa de adquirir en realidad esclavos, aun más desamparados que los negros.

Cuando se fugaba uno de éstos, y era destrozado por los perros de los *ranchadores*, ó se suicidaba ó moría de un castigo récio, perdía sobre mil duros el amo; mas, ocurriendo cualquiera de estos casos con un hijo del Celeste imperio, ningún quebranto resultaba al patrono, y á buen seguro que chistase el Hijo del cielo. Vino á ser un Potosí la empresa. Verdad es que muchos chinos, al encontrarse con ilusorios contratos, y con que se les manejaba á palos y latigazos, y eran ya ludibrio, ya objeto de ira á blancos y negros, se suicidaron ó se rebelaron, ó cometieron asesinatos, poblando presidios ó dando trabajo al verdugo; pero á ellos y sus patronos incumbía esto. Realizaba sus operaciones la empresa sin faltar á las leyes, y, por consiguiente, no podían tildarla.

Llegó, por fin, el día de volver á mi patria, atestiguando con diez millones de duros por mí adquiridos mi heroica perseverancia, mi numantina energía, mi arrojo fecundo. Cuando yo estaba disponiendo mi viaje, preguntóme un individuo si, en memoria de gratitud al país donde tanta riqueza había ganado, yo no dejaba consignada alguna suma para fundar, ora una biblioteca, ora un colegio, ora un asilo ú otro establecimiento benéfico, y me citó el ejemplo de norte-americanos, quienes, segun decía él, ennoblecieron,

(1) Dice D. Manuel D. Gonzalez en su historia de Villaclara, ciudad cubana:

«Hubo época en que los negros bozales de lícita introducción llevaban una marca ó señal, hecha con hierro caliente, y los que carecían de ella, eran decomisados como pertenecientes al real erario. El primer procedimiento instruido en la villa con tal motivo, fué por el alguacil mayor de cruzada y alcalde ordinario Estéban Díaz de Acevedo el 15 de Enero de 1705, en que aprehendió á un negro sin el expresado requisito y se remató por cuenta de S. M. en 250 pesos á favor de Cristóbal de Moya, el cual pidió que para su seguridad se le pusiera alguna señal, y en consecuencia dispuso el juez, en nombre del rey, que se le hiciera con fuego en el mullero del brazo derecho una R. con una corona arriba.»

(2) En la Habana hubo un opulento conde, que en un sarao gastaba miles de duros, y sin embargo, recibían tan escasa ración los negros de sus *ingénios*, que solían remediar con el merodeo.

santificaron su opulencia con fundaciones como las que me aconsejaba.

Cada uno hace de su capa un sayo, le contesté. No proponga Vd. jamás por modelo á los *yankees*, quienes, tras de egoistas y codiciosos, son unos herejes. Descienden de ingleses, y basta.

Esos millones que de tal manera prodigan, su busilis tendrán: á mí no me comulgan con ruedas de molino. Por otra parte, chusco sería que, después de aperrearse uno, años y años, en busca de la riqueza, obsequiase á desconocidos con el fruto de sus afanes. Dinero, y no libros ni escuelas, necesitan los pobres: que se miren en mi espejo.

Soy ahora completamente feliz. Veinte mujeres hermosísimas y muy encumbradas se disputaron la dicha de unirse conmigo. Un capitán general, á quien yo había agasajado en la Habana con una fiesta, gastando en ella diez mil duros, me correspondió, alcanzándome un marquesado. Mi hermano Miguel, cansado de libros, que le dejaban caliente la cabeza y frío el estómago; hastiado de sufrir majaderías de sus alumnos y los padres de éstos, es hoy administrador de mis fincas y al fin disfruta de bienestar.—Mi hermano Luis murió de indigestión contraída en el banquete que celebró mi retorno.

En concepto de mis padres, cuya felicidad no cabe en palabras, debiera Canet de Mar erigirme una estatua. ¿Qué importa que deliren los moralistas contra el afán de enriquecerse? Mi lujo, mis goces, mi lucimiento social prueban de irresistible modo que he seguido el buen camino.»

En medio de fervorosas aclamaciones, Jaime Agafant fué proclamado maestre de la Orden del Becerro de Oro y tres veces abrazado por S. M. el Dinero.

EMILIO BLANCHET.

(Cubano.)

EL TEATRO

EN LOS TIEMPOS QUE PASARON.

I

Hemos adelantado, y hemos adelantado mucho, si nos comparamos con los hombres y con las cosas del siglo pasado. Por ejemplo, se creía el siglo pasado que el teatro era la escuela del vicio, y los toros el templo de la moral. Un actor era un vago bundo, que, como Molière, no encontraba á su muerte ni un puñado de tierra que le cubriera. La Iglesia le negaba su bendición, le cerraba su casa y le anatematizaba como á un endemio. Exactamente lo mismo que habia hecho en el siglo V con los que se dedicaban á elaborar el vidrio, y lo que hizo en el siglo XIV con el inventor del reloj. Á todo el que hacia algo nuevo le arrancaban la vida á tenazas ó lo asaban vivo para que muriese caliente. Juan de Hus y Galileo, esto es, dos mesianistas del bien y la libertad, el primero, héroe de la emancipación de la conciencia, el segundo, matemático que nos dió el movimiento del mundo, fueron también víctimas de aquella negación fatídica que oponían nuestros mayores á todo el que tenia el valor de querer decir una verdad. ¿Qué más? Hasta en estos tiempos han querido persistir en su ceguedad nuestros mayores. Prohíben el ferro-carril mientras excomulgaban el telégrafo.

Consecuente la iglesia con sus principios, quiso resistir hasta en estos últimos días en su espíritu reaccionario que le llevó al delirio con la última declaración dogmática de la infalibilidad.

Pero confesemos que este ha sido el mal que siempre han tenido los hombres de Roma, y no nos apartemos del objeto principal de este artículo, que es decir algo del teatro en los tiempos que pasaron.

II

Quemar á las gentes vivas porque no se hacían cristianos; acudir á los toros y á los torneos; no practicar los humanos fines de la filantropía y encerrarse en vida en un monasterio, para librarse así de los altos deberes con que el hombre nace en la tierra; todo esto era moral, justo, equitativo y, sobre todo, altamente religioso.

Crear con los ojos tapados era la fe, emblema de todo cristiano.

Abrir los ojos á la razón, querer el libre examen, era herético.

No se discutía la Iglesia, ni el libro, ni la palabra del sacerdote.

Se decía que el teatro era malo y que los toros eran buenos, sin que nadie osara sostener lo contrario.

Por supuesto que abrir ahora un libro escrito por hombres de aquellos tiempos, para defender las costumbres y las ideas de los que fueron nuestros abuelos, es pasar un rato delicioso, feliz y hasta entretenido.

En la segunda mitad del siglo XVIII hubo un fraile llamado Antonio Arbiol, que debió ser muy ignorante, aunque pasó por sábio entre los teólogos, tanto que á su *capacidad* debió el ser nombrado obispo de Ciudad-Rodrigo. Y lo mejor de este sábio teólogo, es un famoso libro, *Estragos de la luxuria y sus remedios*, obra que publicó en 1726, y que por donde quiera que se atra hace reír á un muerto. Por ejemplo, el capítulo VII, en que sin compasión la emprende con los cómicos y los pone de chupa de dómine.

Después de leer el libro del obispo electo de

Ciudad-Rodrigo, no acertamos á comprender á nuestros hombres del siglo pasado, y mucho menos si repasamos esos crónicos milagrosos y esas historias que vomitaban los conventos para solaz y entretenimiento de las gentes desocupadas y devotas, que eran todos los españoles y aun los que vivían inmediatos á ellos.

III

El juicio que tenían los religiosos del teatro, era lo más raro que pensar puede cualquier loco, tanto, que nosotros no podemos decir si el autor de los *Estragos de la luxuria y sus remedios* escribía de broma, ó si las ideas que expone en su célebre libro eran realmente las suyas. El referido capítulo VII, que lleva por tema: *Incentivo vehemente de luxuria que ay en las Comedias profanas, y en las Fábulas amatorias y en la lición de sus libros*, es un ejemplo vivo de las ideas que dominaban á los hombres de la Iglesia en los siglos anteriores, y hemos de copiarlo aquí íntegro para vergüenza de los que aún suspiran por lo pasado, permitiéndonos algunas anotaciones. Hé aquí el concepto que el teatro merecía á Fr. Antonio Arbiol, obispo electo de Ciudad-Rodrigo, segun copiamos de su libro, al capítulo citado, y que dice así:

«El insigne padre de la Iglesia católica San Isidoro dice, que los primeros autores de las comedias profanas fueron los Demonios, los cuales en tiempo de los romanos gentiles, y en ocasión que padecían grandes trabajos les hablaron sus simulacros, para que aplicasen á sus falsos dioses con esas torpes representaciones, que son fomento de feísimos vicios. (1)

«Cuatrocientos años después de la fundación de Roma, dice San Agustín, que los romanos enviaron á los comediantes á la provincia de Histeria, de donde tomaron el apellido de *Histriones*. que con feas representaciones y juegos torpes divertían al pueblo. Por lo cual desde entonces los farfantes se llamaron histriones, que quiere decir, hombres de juegos, chanzas y burlas.

«El mismo San Agustín refiere que el Demonio se le pareció á Tito Latino (2), senador romano, estando durmiendo, y le dixo, que volviese á hacer y representar las comedias públicas, con que el pueblo gentil se divertía mucho y vivía en su libertad. Esta doctrina del enemigo infernal siguen muchos malos cristianos, dice el Santo (3), porque no buscan sino los placeres torpes de este mundo maligno.

«San Cipriano dice que la ruina fatal de los pueblos cristianos son las farsas y comedias profanas, porque con ellas se fomentan los vicios y se destierran las buenas costumbres, como nos lo enseña la experiencia (4).

«San Juan Crisóstomo, persuade con eficacia que no se toleren las comedias y representaciones profanas, porque de ellas, dice el santo, salen los discursos para fraguar los delitos que tal vez no se pensaba. De ellas sacan lecciones para no ser castos los mozos, para ser adúlteros, los casados, para perderse las doncellas recatadas; para manchar los matrimonios, y para destruir las casas, honras, haciendas y vida (5).

«El insigne Tertuliano dice que las farsas y comedias profanas son la peste de las ciudades y de los pueblos cristianos. Son la cátedra de pestilencia, donde se enseñan todas las maldades juntas. Son el incendio voraz de toda concupiscencia y torpeza. Regularmente, cuanto hay en las comedias profanas, es torpísimo; las acciones, las palabras, los adornos, los meneos, los cantos, las músicas, las melodías y los melindres lascivos con que hechizan, no sólo á los mancebos y jóvenes de pocos años, que los abrasan en torpezas, sino también á los ancianos que los irritan en lascivia rabiosa. (6)

«San Juan Crisóstomo persuade que las comedias profanas son escuela de los vicios y universalidad de iniquidades, como de la lengua indómita, lo dijo el apóstol Santiago: *Et lingua ignis est, universitas iniquitatis*. Allí aprenden las adúlteras sus traiciones, las doncellas lo malo que no saben, y todos y todas lo que no les conviene para su honestidad y decencia, ni para la salvación eterna de sus almas. Allí se fraguan discordias, y riñas, y muchos homicidios. Aquellas estultas (*¿sándras?*) risas son ocasión de muchos llantos. Las comedias profanas son el arcaduz (*¿arcabuz?*) del infierno, por donde se comunica la maldad y la malicia. Los comediantes son los portadores del

(1) Esto es groseramente una bufonada. No puede, como serio, ni aun impugnarse. Bien que así se discurría el siglo pasado por la mayoría de frailecos y monjes que sostenían las imprentas, infestando al mundo de libros como este.

(2) No es más feliz que lo anterior este otro cuento que hace reír por lo falso y lo insustancial.

(3) Desde Lope de Vega hasta Salas, esto es, desde el siglo XVI hasta los tiempos presentes, más de cuatrocientos autores eclesiásticos han sostenido en España los teatros, con sus dramas, tragedias, comedias, loas y entremeses, sin que sepamos que Tirso de Molina, Solís, Feijóo y otros eclesiásticos, modelo de virtudes, se desdieran de fomentar en el pueblo la afición á los teatros.

(4) En estos tiempos, como en todos, el teatro ha sido la escuela de la moral, por eso se dice de él: *Llorando y riendo corrige las costumbres*.

(5) No pueden decirse más atrocidades en tan pocas palabras.

(6) ¡Qué juicio tan raro del teatrol!

diablo, para introducir en los reinos los nuevos trajes escandalosos con que destruyen el mundo y relajan las buenas costumbres. Todo es del citado santo.

»Las comedias profanas están prohibidas en ambos derechos, y declarado por oficio vil de los farsantes, como lo prueba el apostólico padre fray José de Villalva en su antorcha espiritual. Allí cita, por su sentir, á San Agustín, como una prueba eficaz y bien autorizada donde se puede ver.

»Muchos graves teólogos con el angélico doctor Santo Tomás afirman, que si los comediantes representan cosas torpes y amores lascivos, pecan mortalmente, por la ocasión de pecar en que ponen á los pueblos que los oyen. Así lo llevan Cayetano, Paludano y Silvestre.

»El Derecho canónico, con una autoridad de San Cipriano, niega la Sagrada Comunión á los comediantes profanos. Porque le pareció al Santo, que se afectaba la pureza de la Santa Iglesia, y se ofendía al Señor de la Magestad con tan infame contagio.

»En el Código se prohíbe que puedan ser sacerdotes los farsantes. Y en la Secta Synodo general, congregada por el Papa Agaton, y el Concilio de Laodicea, en tiempo de San Dámaso, y el Arelatense, en tiempo de San Silvestre, disponen, que los farsantes sean apartados de la Sagrada Comunión, si no quisieran dejar este mal oficio.

»En el Concilio cartaginense IV, fueron excomulgados los que en las fiestas van al teatro de las comedias profanas, y en los Derechos canónico y civil, se hallarán muchas prohibiciones contra los farsantes, y también los Sagrados Concilios, citados por el apostólico Villalva, condenan por malas las comedias profanas; porque en ellas se destruyen las buenas costumbres y se ocasionan muchas culpas en las almas.

»Las farsas son el estrago de los reinos católicos, contagio de los pueblos y ruina de las virtudes castas y santas. Por el servicio de Dios y el bien público, dice San Cipriano, se deberán desterrar los farsantes del mundo y obligarlos á que busquen otro oficio con que vivan y hagan penitencia de las culpas propias y de las que han ocasionado con sus torpes representaciones.

»El celoso príncipe de la Iglesia, mártir insigne San Cipriano, compuso un opúsculo divino, que le intituló *De Spectaculis*, donde dice horrores de los farsantes y comediantes, confirmando lo que dejamos dicho, que el demonio los introdujo en el pueblo cristiano, y por nuestros pecados les ha buscado valedores autorizados para fomentar nuestra ruina espiritual.

»Hace una invectiva fervorosa contra los católicos que, á título de diversiones, olvidaban las admirables, que refieren las Divinas Escrituras, y todas criaturas visibles de cielo y de la tierra, que nos guían al conocimiento de nuestro Dios y Señor, y buscan las engañosas y torpes que nos enseñan las farsas y comedias profanas. El peligro de la perdición de las almas en tales divertimientos es notorio, dice el santo; pues mirando á las comediantes adornadas, y saboreándose y complaciéndose los hombres en sus vistas, meneos, bailes y palabras afectadas, como las pinta Salomón á las mujeres perdidas, no es fácil de librarlos de lactaciones amorosas, que son pecados mortales.»

IV

Tales son, pues, las ideas que el obispo electo de Ciudad-Rodrigo expuso en su libro condenando el teatro. No es posible discurrir más peregrinamente. Sus citas, las palabras de tanto doctor en la teología, como fray Antonio Arbiol, sirven más bien que para condenar, para vindicar á los actores, al teatro y al sentido comun, que tan mal parados salen en el libro *Extragos de la luxuria y sus remedios*, publicado en Barcelona el año de 1736, y dedicado nada ménos que á la Virgen del Pilar.

Pero convengamos que el cerebro de las inteligencias españolas estaba enfermo, cuando todas las eminencias pensaban como fray Antonio Arbiol. ¿Y era extraño esto? Despues de los siglos XVI y XVII en que todos los hombres de talento quemaron su incienso á los errores de la época, el siglo XVIII no podía saturarse del legado de sus antecesores. Pues si estudiamos detenidamente todo aquel largo período, veremos cómo de tal manera la intolerancia religiosa había arrebatado á los españoles en el siglo XVIII toda noción de justicia y todo sentimiento humano, que los grandes escritores, es decir, el cerebro nacional, los que por sus hábitos debían conservar las ideas de tolerancia perdidas para el pueblo, no solo citan con fruición los autos de fé sino que les dan un carácter de sacrificios gratos á los ojos del Dios del Gólgota.

Causa asombro y lástima á un mismo tiempo que el divino Calderon, poeta cristiano, un génio, un sacerdote de espíritu recto y corazón cándido tenga palabras de elogio para las hecatombes del Santo Oficio.

En su comedia *El Sitio de Breda*, con motivo de un combate parcial entre los soldados católicos de Espinola y los protestantes flamencos, se lee lo siguiente en boca de dos guerreros vencedores:

MEDINA.

«¿Cuál huyeron los villanos!»

ALONSO.

¡Oh, qué maldita canalla!
muchos murieron quemados,
Y tanto gusto me daba
verlos arder, que decía,
atizándoles la llama:
«Perros herejes, ministro
Soy de la Inquisición Santa.»

A no sernos conocido el noble carácter del poeta, creeríamos que fué un malvado execrable. Pero no, Calderon no pudo escribir estos versos; los escribió el espíritu de su siglo. Creámoslo así, aun cuando no sea más que para descargo del inmortal autor de *La devoción de la cruz*.

Pero despues de esta indulgencia, por nuestra parte, para el célebre Calderon, hemos de confesar que el espíritu de los tiempos llevó á nuestros mayores á los más grandes desatinos. Por ejemplo, en el teatro, ya vemos cómo discurría un siglo despues que Calderon, el obispo electo de Ciudad-Rodrigo, y con él la mayoría de los hombres que más motivos tenían para ser ilustrados y buenos pensadores. A este mal respondía el espíritu dominante de aquella sociedad embrutecida por la fé, que no dejaba pensar, fanatizada por la superstición. No se comprende, si no, cómo hasta los reyes venían á servir de satélites á los que dirigían la opinion del pueblo, en aquellos tiempos de fatal recordación.

En 1724, la hermosa ciudad de Granada había levantado un teatro para divertir al pueblo.

Como no todos mirasen bien esta clase de espectáculos, y el arzobispo opusiera mil dificultades á las representaciones de farsas y comedias, la ciudad acudió al rey Don Felipe V, y S. M. hizo consultar el caso á los hombres más doctos de la Universidad de Salamanca y al sábio obispo de Guadix, con cuyos pareceres, y despues de Bula pontificia, vino en conceder una real cédula para que las comedias se representasen.

Estudiar este famoso documento es tanto como conocer en fotografía á los hombres del siglo XVIII. No puede darse una idea más peregrina de lo que pueblo y rey pensaban acerca del teatro, segun la real cédula de Don Felipe V, que determinaba, entre otras cosas, lo siguiente:

«I. Que las comedias fuesen primero vistas, leídas, examinadas y aprobadas por el ordinario, para que así se eviten y no se representen las que tuvieren alguna cosa contraria á la decencia y modestia cristiana. (1)

»II. Que se tome noticia individual de autor y representantes que lleva consigo, así hombres como mujeres, con toda distinción.

»III. Que en el concurso tengan puesto separado los hombres de las mujeres, de tal manera, que aun para entrar y salir de la casa de las comedias, no entren ni salgan los hombres por la puerta donde entran y salen las mujeres.

»IV. Que los representantes suban y bajen al tablado por parte escusada, para evitar turbación y guardar la decencia conveniente, y donde los farsantes están, no entre hombre ni mujer, sino los de la farsa; y así estén libres para vestuarios y tramoyas, etc.

»V. Que por el cerco del tablado se ponga una tabla defensiva para que no se puedan registrar las entradas ni salidas, ni los piés de las comediantes.

»VI. Que el primer banco de los concurrentes se ponga retirado del tablado más de una vara.

»VII. Que no entren mujeres á vender fruta ni agua, ni otros géneros en la casa de las comedias, sino que esto se haga por algun hombre modesto, y desde encima del tablado, como era en lo antiguo, ó por algunos muchachos de muy poca edad.

»VIII. Que al autor de las comedias se le haga saber por la justicia no permita que entren hombres en el vestuario, de cualquier estado ó condición que sean.

»IX. Que se le prevenga al alcalde, que los dias que asiste al patio de mujeres no lleve consigo más compañía que el de un escribano y dos porteros, y ningun otro con él, de cualquier calidad que sea.

»X. Que á ninguno se le permita pararse, ni llegarse á la puerta por donde entran y salen las mujeres.

»XI. Que en el invierno la comedia se comience á las dos y media de la tarde y en el verano á las cuatro.

»XII. Que los bailes y sainetes que se representan ó cantan sean lícitos y honestos, y esto se cele mucho.

»XIII. Que si fuere preciso que la mujer represente papel de hombre, salga con basquiña que cubra hasta el zapato ó empeine del pié.

»Y XIV. Que no se permita hombres y mujeres juntos en los aposentos (2), aunque sean propios.»

V

Tales fueron, pues, las reglas que para las representaciones teatrales, mandaba guardar el rey

(1) Desde entonces data la previa censura, que la reaccion en España ha conservado hasta 1868, esto es, 144 años. Y ¡si todo este tiempo se hubiese confiado la censura á una persona ilustrada! Pero este cargo lo ejercieron siempre frailes y sacerdotes, y cuando no miserables aduladores con más ignorancia que buena fé para tratar de las letras.

(2) Palcos.

Don Felipe V, segun su célebre real cédula, remitida por el presidente del Consejo de Castilla, el arzobispo de Granada, en 19 de Setiembre de 1725, para que de otra manera no permitiese hacer comedias.

Y así, guiando la opinion por esta senda, no se habia de recoger un fruto muy saludable. Bien que solo el fanatismo religioso era el que más se esforzaba en sostener ese pugilato que el catolicismo siempre alimentó contra la libertad. En esta lucha horrible, que comienza con el predominio de la Roma cristiana y acaba con la muerte del régimen absoluto que hasta poco há quemó sus últimos cartuchos desde los altos Pirineos á las costas de Vizcaya; en esta lucha sangrienta donde ha perecido lo mejor de la humanidad; aquellos nobles caracteres que tenían el valor de llegar con sus ideas hasta el martirio, rindiendo así un tributo santo á la libertad de la conciencia, encarnación viva de todos los derechos humanos.

Pero el ultramontanismo no aprende en las lecciones del tiempo. Si ayer quemaba á los incrédulos y escribía libros tan groseros como el del obispo electo de Ciudad-Rodrigo, *Extragos de la luxuria*; si en sus fanáticos propósitos condenaban todas las manifestaciones del progreso, hoy pide, ni más ni ménos que si estuviésemos en el siglo xv, el exámen de toda obra nueva, intenta restablecer la censura teatral y cree muy necesario y conveniente la prohibición de los libros condenados por la Iglesia. Y es que se olvida sin duda de aquellos antiguos versos:

«Tus obras tan malas son,
que nunca serán leídas,
aunque fuesen prohibidas
por la Santa Inquisición.»

que es la verdad más grande que se ha escrito acerca de la inutilidad y el resultado contraproducente de las prohibiciones.

¡Medrados estaríamos, exclamarán los neocatólicos, si ciertas obras hoy por desgracia no prohibidas, circularan en todas las manos!

Y estos mismos hombres que quieren establecer hoy la censura teatral, y piden la prohibición de los libros condenados por la Iglesia, encuentran muy buenas las obras del obispo electo de Ciudad-Rodrigo, ó la del padre Claret, *La llave de oro*, libro en que no vemos la suficiente cantidad para extraer aquí ninguno de sus conceptos, pues el capítulo más inocente enrojecería á cualquier heroína de lupanar. Pero los que se hacen propagadores de *La llave de oro*, son los mismos que sueñan con que estamos en el siglo xviii, y siguen creyendo, como el obispo electo de Ciudad-Rodrigo, que el teatro es el foco de todos los vicios y la causa de todos los males. No nos extraña esto. En la segunda restauración del poder absoluto, bajo Fernando VII, la enseñanza se entregó por completo á la clerigalla. Los catedráticos ilustrados estaban privados de enseñar, y los libros de texto se elegían de entre los más indigestos, para coartar así los primeros vuelos científicos de la juventud y apartarla del estudio.

La célebre universidad de Cervera decía en la *Gaceta* del 3 de Mayo de 1827: «SEÑOR: LEJOS DE NOSOTROS LA PELIGROSA NOVEDAD DE DISCURRIR;» y por aquella misma época se entregaba á los actores que viajaban un pasaporte con ruta y recomendación preventiva á las autoridades para que cuidasen y vigilaran al cómico vagabundo y aventurero, que tenía la desgracia de viajar y dedicarse al difícil y siempre honroso arte de la declamación, durante aquellos tiempos de feroz despotismo.

El teatro, condenado por los padres de la Iglesia, y los autores excomulgados y perseguidos, era lo que nos ofrecían los tiempos pasados respecto al arte escénico, y era natural, porque el ultramontanismo ha atentado siempre contra el derecho humano, ha perseguido al progreso y ha maldecido la civilización. Gregorio I mandó quemar las bibliotecas, á ejemplo de Omar. Gregorio VII fundó el poder temporal. Inocencio III la Inquisición. Alejandro IV impuso la previa censura de los libros. Pío V llenó de hogueras á Europa. Urbano VIII excomulgó el telégrafo y el vapor, creyéndolos artes diabólicas, y el mismo, en la *Enciclopedia Mirari*, de 13 de Agosto de 1832, excomulgó la libertad de conciencia y la libertad de imprenta. Pío IX maldice en el *Syllabus*, siendo el pontífice á quien le ha tocado pronunciar la última palabra del papado: *Infallibilidad*.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

PINCELADAS AMERICANAS.

Dada la importancia que ha tomado la vida comercial y de progreso de la República Argentina—que como dice la *Revue des Deux Mondes*—«marcha á vanguardia de los pueblos americanos en todas las manifestaciones del pensamiento humano y de la libertad.» son siempre importantes las noticias que de allí nos traen los correos que llegan á cada momento.

A las últimas fechas seguía en la prensa la discusión sobre la debatida cuestión de límites entre aquella República y el imperio del Brasil.

El señor Dr. Plaza, ministro de Relaciones Exteriores, á quien el jefe del Estado acaba de conceder la encomienda de Carlos III, como premio á los buenos oficios que prestó para el arre-

glo de las cuestiones pendientes entre el Gobierno de Montevideo y la legación española; el doctor Plaza, cuyas altas cualidades de hombre de Estado ha puesto de relieve la prensa de Madrid, había sido encargado por el presidente de contestar la última nota de la cancillería imperial.

Todos los diarios de Buenos-Aires, aun los de oposición al ilustrado y progresista Gobierno del general Roca, elogian con entusiasmo la nota del ministro de Estado argentino. Es un documento lleno de altura y moderación, en el que, sin prescindir de la energía que da el derecho, se mantiene el tono digno y templado que cuadra á una cancillería que ajusta todos sus actos á la justicia y el derecho, sin dejarse arrebatar jamás, ni por la vocinglería de los *patrioterros*, ni por las impaciencias que en más de una ocasión comprometen los más graves intereses de un Estado.

Abundando siempre en sus sentimientos pacíficos, el Gobierno argentino, al mismo tiempo que pasaba su nota al Gabinete de *San Cristóbal*, nombraba, en misión extraordinaria cerca de aquel Gobierno, al doctor D. Vicente G. Quesada, que es, no sólo uno de los hombres más importantes de aquel país, por su ilustración y talento, sino el que más ha estudiado la cuestión pendiente, habiendo publicado sobre ella varios trabajos que, poniendo de relieve esa competencia, justifican lo acertado de la elección.

Lo que á la salida del último paquete daba cierto carácter de gravedad á la cuestión, era el haberse asegurado que el Gobierno imperial *se negaba á aceptar el arbitraje propuesto por el Gobierno argentino*, no comprendiéndose cómo un Gobierno ilustrado, que al discutir la cuestión hace constante alarde de sus intenciones pacíficas, pueda negarse á aceptar el recurso á que apelan hoy todas las naciones civilizadas y que se respetan, cuando no pueden, entre sí, llegar á un avenimiento amistoso de sus diferencias.

Si el Brasil cree que tiene razón,—como dice *L'Echo des Deux Mondes*, contestando á un artículo de nuestro ilustrado colaborador señor Varela,—¿por qué no acepta el arbitraje?

¿Acaso desconfiaría de la honradez é imparcialidad del juez, *aun sin conocerlo*?

Si los estadistas argentinos no hubiesen demostrado hasta la saciedad el derecho y la justicia que les asiste en la cuestión de las *Misiones*, el simple hecho de quererla someter al arbitraje, les conquistaría las simpatías de todos los Gabinetes y pueblos europeos, que, interesados en la conservación de la paz en aquellas regiones, sabrían de antemano, que si ella se altera, culpa exclusiva será del Imperio, que creyéndose más fuerte y poderoso por sus elementos de guerra marítimos quiera, quizás, dar el escándalo de promover una guerra que nada justificaría, y en la que, por más que lo contrario pudiera sugerirle su vanidad, no llevaría ciertamente la mejor parte, pues si el Brasil tiene en la actualidad una escuadra más poderosa que la de su vecina, ésta tiene un ejército superior en todo, en número, en disciplina y en *algo más* que no queremos decir por no lastimar susceptibilidades siempre respetables.

Pero no: Ahora, como antes, tenemos la convicción profunda de que la cuestión de límites no provocará la guerra entre los dos países, y que ella tendrá una solución pacífica en el interés de los dos litigantes, y sin desdoro para ninguno de ellos.

Esta convicción la robustece otra de las noticias que del Plata nos llega: decíase que el Presidente Roca, respondiendo á una invitación del emperador Don Pedro II, tenía la intención de hacer un viaje á Rio-Janeiro, visita que le sería de vuelta por el monarca, acompañándolo después á Buenos-Aires.

Si el hecho se realiza, nos atrevemos á asegurar, sin temor de ser desengañados por los sucesos, que *la cuestión se arregla y la paz se asegura*, fundándonos para ello en que *ni el emperador, ni el general Roca, quieren la guerra*.

Las diferencias entre Chile y la República Argentina habían llegado á una situación mucho más tirante, tan tirante que, preparados los dos países para la guerra, nadie creía en la posibilidad de evitarla, y sin embargo, el tacto, la prudencia y el patriotismo del general Roca, y la habilidad de su ministro, doctor Irigoyen, consiguieron conjurar el peligro, celebrando un tratado que puso fin al enojoso litigio, y aseguró la paz entre las dos repúblicas hermanas.

Lo mismo ha de suceder ahora, por más que los optimistas crean lo contrario.

Entretanto la República Argentina sigue impasible su marcha de *asombrosos progresos*, según la frase del *Times*.

La emigración vuelve á llegar en proporciones que no se conocían, no bajando de *sesenta mil*, los emigrantes entrados el año pasado.

Las rentas aumentan. Los trabajos de ferro-carriles siguen con actividad febril, siendo tal el aumento del tráfico en el que liga los pueblos del interior con el litoral, que para el camino del *Rosario á Tucuman*, se habían pedido *MIL* wagones más para carga.

Hay algunos millares de braceros ocupados en esos trabajos.

El comercio general de la República el año anterior ha representado la cifra de 88.627.543 duros!

El censo de la guardia nacional, ha dado un efectivo de trescientos mil hombres, que han sido

organizados en nueve cuerpos de ejército, cinco activos y cuatro de reserva.

Actualmente posee la República:
80 millones de carneros.
7 millones de caballos.
4 millones de cerdos.
7 millones de ganado vacuno.

Para que se tenga una idea de la riqueza del país, basta establecer una comparación.

La Inglaterra no posee sino 28 millones de carneros y en toda la Australia no hay sino 72 millones, es decir, ocho millones menos que en la República Argentina.

La nueva capital de la provincia de Buenos Aires, *La Plata*, á semejanza de *Chicago*, se está levantando como por encanto, merced á la actividad incansable del gobernador doctor Dardo Rocha.

La obra colosal del ferro carril que ligará á Buenos Aires con *Bahía Blanca*, cruzando las ricas comarcas del Sud, en una extensión de más de cien leguas españolas, se inaugurará el 1.º de Enero del año entrante, debiéndose obra de tanta magnitud á la iniciativa del doctor Rocha, y á la ciega confianza que la administración inspira á los capitales.

La candidatura del doctor D'Amico, su ministro de gobierno y activo colaborador en tanta obra trascendental, gana diariamente terreno, comprendiendo el pueblo, que una vez en el poder, será el *continuador* de la administración del doctor Rocha, que por la Constitución no puede ser reelecto, lo que sin duda sucedería sin ese impedimento.

Por otra parte, el doctor D'Amico tiene todas las condiciones que hoy se necesitan para hallarse al frente de la provincia de su nacimiento: talento, ilustración, tino administrativo, conocimiento de los hombres y de las cosas, prestigio en la opinión y ardiente patriotismo.

Pasemos ahora á otra República vecina á la Argentina, que, como el Fénix, renace de sus cenizas, y cuya marcha empieza, con justicia, á llamar la atención de la prensa europea.

Hablamos del Paraguay.
Que el Parlamento funciona legalmente;
Que el Gobierno trabaja sin descanso;
Que se organizan los tribunales de justicia;
Que las rentas aumentan, y el comercio ensancha sus operaciones;

Que se fundan nuevas escuelas, no solo en la capital, sino en los puntos más lejanos de la Campaña, difundiendo así por doquier ese gran consuelo del espíritu que se llama la educación; nada, nada de esto nos parece que bastará para hacer conocer la resurrección del Paraguay, y los nuevos horizontes que el destino le prepara. A nuestro juicio, lo que conviene á esa República es, que Europa sepa que por fin *tiene un Gobierno*; que ese Gobierno lo componen hombres patriotas, que cerrando el período de las discusiones domésticas y las *discusiones de barrio*, ha iniciado una cruzada verdaderamente regeneradora, llamando á su lado y á los puestos públicos á todos los hombres honrados y de luces que puedan ayudarlo en esta grandiosa obra del patriotismo y del deber, que tiene por humanitario objeto volver la salud y la vida á una nación de héroes y de mártires, que tiranos sangrientos habían condenado á desaparecer del seno de la humanidad.

¿Pues qué! ¿Acaso á nosotros, españoles, que dimos á esos pueblos, origen, idioma, sangre y tradiciones, no nos interesará más el espectáculo grandioso y consolador que presenta el Paraguay, que la cuestión de Egipto—por ejemplo—y el bombardeo de Alejandría?

¿Acaso esa resurrección no revela la pujanza y el aliento de la raza española?

Comprendiéndolo así, y sintiendo el natural orgullo que el hecho nos infunde, deseamos, ante todo, que en España se sepa lo que en el Paraguay sucede: que el Gobierno del general Caballero, compuesto de hombres tan ilustrados como Decoud, ha sido el iniciador de aquella espléndida regeneración que nos presenta á la joven República de pie, llena de fe en sus futuros destinos, entregada al trabajo y á la reorganización, que la conducirán en pocos años á ocupar honroso puesto en el banquete de las naciones que viven felices.

Ahora, en cuanto á lo que pasa en el Paraguay, las noticias que de allí llegan, confirman el entusiasmo con que saludamos su glorioso despertar.

Situada más arriba que las Repúblicas del Plata, aquella tiene la ventaja de poder llamar á su seno una parte de la emigración europea que á ellas vá hoy en tan gran escala, emigración á la que, para atraerla, solo se necesitaba darle á conocer las riquezas fabulosas de un suelo que todo lo produce, virgen todavía, y que está convidando al brazo del hombre para ser cultivado.

Y es lo que está sucediendo. Afianzada completamente la paz interior, consolidados los poderes públicos, garantidos el trabajo y la industria en todas sus manifestaciones, los extranjeros están afluendo al Paraguay, atraídos además, por la liberalidad de la ley de colonización votada por su Congreso.

Algunos de sus artículos bastarán para probarlo. Los citaremos:

«Art. 31. Los inmigrantes agricultores que quisieran establecerse en el territorio de la República fuera de las colonias, tendrán derecho de solicitar al Gobierno la concesión de un lote de ocho cuerdas cuadradas ó sean seis-cien-

tas áreas, cuyos títulos definitivos de propiedad se les otorgarán después de haber trabajado en él cinco años consecutivos, siempre que al finalizar este plazo tengan cultivadas las dos terceras partes á lo ménos del lote concedido y tengan cien plantas de café.

Art. 32. Gozarán además de las ventajas siguientes:
1.º Ser alojados y mantenidos á expensas de la nación durante los cinco días siguientes á su desembarco.

2.º Ser trasladado á costa de la nación al punto de la República donde quisieren fijar su domicilio.

3.º Introducir libre de derechos las prendas de uso, muebles del servicio doméstico, instrumentos de agricultura, herramientas, útiles del arte ú oficio que ejerzan y una arma de caza por cada inmigrante adulto, hasta el valor que fije el Poder Ejecutivo.

Además del terreno que se concede á los inmigrantes agricultores por el citado art. 31, se les facilitará pasaje gratis desde los puertos de Montevideo y Buenos Aires hasta la Asunción, debiendo los interesados acudir con solicitud al efecto al consulado Paraguayo respectivo.»

Con tales condiciones, bien se puede ir á ser colono en un país cuyo clima ha sido reputado como uno de los más deliciosos del mundo.

Y basta por hoy sobre el Paraguay.

Como sucede hace ya mucho tiempo, gratas, muy gratas son las noticias que nos llegan de Venezuela, país que algún día se citará en la historia de aquel vasto continente, como ejemplo del bien que á su patria puede hacer uno de esos caudillos prestigiosos que aparecen de vez en cuando en la vida turbulenta de la democracia, cuando quiere poner ese prestigio al servicio de la libertad, del progreso y de los grandes principios en virtud de los cuales se constituyen y engrandecen las naciones.

Ese caudillo lo tiene Venezuela en Guzman Blanco, el amigo leal y entusiasta de España, de sus glorias y de sus hombres, y cuya gran figura política nos ha dado á conocer el afamado orador y escritor argentino Sr. Varela.

Lo que ha hecho en su patria, puede entrar en la categoría de los *milagros*.

Las últimas noticias nos hacen saber, que al recibir el ilustre Guzman Blanco el parte telegráfico en que de aquí se le anunció que aceptaba el rey la misión de árbitro, había experimentado inmensa satisfacción, alegría patriótica, exclamando alborozado: *la aceptación del rey de España asegura la paz entre las dos Repúblicas*.

Y la prueba del efecto que esa aceptación debe causar en todo americano, es el espléndido banquete que el Sr. Varela, representante oficial de varias de aquellas Repúblicas, entre nosotros, acaba de dar en honor del rey de España.

Uno de nuestros más distinguidos colegas ha dicho «que ese banquete había sido la verdadera *fiesta de la fraternidad Hispano-americana*,» y tal es la verdad.

Ampeones ardientes de esa fraternidad hace muchos años, en las columnas de este periódico—que nuestro inolvidable Eduardo Asquerino fundó por contribuir á ella con toda la fe de su noble patriotismo—experimentamos verdadero contento al ver que ella se realiza bajo los auspicios del buen deseo de americanos y españoles, y que esa fraternidad acerca el momento de la gran confederación hispano-americana, en cuya hermosa realización está el porvenir de setenta millones de hombres, que tienen el mismo origen y hablan el mismo idioma.

R. P. DE OCHOA.

ELCHE MODERNO.

IV Y ÚLTIMO.

Tenemos á la vista el plano del aposentamiento, que ejecutaron D. Miguel Cornet y D. Sebastian Salgado Palomino, aposentadores de camino, para el tránsito de dos días y noches que hicieron SS. MM. y AA. el día 18 de Diciembre en esta villa de Elche, dirigiéndose desde Valencia hasta Cartagena en el año de 1802.

Es sorprendente el numeroso séquito que acompañaba al rey Don Carlos IV y á su régia familia á los comienzos del presente siglo.

El real palacio se estableció en la casa del obispo y de D. Joaquin Perpiñan.

La real capilla, desde el eminentísimo cardenal patriarca de las Indias hasta los confesores y sacristanes, formaban el número de 33 personas.

El marqués de Montealegre era el mayordomo mayor del rey; el duque de San Carlos, de la reina María Luisa; el duque de la Roca, del príncipe D. Fernando; el de Montemar, de la princesa; aumentaron la comitiva los gentiles-hombres duques de Arion, de Osuna, conde de Altamira y otros personajes; éstos y los mayordomos de semana, oficiales de la secretaría y de las oficinas, moneros de cámara, médicos, botica, ugieres de viandas, mozos de oficio, cerería, comision del alumbrado de faroles, cocina de boca, proveedores de nieve, directores de provisiones, cocina y repostería de Estados, galopines, chulos, carpinteros, cerrajeros, ebanistas, vidrieros, tapiceros, estereros, sastres, peladores de aves, peluqueros, directores de carruajes, ascendían *solamente* á 597 individuos. ¡Cómo había de faltar en el régio acompañamiento el indispensable príncipe de la Paz!

Además, componían la servidumbre del rey el conde Gerardesca, capitán de guardias, marqués

de Ariza, sumiller de corps, gentiles hombres, etc.; D. Josef Tejada, que le hacia la partida de trucos, y 45 músicos.

La servidumbre de la reina, marquesa de Montealegre, camarera mayor; la de la princesa, condesa de Viamanuel; el marqués de Cerralvo sumiller de corps del príncipe D. Fernando; gentiles-hombres de los infantes D. Carlos, D. Francisco, D. Antonio, respectivamente, D. Bartolomé Sanabria, conde de Canillas y de Negri, y otras damas de la reina, de la princesa, y otros gentiles-hombres del príncipe y de los infantes, y otros criados, constituían el número de 139.

Seguían despues las Secretarías de Estado, á cargo de D. Pedro Ceballos, de Gracia y Justicia, D. José Antonio Caballero, de Marina, D. Domingo de Grandallana, de Hacienda, D. Miguel Cayetano Soler, de Guerra, de Indias, oficiales de Secretaría, que se elevaban á 39.

Los caballeros mayores del rey, marqués de Beljida, de la reina, conde de Laing, del príncipe, conde de Bornos, de la futura princesa de Asturias, duque de Rivas, caballeros de campo, médicos, mozos, 34.

Cuartel de Regalada, D. Francisco J. Marquesi, palafrenero mayor, 250 palafreneros, cuartel de coches con mulas, 85 cocheros, y 243 mancebos, lacayos, volantes, mozos de silla, oficiales de coches, guarnicioneros, herradores, picadores, domadores, etc., 760.

Cuartel de caballos de coche, 72.

Real picadero, 32.

Real ballestería, con 55 rederos, monteros, arcabuceros, ballesteros, huroneros, 105.

Monteros, fusileros, guarda-bosques, 91.

Dependientes de caballería del infante D. Antonio, palafranos, cocheros, mancebos, etc., 70.

Los guardias de corps, con dos capitanes, ayudantes, generales, exentos, oficiales, cadetes, etcétera que le acompañaban al rey en su expedición, 286.

Los alabarderos, 64.

Y otros criados, 30.

De manera que los que se albergaron en las principales casas de Elche, ascendieron á 2.352 servidores de la real familia.

Para que pudieran llegar á Elche, fué preciso construir una carretera de 3 kilómetros, desde la villa de Novelda, que fué plantada de palmeras.

Entraron más de 300 coches de comitiva.

Se iluminó toda la población; las más vistosas iluminaciones lucieron en la fachada de la Casa del Ayuntamiento, en la de D. Diego Ortiz, donde se hospedaron los marqueses de Montealegre, mayordomo mayor, y camarera mayor del rey y de la reina.

Fueron tambien muy brillantes las de la Corredera, Puente de los Ortices, el del Llano, y los conventos de San Francisco y Mercenarios.

Se colocaron tres arcos triunfales, uno en el Puente del Rey, detrás del cuartel; otro en el que está enfrente de la puerta de Oriñuela, y el otro en la Plaza Mayor de la villa, á la entrada de la Corredera.

Un castillo de fuegos artificiales se dispuso en el terrado de la casa de D. Diego Ortiz.

Se cantó un *Te-Deum* en Santa María, al que asistieron los grandes de España y los personajes más ilustres del régio séquito.

Tambien tenemos á la vista el voluminoso expediente formado de oficio para el hospedaje de la real comitiva, por el señor D. Francisco Antonio Agulló, abogado de los reales Consejos, alcalde primero ordinario y juez de comision nombrado al efecto. Este señor era abuelo de nuestro antiguo amigo D. Francisco Argulló y Miralles, que nos ha prestado el expediente para nuestro examen.

Aparece gastada la suma de cuarenta mil reales, para componer la entrada y la salida del pueblo, perteneciente á los bienes de propios, al producto de los saladares y al repuesto de granos.

Ofrece los más curiosos detalles para proveer al hospedaje y á las subsistencias del rey y de su inmenso acompañamiento; el alcalde se vió obligado á apelar á los partidos del término de su jurisdicción, exigiendo de sus diputados, así los califica, que recorrieran las casas de campo y se enterasen de toda especie de aves que encontrasen, ordenando á sus dueños que las conservasen á disposición de su autoridad, sin enagenarlas ni consumirlas, bajo la pena de 25 libras, un mes de cárcel y demás que hubiere lugar.

Igual pena se imponía á los que no entregasen los huevos que produjeran sus gallinas, obligándose á satisfacer íntegramente su importe, segun la tarifa acordada por el Ayuntamiento.

Se dirigieron oficios á las justicias de las villas de Petrell y Agost, á fin de que dispusieran la provision de 300 arrobas de carbon de cuyo artículo se carecía en Elche, y á las de Almoradí, Catral y Dolores; para que sin demora proporcionasen tres vacas, ocho terneras para matar, y doce de las primeras para leche, con destino á las mesas de SS. MM. y estado.

Los abastecedores de carnes del municipio, debían tener prevenidos 400 carneros; los panaderos y los conductores de vino hacer el acopio de estos artículos ó expresar dónde podia acudirse para proveerse de ellos; los cabreros suministrar la leche y cabras necesarias; los encargados de los utensilios de paja y de cebada, satisfacer al consumo de los caballos y de las mulas; se expidieron tambien oficios á las justicias de la villa de Ibi,

cuyas aguas eran muy exquisitas, especialmente las de la fuente llamada de la Carrasca, para que condujeran las que se pedirían á su tiempo; á las de Alicante y el caserío de Santa Pola, con objeto de que abasteciesen de pescado fresco; á las de Novelda, Aspe, Monforte, Monovar, Crevillente, Alinorad, Roxales y otras, pidiendo que facilitasen á Elche 467 camas con dos colchones, dos almohadas y una manta cada una, dos sábanas, todo limpio y decente, 800 sillas, los pollos, pollas y huevos que se pudieran recoger; al corregidor de Xijona, frutas, pimientos y otros artículos. Los abastecedores de aceite proveyeron al municipio de todo el necesario, de la mejor calidad.

El ayuntamiento, para evitar todo fraude en los abastos y que éstos no faltasen, encomendó á cada uno de sus regidores un ramo de abasto. Al regidor primero, D. Francisco Sanchez, la venta del pan, vino y aceite; al decano Pedro Valero, el pescado salado y fresco; á Estéban Hernandez, de las berzas, frutas y demás comestibles del mercado; á Francisco Brú de las carnes; á Francisco Gomez de la recuperación; á Francisco Macía de la nieve y de los aguadores, y al Ayuntamiento de la Universidad de San Juan, para que en sus tiendas y panaderías no faltase cosa alguna de los alimentos de primera necesidad.

Las justicias de las villas de Jumilla y Albani-lla enviaron las perdices y perdigones que pudieron reunir.

Los encargados por el mayordomo mayor del rey del acopio de la nieve, pedían para cada una de las dos noches del 18 y 19 de Diciembre, 70 á 75 arrobas de nieve.

Se hizo el padron del vecindario, para el alojamiento de las personas, de las camas con que pudieran contribuir sus vecinos, cuadras y cobertizos para acomodar los coches y las caballerías.

Se encendieron hogueras en los caminos del término de Elche.

El alcalde recibió de la Junta de Propios de la villa de Onil, 22.656 reales, de los que se consumieron para los gastos más urgentes 4.381 con 17 maravedís, por orden del intendente general de Valencia, D. Cayetano de Urbina.

Los 17.924 reales 23 maravedís sobrantes, los entregó el alcalde Agulló, por orden del mismo intendente, á D. Miguel Bernabeu, para pago de jornales á los paisanos destinados á cubrir el cordon sanitario con el humanitario objeto de librar del contagio que padecía Alicante á los pueblos inmediatos. La entrega de la expresada cantidad se realizó en la Sala Capitular, con la asistencia á la Junta de los Sres. D. Josef Miralles, vicario forense; D. Pedro Buch y Odonell, mariscal de campo y general del cordon; D. Gaspar Esdepes, síndico del ayuntamiento, y D. Carlos Manuel Gracia, abogado. Se dió á Agulló el correspondiente recibo.

Es notabilísimo el bando que mandó pregonar el alcalde, para el aseo y limpieza de las calles y plazas. Iluminaciones, prohibicion del tránsito de carros y caballos por la carrera designada á la venida y permanencia de SS. MM., desde los dias 18, 19 y 20 de Diciembre; responsabilidad exigida á los padres que permitieran salir á la calle á los niños de corta edad; que las tiendas de comestibles, tabernas y panaderías, abiertas á las siete de la mañana, se cerrasen á las nueve de la noche; las rondas conducirían á la cárcel á las personas que no se retirasen á su casa á las horas regulares, á fin de que quedase la ciudad tranquila, para el descanso de los régios huéspedes.

Se prevenia que en la noche del arribo del rey, como algunos de su escolta podían llegar tarde á sus alojamientos, ninguno de los vecinos cerrase las puertas de su casa, y con luz que alumbrase la entrada y la escalera.

Imponía penas á los mendigos que pidieran limosna á SS. MM. y demás personas reales, ó que se acercasen á los coches en que fueran conducidos, para molestarlos con memoriales y peticiones impertinentes. Los carruajes de los forasteros, á excepcion de los de la real comitiva, que arribasen á Elche en aquellos dias, deberían acampar fuera, en las casas de campo, para evitar confusion y desorden.

El bando abrazaba los más minuciosos detalles de policía urbana y prescribía á las personas que circularan por la villa la modestia y compostura correspondientes á un pueblo cristiano y civilizado, para que disfrutaran generalmente del júbilo y alegrías que ofrecerían tan plausibles festejos.

Para atender á la tranquilidad pública se nombraron diputados de barrio, que cuidasen respectivamente de las calles y las rondasen de noche, acompañados de los vecinos que eligieran.

La relacion de los artículos y cantidades que se necesitaban diariamente para la cocina de boca de SS. MM., la de su repostería y real ramillete, es fabulosa.

Doscientas sesenta arrobas de leña, 200 de carbon, 2 000 huevos, 80 carneros, 100 gallinas, 100 pollos, 800 pollas, 60 pichones, 12 pavos, seis patos, cuatro gamos, 12 vacas de leche para suministrarla en el chocolate, 40 perdices, 24 perdigones, ocho corderos, ocho terneras de 75 á 80 libras, 13 arrobas del mejor queso, 60 arrobas del mejor vino y 100 de vino á todo pasto, 50 arrobas de la mejor fruta, cuatro arrobas de judías verdes, 40 de tomates, 40 docenas de pimientos, 100 repollos, 100 limones y 100 naranjas, etc., etc.

Y como permaneció la corte dos dias, fué doble la cantidad mencionada.

Una expedicion de esta índole debia producir grandes perturbaciones en los pueblos del tránsito, en una época en que las carreteras apenas existían y escaseaban los recursos indispensables para proporcionar hospedaje y alimento á tanta gente.

Setenta años, poco más ó ménos más tarde, visitó la villa de Elche otro monarca, que venia acompañado de seis ú ocho personas solamente, y que elevó la villa al rango de ciudad. Nos referimos á Don Amadeo de Saboya. El duque de la Torre, D. Juan Topete, uno ó dos ayudantes, los generales Gándara y Rosell, el marqués de Dragoneti y las autoridades de la provincia, constituían todo su séquito.

El Ayuntamiento le ofreció un banquete en los huertos y un régio dosel, pero Don Amadeo se sentó en el sitio opuesto, á la sombra de las majestuosas palmeras.

Las bellas ilicitanas le brindaban dátiles y palmas. Concha Anton, una de las jóvenes más hermosas, llamó la atencion del rey y la dijo galantemente que le dirigiera una peticion, lo que oido por un sagaz prelado, indicó á la jóven que abogara por los bienes de la Virgen, y el noble Don Amadeo prometió que no se venderían durante su reinado. Se remiten palmas para el Domingo de Ramos á toda España y aun al extranjero.

Elche contiene 40 casas de comercio, de las que recordamos las de los Sres. Ruiz (Constantino Manuel), José María, Valero, Fenoll, Brotons Gomez, etc.; dos imprentas, tejedores de telas de algodón; se hacen tambien abrigos acolchados para la cama, lindísimos canastillos y cestas de palma; pero la industria fundamental es la alpargatería.

La instruccion primaria elemental se enseña en la ciudad en siete escuelas, y una de párvulos, á las que asisten 324 alumnos, y 340 niñas en las cuatro destinadas al sexo femenino.

Existen una escuela superior de primera enseñanza de niños y un colegio libre de segunda enseñanza; á éste concurren 30 niños. Hay doce escuelas rurales, siete de niños y cinco de niñas. La remuneracion de los maestros varía desde 353 á 1.650 pesetas.

Un hospital, cuyo presupuesto alcanza á 30.000 reales y algunos censos; ha sido administrado con celo y generosidad por nuestro antiguo amigo y consecuente adalid del progreso, D. Tomás Saizano, que cedió su sueldo á beneficio del establecimiento. Hizo muchas mejoras; la de un reloj nuevo, una mesa de mármol de autopsia, un armo-nium para la iglesia; tenia un gran número de ropa blanca y de vajilla, y 26 camas de hierro para igual número de enfermos.

Lamentamos que hoy sea muy reducidísimo el número de camas para los desvalidos.

El puente que facilita el paso de la villa al arrabal de Santa Teresa, es de 400 palmos de largo y 44 de ancho. Consta de dos arcos; en el centro se ven dos capillas, la de nuestra Señora de la Asuncion y la de San Agatangelo, hijo de Elche, que fué soldado. Fué restaurado en el año 1756 por el destrozo que causó en él un torrente de agua que inundó la rambla y pasó por el antepecho del puente en 31 de Octubre de 1751. Se principió su fabricacion el 2 de Mayo de 1705.

Los herreros y carpinteros se distinguen por sus obras artísticas; es tambien muy importante el oficio de los apeadores y constructores de carros.

El teatro, construido en forma de herradura, ofrece capacidad para 700 espectadores, en plateas, palcos principales, butacas, y en el piso alto para el pueblo. Este muestra su entusiasta aficion por el templo de Talía, puebla todas las localidades, sobre todo, cuando se ponen en escena dramas de efectos sorprendentes, ó se desarrollan grandes pasiones.

Debemos mostrarle nuestra gratitud, porque nos ha favorecido con sus indulgentes aplausos, siempre que se ha representado *La conquista de Elche*, que compusimos hace ya cuatro años, en la misma Calahorra que habitamos, y que es el lugar de la escena en la época distante de Don Jaime I de Aragon.

Dedicamos el principal papel de Alcaide, Gobernador árabe de la fortaleza, á nuestro distinguido amigo el Sr. D. Luis Llorente, una de las personas más ilustres y cultas de esta ciudad, alcalde muchas veces de su municipio, presidente actual del casino, y alma del teatro por su inteligencia preclara, por su entusiasmo artístico, que en su edad ya madura, se rejuvenece, y hace alarde de la virilidad juvenil. El amor al arte produce milagros, y nuestro excelente amigo dá pruebas constantes de la juventud eterna.

La verdad es que no se concibe que pueda existir un teatro en la ciudad illicitana, sin la direccion del Sr. D. Luis Llorente.

Y no queremos pasar en olvido las seductoras actitudes, el fascinador conjunto que ofrecieron unas veinte niñas y niños de seis á ocho años de edad que, ensayadas y dirigidas por el Sr. Martinez, bailaron con una gracia admirable, revelando sus precoces dotes artísticas. Una niña, que apenas se la veía en la escena, nieta del director de orquesta, Sr. Buyolo; otra niña del señor Escobar, magnífica de aplomo, de talento, de donaire; la niña del Sr. Roman y otro niño hicieron resaltar sus primores, y cultivadas sus disposiciones coreográficas, sin duda pueden llegar á ser notables artistas.

El casino consta de trescientos sócios, está

decorado con gusto y celebra de vez en cuando veladas literarias, conciertos y bailes.

Elche tiene además tres cafés, dos molinos de chocolate, fábricas de aguardiente, de jabón, doce molinos harineros y de aceite ó almazaras, aunque han desaparecido muchas, así como las fábricas de salitre.

El Sr. D. José Brú y Piqueres, que fué nuestro estimable amigo, pertenecía al partido antiguo del progreso. Con decir esto, basta para consignar que era un patricio íntegro, firme y perseverante por el bien público. Se va extinguiendo la raza de aquellos hombres severos que tenían la conciencia de sus deberes cívicos.

El Sr. Brú desempeñó el cargo electivo de alcalde del municipio de Elche y se desveló por todos los ramos de la Administración municipal. Mandó construir un paseo en la plaza de la Merced, que al fin llevará su nombre por más que las lisonjas cortesanas de los tiempos le hayan bautizado con otro título. Las aceras de la calle principal de la Corredera fueron su obra, y hubiera realizado otras mejoras á haber permanecido más tiempo al frente del municipio. Pero es proverbial el breve, rápido período de los Gobiernos amantes del progreso, y el Sr. Brú sufrió la ley injusta, opresiva y arbitraria, impuesta á su partido por los poderes reaccionarios que se han enseñoreado de este pobre país, como si fuera su conquista y su patrimonio.

Nuestro distinguido amigo fué senador electo por el partido liberal, y murió fiel á sus antiguas convicciones. Este es un título de gloria que no pueden arrebatársele tan fácilmente los que han privado al paseo, que fué su obra, de ostentar su digno nombre.

El Sr. D. Juan Cortés, antiguo guardia de corps, ha prestado también servicios á su patria. Después de haber desempeñado importantes cargos administrativos, regresó á Elche, su país natal, y durante el tiempo que ostentó la vara de alcalde también hizo otro paseo extramuros de la ciudad, en el sitio denominado el Llano, con vistosas y lejanas perspectivas, muy higiénico y ventilado, adornado con árboles y bancos de piedra. Es un paseo de verano, como el del Sr. Brú lo es para el invierno, y los dos son poblados por las bellas ilicitanas que en días festivos acuden á oír los acordes de las músicas que dirigen inteligentes y reputados artistas, como los Sres. Blasco y Buyolo.

Se deben al celo del Sr. Cortés la construcción de la acera de la calle del Salvador, las reformas dignas de aplauso que hizo en la morada del eterno descanso, en el cementerio, y la colocación de un suntuoso reloj al frente de la casa de la ciudad, establecida en la plaza principal.

Si todos los municipios que se han ido sucediendo en Elche, desde el Sr. Brú hasta el señor Cortés, hubieran imitado tan patrióticos ejemplos, la bella ciudad de las palmeras no se encontraría sepultada en un lodazal cuando la lluvia benéfica del cielo desciende á regar sus campos, ávidos de este maná fecundo.

Abrigamos la confianza de que nuestro amigo, el Sr. Rodríguez, realizará el proyecto que ha concebido para embalsosar las aceras de la población. Es un servicio que le agradecerán los transeúntes por las calles y las plazas en los días lluviosos.

El Sr. Rodríguez ordenó construir un Matadero, mucho más distante del que antes existía, próximo al puente, perjudicial para la salud, por sus emanaciones, y el nuevo es un edificio de bello aspecto, y por su interior cruza la acequia, para lavarle y ostentarle siempre limpio; es una reforma muy útil, y apreciada por todos.

Merece fijar el celo preferente del señor alcalde, la necesidad urgentísima de establecer bombas, con sus correspondientes aparatos para apagar los incendios que pueden ocurrir, por desgracia, en una ciudad que ejerce una industria fundada sobre el yute y el cáñamo, materias tan inflamables por el más leve descuido. Las mismas bombas podían servir para el riego de la población en los meses ardorosos del estío.

La Junta ó el Tribunal de las Aguas ha comprado el local del antiguo Matadero, á fin de hacer un edificio que sirva para ordenar la distribución del riego territorial.

Existe un plano para realizar el proyecto más importantísimo, que consiste en desviar las aguas amargas, que vienen de Novelda, y conducir las, por medio de un acueducto, al mar, alejándolas del pantano que, acrecido por las aguas pluviales, serían tan dulces como lo fueron antiguamente, y salvarían la agricultura, fomentando su desarrollo.

Se calcula la realización de este proyecto beneficioso, en más de 80.000 duros de coste.

También nos han hablado de una máquina de vapor, que será la primera dedicada al fomento de la industria.

	Pesetas.	Cénts.
Elche satisface por contribución inmueble y recargo municipal.....	250.163	23
Por la industrial.....	20.000	>
Por la de consumos y recargo municipal.....	264.542	10
Contingente provincial.....	48.000	>
Cédulas personales y recargo municipal.....	8.682	>
Total.....	591.387	33

¿Cómo ha de poder vivir una ciudad como la de Elche, privada muchos años de la lluvia, pagando unas cuotas tan enormes de contribución? Así deben estar desatendidos muchos servicios que redundarían, no solo en la mejora y en el ornato público, sino en los de la beneficencia, policía urbana, carreteras, instrucción, empedrado de las calles, medios eficaces para apagar los incendios, y todos los elementos que constituyen el progreso y la civilización de los pueblos modernos, como Francia, Italia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, los Estados Unidos, Suiza y otros, regidos por Gobiernos que, lejos de oponer obstáculos al espíritu de asociación, le impulsan, le favorecen, no limitan las facultades humanas, y no crean esa centralización absorbente, abrumadora, que paraliza todos los resortes del organismo provincial y municipal.

Por esta razón muchas poblaciones en España se asemejan en que apenas son perceptibles sus adelantos, y las que hemos vuelto á ver después de treinta ó más años, de haberlas visitado por vez primera, permanecen, poco más ó menos, en el mismo estado material que entonces. lo que nos afecta profundamente respecto de Elche, como Requena, porque estas dos ciudades nos inspiran vehemente afecto.

Hay en Elche un administrador de efectos estancados, que lo es el Sr. Soler Cornellá, un registrador de hipotecas, Sr. Ramos, un juez instructor, y otro municipal, que lo son nuestros amigos Sres. Masparrota y D. Francisco Aznar. El fiscal suplente nuestro antiguo amigo, Sr. Miralles y el notario D. José Gomez.

Las causas ascienden de ochenta á ciento al año, por término medio.

Los asuntos civiles, inclusa la jurisdicción voluntaria, á trescientos negocios comprendidos en ellos los exhortos dimanantes de la jurisdicción contenciosa.

Seis médicos, ocho abogados, y veinte ó más estudiantes de derecho y de medicina en las Universidades de Valencia y Madrid, bastan para elevar el nivel moral é intelectual de Elche, sobre todo si los que hoy siguen estas carreras corresponden dignamente á los sacrificios costosos de sus amantes familias para contribuir como rectos patrios al honor y engrandecimiento de su patria.

Se advierte un renacimiento de las bellas artes, que merece nuestros plácemes. Jóvenes y ya premiados pintores, los Sres. D. Mariano Anton, don Pedro Ibarra, y los Sres. Lafuente y Sanchez, pueden conquistar un porvenir brillante, que redunde en gloria de su país natal.

Una distinguida escritora, la señorita Milagros Gomez es ornamento de esta ciudad. Resalta en las producciones de su ingenio el estilo culto, correcto y poético, animado por un espíritu inteligente y filosófico.

Un joven estudiante de la ciencia médica, don José Lopez Campello, dedica sus ócios á inspiradas poesías, y también brilla en las discusiones un orador de fácil y elegante dicción, el Sr. D. Joaquín Santos. Nos honramos con la amistad de la insigne escritora, del novel vate, y del notable orador.

Hay afición á la música, de la que dá lecciones de piano á varias señoritas el Sr. D. Pascual Anton, que pulsa el órgano magistralmente en la iglesia de Santa María.

Se distinguen en el canto por su voz vibrante Dolores Bañon, Antonia Linares y Teresita Meleiro, su ilustrado tío, el Sr. D. Juan García, es nuestro especial amigo.

Dos personas muy apreciables, los Sres. Navarro y Pardo, merecen el reconocimiento de sus compatriotas; porque asociados al Sr. Mancha han contribuido eficazmente con laudable celo, á dotar de agua á tres fuentes.

Representan el valor de treinta á treinta y cinco mil duros, mil máquinas de coser, de diferentes sistemas que funcionan en la ciudad y en los caseríos de campo; 700 de estas máquinas son destinadas á la industria de los alpargates; algunas señoritas, entre ellas las hijas de nuestro amigo el Sr. Melendes, hacen, en más costosas máquinas, flores muy preciosas para esta industria.

El Sr. D. José Lopez Parreño, representante de la empresa Singer, vende anualmente unas 150 máquinas en la ciudad, en Crevillente, Alwatera, Santa Pola y su distrito rural.

Es importante este dato, porque revela que el sexo femenino se dedica á un asiduo y delicado trabajo para satisfacer las necesidades domésticas. Los más ricos propietarios del término de Elche, lo son sin duda, el conde de casa Rojas, Marianita Brú, muy bella por cierto, hija del que fué nuestro amigo, el marqués de Azprillas, don Andrés Antonio Perez y los hermanos Revenga. Nuestro querido amigo el marqués de Lendines posee sus más valiosas propiedades en Andalucía, aunque es muy extensa, sembrada de olivares, viñedos y granados su propiedad de Palombar que se refleja en las argentadas ondas del apacible Mediterráneo.

Su quinta de *Rumelia*, resplandece á los rayos del sol como un diamante y descuella soberana en la huerta de Alicante. Más célebre, por su remota antigüedad, es la histórica fortaleza de Calahorra, su habitual morada, que atesora preciosas joyas artísticas.

El alcázar de Altamira, que hoy pertenece á nuestro distinguido amigo el duque de Baena, os-

tenta torreones y trozos de la muralla que le defendía.

Un cuartel, sito extramuros de la ciudad, forma un cuadro de hermosa arquitectura, hoy de dominio particular; contenía antes pabellones para sus jefes y cuadras para sus caballos. La villa lo hizo á sus espensas; comenzada la obra en 1751 y concluida en 1764, ascendió su coste á 45 000 duros. La incuria y el abandono han deteriorado este edificio de grandiosa capacidad, para haber sido consagrado á un instituto de enseñanza, á la industria, á las dependencias del Estado, á un elevado fin de utilidad pública, que lo merecía ciertamente por los lejanos horizontes que ofrece, por la ventilada situación y por los gastos invertidos y pagados por los contribuyentes.

Esta ciudad ha sido la patria exclarecida de Demóstenes valenciano, así llamado, por su singular elocuencia, Fray Pedro Perpiñan; de filósofos y canonistas como los obispos Ciguri y Martínez; de los escritores, Diego Pascual, Ginés Campillo, Fray Jaime Torres, Fray Miguel Angel Pascual y otros varios; el sabio marinero D. Jorge Juan fué oriundo de Elche por su familia, aunque él nació en Montforte.

El hijo de Elche es frugal; trepa ligero á las gigantes palmeras para coger el dorado fruto; amante de las zambra berberiscas, es dulce su habla limosina; el castillo que levanta en la Plaza Mayor, defendido y tomado á la vez por moros y por cristianos, rebela la memoria de los antiguos hábitos guerreros de sus gloriosos ascendientes.

El ferro-carril, que ya está construyendo la empresa representada por el marqués de Loring, va á poner en comunicación cómoda, útil y rápida á Elche con Murcia y Alicante.

Ha de producir inmensos beneficios á todos sus habitantes por la exportación más económica de sus productos, y por la atracción de los viajeros nacionales y extranjeros. á visitar este delicioso país, sobre todo, al ver construida la estación de la vía férrea en medio de esos bosques de palmeras que han de causar la admiración universal, porque no hay en el mundo estación que pueda ofrecer más originalidad y más encanto.

Anhelamos todos los progresos que acrecienten la prosperidad y el engrandecimiento de Elche.

EUSEBIO ASQUERINO.

FOLK-LORE.

SUPERSTICIONES POPULARES.

III

131—La condicion de la primera persona á quien uno ve en la calle el primer día de año, le indicará lo que en dicho año ha de sucederle: si ve un rico, será rico; si ve un pobre, será pobre.

132—Si á una mujer se la cae el delantal, es que su novio ó su marido andan á picos pardos. || Es que su novio vá á dejarla.

133—Hay en el campo hierbas que cuando las pisa una persona la ponen de mal humor, y áun hacen que tenga poca suerte en sus negocios. || De uno que está incomodado ó á quien todo sale mal, dice el pueblo: *Ese ha pisado mala hierba.* (a)

134—Desde que se hace embarazada una mujer debe beberse todos los días en ayunas un vaso de agua, para que el parto sea bueno || Si durante el embarazo desea alguna cosa y no la obtiene, el niño sacará en su cuerpo algun recuerdo del *antojo* no satisfecho de su madre. || Si al andar echa delante el pié derecho, parirá niño; si orina mucho, niña. || Y lo mismo, si tiene paño en la cara.

135—Si estando varias personas reunidas, alguna de ellas mienta al diablo, todos los que le oyen deben pronunciar el nombre de Jesús, para evitar que el diablo se presente. || Y lo mismo si alguno dice una blasfemia, para neutralizar su mal efecto.

136—Si la primera vez que entramos en algun sitio nuevo para nosotros, lo hacemos echando delante el pié derecho, conseguiremos lo que allí vamos á buscar. || Famosísimo soneto de Lope de Vega:

Ya en el primer terceto voy entrando,
y aun me pienso que entré con pié derecho
pues fin con este verso le voy dando. (18)

137—Cuando la mujer que cria se aleja de su hijo y siente el golpe de la leche, es que el niño está llorando.

(a) El distinguido fundador del Folk-lore en España, Sr. Machado y Alvarez, ha publicado últimamente en *El Folk-lore andaluz* la traducción de tres breves notas de los mitógrafos franceses, A. Dominique, F. Baudry y Ch. Joret, en las que se hace mención de una *hierba que estravía*, que hace perder la memoria, y que pisada por un cazador le aparta de su camino; también Gubernatis, en el artículo *Memoria* de su *Mitología de las plantas*, tantas veces citada por nosotros, hace constar la existencia de esta planta, cuyo nombre ignora, apuntando su opinion favorable á ver en esta creencia del pueblo un mito lunar. Pero nada se ha dicho todavía sobre la hierba á que hace referencia la superstición que origina esta nota; superstición inserta también por el Sr. Guichot en su interesante colección de *Supersticiones populares andaluzas*, y que está tan arraigada en nuestro pueblo, que hasta ha dejado su huella en el lenguaje, dando origen á la frase que hemos citado en el texto.

138—Si los niños de pecho tienen caspa en las cejas, es efecto de que la leche de la madre tiene espuma. Se les hace caer la caspa untándoles en ella la grasa de la papilla.

139—Tener peces en una pecera trae la desgracia sobre una familia.

140—En el mes de San Lorenzo hay más incendios que en otros meses cualesquiera, porque es el mes en que el santo murió asado vivo.

141—Si alguno ve un nido en el campo no debe decirlo en alta voz en la cocina, porque lo oyen las hormigas y van a él y se comen los huevos sin que los padres puedan evitarlo.

142—Para aumentar la leche a una mujer que cria, se tuesta una cáscara de naranja, se muele despues y se echan en un vaso de agua los polvos que caben en una moneda de a cuarto y otros tantos de azúcar, y se la dá a beber en ayunas.

143—Cuando el sol calienta mucho en invierno viene huyendo del agua y, por lo tanto, anuncia lluvia. Y cuando duelen los callos.

144—Si llueve el día 15 de Enero, llueve también el día de San Isidro.

145—Cuando hay tormenta, para evitar sus estragos se enciende una vela que haya ardo en el monumento de Semana Santa durante las Tiñieblas. Se queman algunas hojas de laurel que se haya llevado a la iglesia el domingo de Ramos; donde haya humo de ese laurel no puede caer un rayo.

146—Cuando hay tormenta, las cruces de Caravaca se abren. Trad. pop.—Origen de la cruz de Caravaca: Había en un tiempo un sacerdote cautivo en Caravaca (que entonces debía ser reino importante.) Enterado el rey de que tenía un sacerdote entre sus cautivos, le llamó para pedirle que celebrase ante él y su corte el sacrificio de la misa, pues quería asistir a él. El cura se prestó a ello, con la esperanza de que hiciera algún efecto en el ánimo de los infieles, y dijo al rey que necesitaba muchas cosas para celebrarle, a lo cual le contestó éste que hiciera una lista de todo y lo pediría prestado a cualquier reino cristiano. El día señalado, y estando reunida toda la corte, salió el cura revestido, pero en el momento de ir al altar recordó que se le había olvidado pedir una cruz, y que, por lo tanto, y según dogma, no podía celebrar el sacrificio. Entonces, lleno de fe, pidió al cielo que le corriera en tan apurado trance, atendido el éxito que esperaba de su misa, y en el mismo instante, y a presencia de todos, bajaron dos ángeles, trayendo en sus manos una cruz de tres brazos, para que se distinguiera de las demás cruces. Este prodigio hizo que el rey y toda su corte se convirtieran enseguida al cristianismo.

147—Cuando los gatos tienen los ojos encendidos, es que la mar está revuelta.

148—Aplicándose un caracol al oído se oye el ruido que hace el mar en aquel momento; si suena fuerte es que el mar está agitado, si suena débil que hay *mar bella*.

149—Cuando sucede una desgracia a una persona, sucedenla otras en breve plazo. Fras. pop.—Una desgracia nunca viene sola.—Bien vengas mal si vienes solo.

150—Si un día se tiene una satisfacción, debe esperarse una contrariedad al día siguiente.

151—La muchacha que quiere casarse pronto, debe quitar el niño de Dios a una imagen de San Antonio.

152—Lo primero que hace un borracho al despertarse, es pedir agua. Fras. pop.—El que borracho se acuesta, con agua se desayuna.

153—Si se frie una rama de ruda, se seca en el momento la planta de que ha salido.

154—Haciendo una cruz con ruda detrás de la puerta de una casa, se impide que entren en ella las brujas (b).

155—Cogiendo ruda y cociéndola y dando el agua al hombre a quien quiere atraerse una mujer, se asegura para siempre su cariño. Copl. pop.:

(b) Hé aquí lo que dice Gubernatis de la ruda:

«Ruda—hierba estimada por las mujeres, que la atribuyen toda clase de virtudes mágicas... Creen que facilita los partos y que es poderosa para alejar a las serpientes... El médico Piperno (*de Magicis affectibus*), la recomienda especialmente contra la epilepsia y el vértigo. Basta suspenderla al cuello, pronunciando una fórmula de renuncia al diablo é invocando a Jesucristo. Piperno la presenta también como el remedio contra el mutismo provocado por algún hechizo... Los paisanos de Montferrato la llaman *erba alegra*, y la consideran como remedio contra la hipochondría. En Venecia, la ruda pasa como prenda de felicidad en una casa; pero debe reservarse sólo para las personas de la familia: con ella se vá del hogar la buena suerte. El que no puede procurarse toda la planta, se contenta con tener una rama que luego se lleva entre la media y la pierna. Apuleyo, de *Virtutibus herbarum*, recomendaba «ad profuvium mulieris» esta práctica supersticiosa: «Herbam rutam circumscribe auro et argento et ebove et sublatam eam alligabis *intra talum*.» En los Abruzzos la ruda es un talismán contra las brujas. Se cosen hojas de ruda con otros ingredientes en una bolsita que se lleva siempre en el pecho... Frotando con ruda el suelo de la casa, se arroja de ella a las brujas. En Toscana, las buenas mujeres recomiendan la ruda contra el mal de ojo... Mitridates, rey del Ponto, empleaba la ruda para preservarse del veneno... Un proverbio de la tierra de Otranto dice que la ruda cura todos los males.»

Si supiera la casada para qué sirve la ruda, trasnocharía y madrugaría a cogerla con la luna.

156—Crece a la sombra de los nogales una planta que es una varita que tiene en el extremo dos flores, una amarilla y una negra: el hombre que desentierra la raíz de esta planta y despues de secarla a la sombra dá sus polvos a una mujer, consigue que esta lo quiera. En un pueblo de la provincia de Burgos me han hablado de una mujer a quien dieron polvos de estos en una rosquilla y estuvo como loca más de un mes.

157—La muchacha que quiera conquistar el cariño de un hombre debe darle a beber en un cacharro que hasta entonces no haya servido. Copl. pop.

Una niña me dió a mí agua en un cántaro nuevo; ella se muere por mí y yo por ella me muero.

158—Para que crezca el pelo debe lavarse la cabeza con cocimiento de verbena. Y con un aceite que se hace con ruda frita y romero.

159—Se evita el mal de ojo llevando una planta de *abréano* (c) en un saquito pendiente del cuello. Y también llevando unos evangelios, las personas mayores en el pecho, y en los dobleces de la faja los niños pequeños.

160—Cogiendo un limón, liándole en forma de cruz una cinta de dos varas que se sujeta a él con alfileres, y llevándole siempre en el bolsillo, se hace una persona inexpugnable contra cualquier hechizo que le dirija otra que le quiera mal.

161—Para hacer mal a una persona se saca el corazón a una gallina negra—viva todavía—y se le clavan muchos alfileres diciendo un conjuro; la persona contra quien se dirige se *seca* rápidamente. (d)

162—Echando las cartas el día de Viernes Santo, a las tres de la tarde, es cuando salen más ciertos sus pronósticos. También aciertan echándolas los martes y viernes a la media noche, pero es malo hacerlos porque puede el demonio presentarse é interrumpir la operación. Trad. pop.—En Pola de Lena (Asturias) una señora estaba echando las cartas a esa hora, y al dar las doce el reloj la vela que la alumbraba se tornó verde y las cartas se volvieron todas boca arriba.

163—Entre las dos vírgenes que el besugo tiene en dos huesos de la cabeza se halla otro hueso en forma de mano que se llama la mano de San Blas.

164—Cuando una modista prueba un vestido, si al prender un alfiler prende también la camisa ó la chambra, se casa la que se prueba el vestido dentro de un año; si prende dos alfileres tarda dos años en casarse; si tres, tres, y así sucesivamente. Si no prende ninguno, la parroquiana no se casa nunca. (e)

(c) Así se llama en Asturias a una planta cuyo nombre científico ignoro.

(d) Siempre que se habla de ella en las supersticiones populares, la gallina negra es un emblema demoníaco (ya sabemos que el color negro, como oposición al blanco, a la luz, a la aurora, representa casi universalmente lo feo, lo monstruoso, la noche enemiga del día, infatigable, perseguidora del sol.) La gallina negra es la fabulosa gallina que pone huevos de oro. Desirée Monnier en sus *Croyances et Traditions populaires*, trae lo siguiente acerca de este punto: «Dice proverbialmente de un hombre que prospera mucho sin grandes trabajos que tiene la gallina negra. El judío Samuel Bernard, banquero de la corte de Francia... tenía una gallina negra a quien cuidaba en extremo: murió pocos días despues que ella, dejando treinta y tres millones. En el Franco Condado, y lo mismo en otras partes, la gallina negra tiene vasto poder; pero, sobre todo, es la fuente de un tesoro inagotable en la casa que favorece con su presencia. De aquí que sea el ave más cuidada del corral. Según la contante más ó ménos el ama de la casa así la gallina favorita multiplica con más generosidad la moneda de oro ó plata que se somete a su misteriosa incubación... Creen unos que la gallina negra es un don del diablo a la persona a quien quiere favorecer; otros no dicen tan mucho de pensar que es el diablo mismo. Lo que hay en esto de cierto es que Francisco Secretán declaró al juez Boquet, que había tenido algún asunto que arreglar con Satán en forma de gallina, y el mismo juez es quien lo cuenta muy formalmente en su discurso execrable de los hechiceros.»

Tomándolo de un libro antiguo de magia, he leído no hace mucho en una obra titulada *La Magia Negra* el que llaman famosísimo conjuro de la gallina negra. El que quiera ver al diablo no tiene más que coger, sin que chille, una gallina negra que esté virgen y no haya puesto ningún huevo, para lo cual irá a buscarla al corral, y la apretará el pescuezo solamente lo necesario para impedirle chillar: se saldrá luego al campo con ella, y llegado a un lugar en que se crucen dos sendas, trazará en el suelo un círculo con una ramita de ciprés, se colocará en el centro del círculo, partirá en dos pedazos la gallina negra, y arrojándose en dirección a Oriente, evocará al demonio, que se le aparecerá enseguida con cabeza de asno, cuernos, etc.

(e) Creo asunto digno de estudiarse la influencia que la creencia popular reconoce en el alfiler para el casamiento de las jóvenes. En esta misma colección de supersticiones, hay ocasión de notar esta influencia: si una novia reparte entre sus amigas los alfileres que lleva puestos el día de su boda, las que hayan recibido el regalo se casan dentro del año; la joven que en Toledo echa un alfiler a la Virgen de los Alfileritos obtiene el mismo favor. (9)

165—La joven soltera que lleva ligas verdes, se casa enseguida.

166—Si una novia regala a una amiga suya soltera el ramo de azahar que lleva al pecho el día de su boda, se casa ésta al año siguiente.

167—La novia que empieza a hacerse el ajuar antes que el novio pida su mano, no se casa.

168—La joven que haga por sí sola una colcha de *crochet*, no se casa, a no ser que una amiga la ayude, aunque solo sea haciendo un cuadro ó dos.

169—Si se pone una luz sobre una cama, se muere enseguida la persona que duerme en ella.

170—Barriendo de noche salen las brujas.

171—Si se despide a la criada en una casa el mismo día del sorteo, suele caer la lotería a sus años.

172—Si la persona a quien pica una pulga la coge y la mata, recibirá dinero; si la deja escapar, recibirá palos.

173—Un ramo dado por una mujer a un hombre, y que tenga un ramo de oliva hacia abajo y otro de albahaca hacia arriba, es señal de odio eterno.

174—Cuando un vestido tiene los hilvanes, es que no está pagado todavía. Y si chillan las botas, es que pide su importe el zapatero.

175—Para que no caiga oruga a los árboles, se les ata al tronco un puñado de centeno bendito el día del Córpuz.

176—Echando una gallina a huevos el día de la Candelaria, no sale huero ninguno.

177—Hacer bailar una moneda sobre la mesa, es malo porque atrae la desgracia. Y lo mismo dar vueltas a un cuchillo.

178—Cuando pican las plantas de los piés, señal de muerte.

179—Verterse tinta, anuncia muerte.

180—Cuando un enfermo que está grave manifiesta deseos de vestirse, es que su muerte se aproxima. Y lo mismo si empieza a arreglar la colcha de su cama. O si proyecta viajes y está físico.

181—La muchacha soltera que, comiendo, haga bolitas de miga de pan, tendrá, cuando se case, tantos hijos como bolas haga.

182—Bebiendo agua de un pilón donde hayan bebido bestias, se sueña alto. Se evita soñar alto, comiendo cebolla. Soñar con ropa blanca anuncia recibo de carta. Soñar con muertos es señal de que se va a saber de vivos. Soñar con miseria, lotería. Soñar que se pierde dinero significa muerte para un anciano, y para un joven que su nombre y su honor andan en riesgo. Soñar que se va a una feria anuncia peligro. Soñar que se cojen nueces es pérdida de reputación. El que sueña que tiene guantes será feliz. Lo que se sueña en domingo no se realiza. (15.)

L. GINER ARIVAU.

HOMBRES ÚTILES.

ADOLFO DECOD, —PELIPE A. PICOT.

La democracia, ni tiene ni debe tener fronteras que separen los hombres que la sirven, y por eso aquí en España, los que militamos al pié de sus banderas, donde quiera que sabemos que existe uno de esos hombres verdaderamente útiles a gran causa, que es la de la humanidad, le saludamos con aplauso y le damos a conocer.

hoy toca su turno en nuestra galería a dos de esos hombres: al doctor Adolfo Decoud y a Felipe Augusto Picot.

¿Quiénes son?

¿Quién es Decoud?

Pronto lo sabrán los infinitos lectores de LA AMÉRICA.

En aquellas comarcas encantadoras del cielo hermoso, de las tardes apacibles y los amores inocentes, del talento precoz y el heroísmo legendario, allá donde las bellezas de una naturaleza lujuriosa parece que quisieran renovarse al despuntar cada aurora, hay familias enteras que han brillado y metido ruido, y dado gloria a su patria por su talento.

En la República Argentina, los hermanos Varela, Héctor, Mariano, Horacio, Rufino, Luis, Juan Cruz y Jacobo, son escritores, literatos, poetas, hacendistas, hombres de Estado; habiendo figurado en los Ministerios y los Parlamentos, en misiones diplomáticas y en todos los elevados puestos a que llegan los hombres de valer.

La familia Gutierrez es allí lo mismo: José María, Ricardo, Eduardo, Juan, Alberto, forman igualmente parte de la nueva generación de estudio y talento que han dado a las letras y a las ciencias argentinas brillo y esplendor.

En Venezuela es la familia de los Calcaño: José Antonio, Eduardo, Julio, Francisco y varios otros hermanos, grandes poetas y escritores distinguidos, que si no se tratase de un duelo fratricida,

(f) Arthemidourus Daldianus (*de Somniorum Interpretatione*) dice también que la nuez vista en sueños es mal presagio. Lo que guarda la clave de la explicación que nuestro pueblo dá al sueño a que esta nota se refiere es, quizá, lo que añade Gubernatis a la nota anterior: «J'ai déjà eu plusieurs fois l'occasion de signaler la relation intime entre les mithes phalliques et les mithes funéraires. La noix est en même temps, un symbole de la mort et un symbole de la régénération perpétuelle. Casser la noix a dû être une image du langage phallique.»

podrían disputarse cuál de ellos tiene más talento y más fecunda imaginación.

En el Paraguay es la familia de los Decoud. A ella pertenecen Adolfo y José, segundo ministro actual de Negocios Extranjeros de su patria.

Azotada su patria por el tirano, Adolfo se refugió en Buenos-Aires, hermoso teatro para cultivarse las inteligencias *d'élite* como la suya.

Hay almas que sienten algo como una necesidad de amar la libertad y que se agigantan en presencia de sus grandes espectáculos; una de ellas es Adolfo Decoud, que crece aborreciendo los tiranos al contemplar su patria entre cadenas y arrullando su espíritu en todas las emociones que al hombre proporciona su consagración a la defensa de los eternos principios é ideales de la democracia.

Honrado, de carácter austero, verdaderamente puritano, desde muy temprana edad se consagró al estudio, comprendiendo que las tiranías no pueden ser eternas, y que el día que para su patria suene la hora de la redención, podrá, en las horas suspiradas de la bonanza, ir á ofrecerle su talento, su patriotismo y el fruto de esos estudios.

Y así acaba de suceder. De los jóvenes de aquellas nuevas generaciones, Adolfo Decoud es una de las personificaciones más brillantes, no sólo por su singular talento, apto para todo, sino por la solidez de la instrucción que ha venido adquiriendo, sin renunciar por ello á sus inclinaciones literarias.

Como escritor, tiene uno de esos estilos suaves, elegantes, floridos, que el lector saborea con deleite.

Como abogado—es su profesión—es un verdadero hombre de foro, consciente de sus deberes, austero para cumplirlos, no sacrificando jamás su conciencia, ni á los halagos que deslumbran, ni á las promesas que seducen.

Campeón entusiasta de la educación, como todos los hombres que en América comprenden que la mitad de su porvenir está en el desarrollo y fomento de esa educación, Adolfo Decoud, llamado á representar su patria en el *Congreso Pedagógico*, no ha mucho celebrado en Buenos-Aires, dió allí, en presencia de los hombres más competentes del Plata, en materia de educación, pruebas brillantes y ruidosas de su talento, de su competencia é ilustración pronunciando un discurso que, al valerle en usiastas aplausos, puso de relieve la solidez de sus estudios, lo práctico de sus ideas y la liberalidad de sus doctrinas.

Rodeado de este prestigio, con esta preparación, y con la conciencia de sus propias fuerzas, Adolfo Decoud comprendió que una vez libre su patria del tirano que la azotaba, *su puesto* ya no estaba en Buenos Aires, que hasta entonces había sido teatro de sus triunfos; sino en ella, en su seno, en el Paraguay, donde hombres patriotas y entre ellos sus hermanos, iniciaban la gloriosa é inmortal campaña de regenerar el país, tratando de levantarle de la dolorosa postración á que le había condenado la barbarie de su tirano.

En Buenos-Aires, teatro más vasto, más amplio, verdadero foco de aquellas Repúblicas, el joven abogado, el escritor distinguido y el profesor competente, podía haberse dejado seducir por los halagos de las posiciones brillantes que se le ofrecían; pero no vaciló un momento, y bajo el imperio de una de esas resoluciones honradas que el patriotismo inspira y la conciencia impone, se embarcó para la *Asunción*, capital del Paraguay.

¡Qué emociones tan gratas debieron agitar su corazón al pisar el suelo de la patria, libre ya de tiranos y gozando todos los encantos de la libertad!

La prensa saludó su llegada con entusiasmo, y sus compatriotas le recibieron como á un obrero que necesitaban para la obra de reconstrucción política y social en que estaban ocupados.

¿Qué destino se le daba?

¿En cuál se utilizaban sus talentos é instrucción?

Para todos habría sido útil. Era apto para todos, y para todos *venía preparado*; pero el Gobierno, con verdadero buen sentido, le nombró *ministro de la Suprema Corte de Justicia*.

Es el puesto que en la actualidad desempeña. De qué manera, ya lo comprenderán nuestros lectores al conocer las cualidades de Decoud, que no cuenta todavía treinta años.

Para completarse el juriconsulto, el escritor, el literato, el hombre de estudio, necesitaria hacer un viaje á Europa y á los Estados Unidos, y si hoy, en estas horas de redención que sonríen al Paraguay *es un hombre útil* para su patria, después de ese viaje lo será mucho más.

¿Y quién es el otro caballero al que consagramos este artículo?

Un hombre al que podemos citar como ejemplo á los que emigran para aquellos países jóvenes, de todo lo que puede conseguir y alcanzar el que dedicándose al trabajo, siendo honrado y grato al pedazo de tierra que cariñosa le hospedó, *se propone formarse allí una posición*.

Hijo de padres modestos, pero educado en uno de esos hogares en que se respira la virtud, Picot dejó á Buenos Aires siendo muy joven todavía.

Tiene talento natural, una inteligencia vivísima, espíritu emprendedor y actividad asombrosa.

¿Qué hace?

¿A qué se dedica?

A todo, comprendiendo que el trabajo engrandece.

Fija su residencia en una población de Campaña, *Mercedes*, donde después de revelar sus aptitudes en variadas ocupaciones, se hace procurador, y se hace el amigo de todos, y le llevan al ayuntamiento, y funda *clubs*, y contribuye á todos los progresos de la localidad, y llega un momento en que Picot es su verdadero *fac totum*.

Muchas veces la prensa, ocupándose de este hombre activo y verdaderamente extraordinario, febril, especie de *máquina de movimiento continuo*, que se apasiona del progreso como una madre de sus hijos, que se identifica con la grandeza de su patria adoptiva como si de la patria se tratara; muchas veces la prensa ha dicho:—«Si en cada ciudad de la República Argentina hubiese *un Picot*, ¡cuán grandes serían sus adelantos!»

Una biografía en dos palabras.

De *Mercedes*, que es hoy una ciudad floreciente de la riquísima provincia de Buenos-Aires, el noble francés pasó á la capital de este nombre, donde encontró vasto campo para dar expansión á sus facultades, y donde, sin que muchos conociesen esa nueva faz de su múltiple carácter, le hizo periodista, no como redactor de diario ninguno, ni tomando parte en la política militante, sino periodista *sui generis*, cuya misión consistía en escribir en varios periódicos á la vez, enalteciendo á todos los que creía dignos de ello; porque hay en la naturaleza singular de este *hombre útil* algo como la pasión de servir á todos, nada más que *por darse la satisfacción de hacerlo*.

Ferviente católico y creyente sincero, consagraba muchas horas á enaltecer las virtudes de prelados ilustres y á propalar las doctrinas del Evangelio; pero sin exageraciones ni extravagancias ridículas, al mismo tiempo que buscaba en el trabajo constante y honroso no solo los medios de subsistencia, sino recursos para socorrer á los que llamaban á su puerta, conociendo la nobleza de su gran corazón.

En esa vida de tarea incesante y de una actividad que le permitía materialmente *multiplicarse* y estar en todas partes, se hizo amigo de los hombres más importantes del país que, conociendo sus cualidades, le apreciaban como se merece.

Deseando que su anciana madre no muriese sin recibir de ella su última bendición, haciendo ya treinta años que no la veía, resolvió regresar á su patria, la noble Francia.

Al conocer su resolución el Gobierno argentino, le nombró cónsul en Marsella, de donde á los pocos meses le trasladó á Burdeos, ciudad en que actualmente reside.

Como se ha visto, Picot no es hijo de la República Argentina, pero ésta no tiene ninguno que, como cónsul, haga en Europa lo que este apóstol incansable está haciendo en favor del país que representa, de sus intereses, de su prestigio y de sus hombres.

¿Qué propaganda tan activa!

¿Qué manera de hacerla tan eficaz!

¿Qué patriotismo tan sincero, revelado en la pasión con que la lleva á cabo!

El no se contenta con escribir ni en uno ni en dos diarios; escribe en varios, lo mismo en Francia que aquí, en España, dando á conocer á la República, por todos los medios á su alcance.

Entonces, ¿cómo no llamar al Sr. Felipe Augusto Picot un *hombre útil*?

Como escritor, él, que *se ha formado solo*, puede figurar hoy á la par de cualquier periodista, siendo pocos los que tengan su fecundidad. Es extraordinaria; fecundidad provechosa para la República Argentina y sus hombres, á cuyo servicio la ha puesto este noble apóstol, en cuya conducta, como lo decimos antes, debieran inspirarse los que abandonan su patria natal, sedientos de crear-se una posición en la que tienen por adoptiva.

¡Honor á los *hombres útiles* como Adolfo Decoud y Felipe Augusto Picot!

FEDERICO DE AYALA.

HAGAMOS UN ENSAYO.

¿Qué es el hombre?

¿Es un sér perfecto?

¿Es un sér imperfecto?

¿En qué pudiera consistir la perfección del hombre?

¿En qué pudiera estribar su imperfección?

Todas estas cuestiones son referentes al bien y al mal; es decir, al *orden moral*.

Ser perfecto en el orden moral, es ser *completo*; tener en sí mismo todas las condiciones necesarias para existir, conservarse y progresar sin necesidad de fuerzas extrañas que compelan á obrar de conformidad con la VERDAD, con el DERECHO y con la JUSTICIA.

Esto se compendia en una máxima sumamente clara y de una sencillez tal, que el más ignorante, como el más sabio de los hombres, la comprende sin esfuerzo ni necesidad de que otro se la explique. Son doce palabras:

«No hagas á otro lo que no quieras que se haga contigo.»

¿Observa el hombre esa bella y saludable máxima?

¡No! no la observa.

¿Por qué? Ahí está la prueba de que el hombre no es un sér perfecto.

¿Le conviene al hombre vivir en la observan-

cia de esa máxima, que encierra toda la moral privada y todo la moral pública?

Indudablemente. Si él observara esa moral, ¿qué sucedería? Reinaria sobre la tierra,

El orden más bello, más tranquilo, más fecundo en goces, más escaso en dolores;

Porque si el hombre observara esa sencilla y utilísima máxima,

No habría ladrones, ni homicidas, ni calumniadores, ni adúlteros, ni falsarios, ni crimenes de ninguna especie;

Ni esos sacrificios del individuo á la asociación que llamamos contribuciones; porque no habría necesidad de legisladores, ni de jueces, ni de gobernantes, ni de soldados...

¿Para qué?

Vivirían las familias sin alarmas, y las naciones sin baluartes, y sin ejércitos, y sin flotas acorazadas.

La diplomacia consistiría en demostraciones de armonía, de mútua benevolencia, y de una perpetua y benéfica amistad.

En esa máxima que dejamos trascrita, está encerrado todo el bien y todo lo bueno para la vida humana entera.

Ahí se contiene el culto del deber y la práctica de todas las virtudes.

Más: se contiene la eliminación de todas las inquietudes, de todos los tormentos, agonías y sacrificios que le cuesta al hombre su constante violación de la máxima salvadora:

No hacer á otro lo que no queramos que se nos haga. Las bellas y fecundas doce palabras...

¿Por qué no las practica el hombre? ¿Quién le impide ser bueno?

Pero ¿cómo vive?

En acecho contra su semejante; de hombre á hombre, y de nación á nación.

Con policía, con ejército, con murallas llenas de cañones, con enormes bajeles forrados de hierro; con todo el costoso tren de lo que se llama *el orden público*: legisladores, jueces, gobernantes, cárceles, esbirros, verdugos y patíbulos...

¿Por qué?

Porque el hombre hace con los demás lo que no quiere que se haga con él:

Roba, incendia, mata, calumnia, adultera y seduce, miente é insulta y hace traición al amigo y á la patria, y aun á sí mismo, entregándose al juego, á la crápula y al libertinaje.

Vamos á todas las naciones; á las más cultas como á las más atrasadas.

¿Qué se ven en todas ellas?

Inquietud, alarmas, luchas, crimenes de unos hombres contra otros; y armas y paredones, y puertas, cerrojos, trancas, perros de custodia, y cárceles por donde quiera, en que yacen encerrados *algunos*, unos pocos de los que viven ocupados en atacar el derecho del prójimo.

Y el hombre sabe que todo eso es el fruto de su maldad;

Y tan lo sabe, que se pone en guardia contra toda esa maldad;

Y predica en la cátedra profana, y en la cátedra sagrada; y paga maestros, y funda escuelas y colegios y universidades, para que se enseñe allí el deber, la virtud y el heroísmo de la abnegación moral;

Y paga todo eso, no sólo con placer, sino aún á costa de costosos sacrificios...

Y ¿qué adelanta? Y ¿qué ha adelantado después de tantos siglos?

Por cada hombre soportablemente honrado, hay millones de pícaros; y por cada matrona, incontables meretrices...

Al lado del templo cristiano está el burdel en que se rinde culto á la Venus de los días de Viteño y de Mesalina...

Y en Francia, en esa nación de sábios, de héroes, de filósofos y de poetas, la sociedad reconoce y autoriza la *prostitución*; en que se ultraja á la infeliz mujer, para que el hombre corrompido pueda, y pueda sin peligro alguno, entregarse á las torpezas del más torpe libertinaje;

Y quien lo dude, lea esos dos repugnantes volúmenes en que Parent de Chatelet exhibe, al sol de los siglos, esas úlceras bochornosas que afean la faz de la patria de San Luis.

¿Qué prueba todo esto? La imperfección del hombre. ¿Por qué se yergue tanto? ¡Orgullo y miseria!

Por eso, la civilización misma es impotente para salvarlo: ¡impotente! La mejor obra conocida hasta ahora de moral, escrita en Francia por M. Dedeuret, *Medicina de las pasiones*, demuestra con cuadros estadísticos de varias naciones, que:

A medida que avanza la civilización, aumentan los atentados contra el honor, contra el haber y contra la vida; y pierden las costumbres en su pudor y en su probidad.

Veinte siglos de cristianismo poco han podido contra los demonios de los crimenes y de los vicios. Enrique VIII de Inglaterra y Luis XV de Francia están ahí para comprobarlo.

La moral actual de la Europa y de los Estados Unidos, no es sino *Aritmética*: números para contar el oro...

Después de todo esto, que es la verdad más verdadera que sea dable exhibir,

¿Qué valor tiene la razón humana?

¿Quién es, pues, el hombre con razón y todo?

¿Vale algo una razón que apenas sirve para en un mundo, que podría ser un paraíso, y que ella, la razón, ha convertido en un infierno? Los que creen

eso, son muy dignos de creerlo... y son una prueba de lo mismo que venimos tratando aquí á largos rasgos...

¡Sí! En presencia de cuanto va dicho, la jactanciosa fatuidad del hombre nos releva de toda prueba...

¡Qué! un infeliz, incapaz de justicia y de virtud, tendrá la estúpida audacia de creer que él es capaz de saberlo todo en la creación, cuando no sabe siquiera *ser hombre honrado*; que tan poco le costaría, y que tan feliz pudiera hacerlo?

¿Se creará que con la geografía y la minería y la mecánica y la navegación y la locomoción y la electricidad y el vapor y la química;

Y sin fé y sin familia, y sin virtud y sin justicia, es posible, será posible acaso, la paz de una vida siquiera oscura pero pacífica?

¡Insensatez! y tras unos días más, el mundo comprenderá lo que va á darle el puro progreso mecánico;—el caos de un inaudito cataclismo...

En cuanto á lo absoluto de la *razón* humana, ¿qué vale una *razón* que no le ha servido al hombre para hacerlo el amigo de la *verdad*, el venerador del *derecho* y el adorador de la *Justicia*?

Y una *razón* que no alcanza para nada de eso, ¿valdrá gran cosa? El mundo moral, su obra, responde por ella. ¿Qué es? ¡Agonías de muerte! ¡Luchas de infierno!

¿Qué tenemos de todo esto? Que el hombre está muy lejos de ser otra cosa que un trazo, un *embrión*; bosquejo de alguna otra fórmula ontológica menos rudimentaria; tal vez más allá de la penumbra de la tierra...

Dos cosas nos admiran en nuestra especie: nuestra imperfección y nuestro engrandecimiento. Pero ambas se explican, la una por la otra...

Porque el hombre es imperfecto se cree un ángel; y cree eso, porque es imperfecto; y no advierte su propia imperfección.

Y no tenemos más que dos faros, para conducirnos en los mares del tiempo:

La *razón*, que cree por la experiencia del examen y la observación;

La fe, que asiente por el instinto de un impulso misterioso é irresistible.

Aquella tiene ojos, y no lo ve todo, ésta es ciega, y ve en las tinieblas...

Entretanto, la vida es un problema, un enigma; pero como el Dios que ha hecho todo esto, ha de tener un fin en su obra, ¡esperemos!

Si hemos llegado hasta aquí, ¿por qué no pensar que seguiremos andando *más allá*...

En nuestras esperanzas hay un deseo. Y nadie deseó jamás lo que no existe.

Esperemos, pues, el término de estos vaivenes, de estas luchas, de estas lágrimas... ¡Esperemos! Pero esperemos con amor, con la confianza que se tiene en un padre. El que nos ha hecho, conoce lo que somos, y no nos exigirá más de lo que nos ha dado; nada más allá de lo que puede dar nuestra flaca debilidad, nada! Espantarnos con la justicia de Dios, es sospechoso de miras mundanas. Bastan para Dios nuestra flaqueza y nuestra humildad.

No está el gran pecado en ser débiles y caer, sino en ser débiles y miserables y creer que somos ángeles, dioses, impenitentes en un orgullo insensato.

El alma que conoce y confiesa su nada, ha dado el primer paso hacia la clemencia de la Divinidad.

Pero ¡ay de aquellos que son barro y se creen luz, que son flaqueza y se creen omnipotencia!

Rebeldes sin derecho y sin escusa, llegarán del error al desengaño; y no podrán asilar esa rebelión en la flaqueza de la naturaleza humana, porque toda *importancia moral* del hombre le enseña día y noche á su espíritu atormentado, que pues somos débiles hasta hollar la *verdad*, atacar el *derecho* y pisotear la *justicia*, cuyo culto nos revelaría perfección y nos haría felices, el endiosamiento de nuestra miseria es ya la impenitencia de una audacia sin escusa, que merece una desgracia sin amparo.

El hombre es una criatura incompleta, embriónica sobre la tierra; pero el Dios que lo ha creado, como el alfarero de San Pablo, así ha hecho escuerzos como arcángeles, átomos como soles, y tinieblas indefinibles y lumbres sin horizontes.

M. M. MADIEDO.

UN SUEÑO.

Á EUDORO GAMONEDA.

— En el cielo que finge mi esperanza,
no hay más que yo; mi pensamiento impera,
y es mi poder, gigante, muy gigante,
igual á mi deseo.

Mancho y destruyo cuanto toco; el odio
alienta en mí, devoradora tea,
como el mal, insensible; como el alma,
insaciable y rebelde.

En mi alma pura el refulgente rayo
destella lumbre que arrancó del cielo,
y en mi audaz fantasía graba eterna
la historia de los mundos.

Sobre mi tersa frente está el vacío;
el ígneo sol bajo mi planta ruda...
La muerte... ¡Bah! ¡Yo presto á cuanto alienta
el germen de la vida!

Canta mi gloria el universo; calma
su furia el mar, cuando mi voz retumba
en el lóbrego abismo, cual sonora
catarata gigante.

Cuando brotan mis ojos los fulgores
del sacro fuego que en mi pecho crece,
cual devorante llama combatida
por huracán violento,

los mundos y los soles, suspendidos
de bóveda luciente, en inexhausta
adoración, pregonan mi grandeza;
detiéndense los vientos;

fosforecen las olas de los mares;
y en límite ignorado se levanta
eterna aurora, desbordando vida,
sobre rosada nube.

No hay ley que mis pasiones avasalle...
¡Soy míley y mi Dios!... Yo, de confusa
mezcla de luz y cieno, formé un día
el corazón del hombre.

Y satisfice mi venganza, viendo
luchar en él, con infernal encono,
el placer y el dolor, la fé y la duda,
el resplandor y el fango.

Yo dí á la flor aromas y colores,
á la virgen la cándida inocencia,
llanto á los ojos, pensamiento al alma...
¡no puedo ser esclavo!

Esto soñaba yo sobre una tumba...
Bajé los ojos, y en la helada losa
ví esculpida una cruz, y esta leyenda:
— «¡Hija, el Señor te guarde!»

Hundióse el sol tras solitario monte;
hundí en el polvo mi abatida frente...
— «¡Adios!» dije á los muertos, y la brisa
me respondió: — «¡Hasta luego!»

EN EL ALBUM DE....

En el carmin de tu serena frente,
y en la celeste luz de tu mirada,
ví la pureza de tu amor, sentida
por el amor inmenso de mi alma.

Y desde entonces mi camino alumbra
la hermosa luz de una ilusión, y sigo
su eterna huella, y su divino rayo
me muestra un cielo en cada sér que miro.

Bajo el influjo misterioso y santo
del purísimo amor que te enajena,
abrí mi pecho á la virtud, sintiendo
la triste pequeñez de mi grandeza.

Así la flor, tras una noche oscura,
abre su cáliz á la luz, y dobla
su débil tallo, y ruborosa admira
la majestad del cielo y de la aurora.

Yo te adoré con el ardor de un niño
que en insaciable aspiración volaba
tras un bien ilusorio, y ese anhelo
unió con Dios á mi alma enamorada.

Al eco de tu voz, almo rocío
que perfumó la flor de mi esperanza,
trocése en caridad mi indiferencia,
y mi duda fatal trocése en lágrimas.

Tal cuando nace el día se convierten,
al tibio rayo de rosada aurora,
la espesa niebla en gotas de rocío,
y en apacible claridad la sombra.

Á tu alma pura se mostró la mía,
como se muestra á Dios, serena y franca:
¡Nuestro será el placer hasta que acabe
la misteriosa unión de nuestras almas!

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

MEMORIAS DE UN LOCO.

(Continuacion.)

Así habló con voz fatídica aquella vision, y sus ecos atonadores fueron extinguiéndose sucesivamente. A medida que se alejaba, iba tomando las formas de una *a* colosal, cuyo brillo fosforescente se iba borrando y perdiendo en aquella eterna noche, en aquel vacío infinito que me rodeaba.

Aquella vision, aquel génio sombrío de las tinieblas, desapareció, dejando turbada mi mente, postrado mi espíritu y frío mi corazón, cuando desperté y me encontré tendido en mi cama.

VII

DE COMO BUSCANDO EL OLVIDO SE ENCUENTRA UNA MUJER.

Era la hora en que el día iba feneciendo, y la escasa luz del crepúsculo penetraba por los vidrios de la puerta, dejando ver apenas los destrozos causados por mi furor.

Al despertar de mis aterradores sueños, renovábanse en mi mente los recuerdos de anteriores escenas, á la vista de aquel montón de objetos en completo desorden, cuya confusión aumentaba la luz espirante del día, luz melancólica y triste, que trae á la imaginación la idea terrible de la agonía, ese momento fatal, doloroso, supremo, rodeado de sombras y espectros, que abre para siempre las puertas de la eternidad.

Nada hay más triste que la agonía; nada hay más triste que el crepúsculo de la tarde.

Yo me sentía poseído de una inquietud indefinible, de una fatiga que ahogaba mi espíritu. Mi corazón se hallaba cruelmente oprimido, y las fantásticas visiones de mis sueños no se apartaban un momento de mi imaginación.

Me dejé arrastrar por una profunda melancolía acompañada de las más sombrías reflexiones. Necesitaba entregarme á la vida moral, sumergiendo mi espíritu en los dulces afectos de la vida; necesitaba para mi corazón un culto que lo retemplase, y me encontraba en la soledad y el abandono, entre cuatro paredes cuya estrechez me ahogaba.

Huí de mi morada como si me asustase de mi sombra, saltando por encima de los muebles y efectos en desorden, como el prisionero huye de su cárcel que le impide respirar con libertad.

Cuando llegué á la calle tomé aliento, miré á los cielos y á la tierra, paseé los ojos de un modo extraño por cuanto me rodeaba, y eché á andar maquinalmente sin saber por dónde ni por qué, sin llevar ni propósito ni dirección.

Ignoro cuánto tiempo estuve vagando por las calles.

De repente me detuve. Había oído una música alegre y entusiasta, llena de saltos y sonidos convulsivos unas veces, otras tronando como la tempestad, ó jugueteando y persiguiéndose las notas de sus instrumentos como las traviesas sílfides de una encantada pradera.

Aquella música me traía en sus sonidos los ecos de todos los rumores del mundo en perpétua lucha y movimiento, convidando á la risa, á la locura, á sumergirse en su inmenso torberlino entre los gritos desordenados de las pasiones, los aplausos, las victorias, las derrotas, la ambición y los celos, la envidia y el furor de las bacanales.

Eché una ojeada en la dirección de donde procedían aquellas impresiones, y me encontré frente á la puerta del *Alcázar Lírico*.

Las luces del interior contrastaban con la oscuridad de la calle, y su animación y alegría no formaban menos contraste con las tinieblas y el abatimiento de mi espíritu.

Los contrastes se suceden constantemente en el mundo. La sombra persigue á la luz, el dolor al placer, la muerte á la vida. Me sentí atraído, arrastrado hacia aquella especie de Rio del Olvido, al borde del cual dejaban los antiguos su vida, sus pasados dolores, sus recuerdos y sus esperanzas.

Registré mis bolsillos y me encontré veinte pesos. Eran las últimas monedas que me quedaban; pero eran lo bastante para comprar una hora de olvido, de risa, de locura, y entré.

Los franceses poseen el secreto de la gracia en lo sensual.

Nada encontraremos en ellos de vago, nada de sentimental, nada de místico. En el fondo de sus obras, de sus letras, de sus placeres se encuentran casi siempre la volubilidad, la ligereza y la gracia; especie de ateísmo moderno, que les hace grandes propagandistas por el atractivo de las formas.

No busques en ellos la gravedad, la persistencia, ni el desarrollo de las grandes pasiones, pues todo esto desaparece debajo del brillante colorido de las formas. Ellos han ensayado la tragedia y el drama moderno y casi han dado fiasco. Su vida íntima es su chispeante *vaudeville*, y su lenguaje habitual el *calembour*.

Así son ellos también los padres y los maestros de la caricatura; y cuando un francés me habla seriamente, clavo una mirada penetrante en su rostro, porque siempre temo una burla ó una ironía.

Los franceses son la gente que más sabe vivir y que más sabe gozar de la vida. Se engañan entre sí del modo más amable posible, y se baten de etiqueta y con la más exquisita cortesía. Han inventado el baile más sensual y más caprichoso del mundo; falsifican la historia y la ciencia para hacerla entretenida; inventan anécdotas, curiosas y picantes sobre todas las notabilidades, dan la ley de la moda y agotan todo su *esprit* en inventar juguetes, de los cuales proveen á la mayor parte del mundo conocido.

Quieren ser filósofos y sólo juguetean con las ideas; y como los antiguos griegos, despues de haber dado muchas veces en la herradura, dan una en el clavo y adivinan algún secreto de la naturaleza, cuya verdad reconocerá la humanidad uno ó dos siglos más tarde.

Así el Alcázar Lírico de Buenos Aires es un verdadero monumento de la civilización francesa. Sus actrices, siempre sonrientes, siempre traviesas, hablan más con sus ojos que con su palabra, y arrebatan más con sus movimientos y sus actitudes siempre artísticas, que con el eco de sus cantos.

Rossini y Verdi residieron por espacio de muchos años en París, sin dejar nunca de ser los génios universales de la melodía; el alemán Offembach, tardó poco en hacerse francés, porque supo interpretar por medio de la música las genialidades de la Francia.

Al paso que el arte italiano es divino, el arte francés es humano. Por esto el arte italiano está sólo al alcance de las almas privilegiadas, de esas criaturas que salen de la esfera común, que poseen ese divino soplo llamado génio, clave

misteriosa que les entrega los secretos del corazón y que les permite leer en el cielo del porvenir los grandes dolores y las grandes esperanzas de la humanidad, para hacer de ellos otras tantas maravillosas revelaciones.

Lo contrario es el arte francés. Este es la vida y el movimiento mismo, toma parte en los más pequeños detalles de la vida común, y es esencialmente popular, porque se inspira en el realismo de la vida. Por más que se esfuerce, no saldrá de su esfera; y si quiere imitar la ópera, producirá el *vaudeville*; si quiere ensayar la tragedia, encontrará la parodia; y si ensaya el pintar grandes cuadros, producirá la caricatura.

Pero basta de digresiones.

Lo cierto es que al entrar en el Alcázar me senté junto a una mesa, donde departían otros tres caballeros, al parecer franceses.

A su charla inagotable, sabrosa y voluble, se mezclaban las bocanadas de humo de sus cigarrillos y los tragos de cerveza.

El telón estaba bajado, el local lleno por completo de gente, que empezaba á impacientarse y rompía en manifestaciones tumultuosas, haciendo ruido con los pies y con los bastones. A esto se mezclaban algunos gritos, acompañando á todo el confuso murmullo de la conversacion y los altercados y bromas de los bebedores.

En aquella atmósfera abrasadora me identifiqué con el espíritu francés. Mezcléme en la conversacion de mis acompañantes, gasté los diez pesos que me sobraron de la entrada en beber, aplaudí frenéticamente á Mlle. Francini, y voceé bis! bis! al concluir un can-can ufanamente provocativo bailado por la Douvre.

En el intermedio de los dos últimos actos se dejó sentir un rumor general, y todas las miradas se fijaron en el segundo piso. Una mujer acababa de tomar asiento en uno de los ángulos de la galería superior.

¿Cuál era la causa de aquel rumor y de aquella curiosidad general? ¿Qué tenía de particular aquella mujer para llamar la atención en tan alto grado? Esto era para mí un misterio, y los misterios son mi constante aguijón, mi eterno martirio. Así es que empecé á sentir cierta agitación, y me hubiera sido completamente imposible recobrar la tranquilidad, antes de haber satisfecho esa sed devoradora de saber y de investigar, que crece más cuanto más se sácia, y que á medida que descubre nuevos horizontes, se aumenta hasta convertirse en vértigo.

Preciso es que en aquella mujer hubiera algo de extraordinario.

Una mujer vulgar, una de esas mujeres bonitas ó feas, viejas ó jóvenes, altas ó bajas, amables ó ariscas, que se encuentran á todas horas por las calles, por los paseos, por las puertas, por los balcones, ó frecuentando las iglesias, no habría podido alimentar la curiosidad de todo un público.

Al parecer todo el mundo la conocía, y esto debía provenir de una causa proporcionada á la magnitud del efecto.

Ignoraba si aquella mujer era extraordinaria por sus virtudes ó por sus vicios, por su abnegacion ó por sus crímenes. De todos modos, si era una virtud no debía ser una virtud vulgar; si era un vicio lo que la distinguía, no podía ser un vicio común. El crimen se muestra á veces tambien grande hasta la epopeya.

Con mucha generalidad, los hombres se ocupan con preferencia de esas mujeres, cuya vida ofrece fácil acceso á la maledicencia.

La prostitucion de la mujer es tambien un estímulo para las pasiones que tienen más del instinto animal que de la delicadeza, permanencia é intensidad de los sentimientos que, cual árbol frondoso, nacen y se desarrollan en lo íntimo del corazón; mas es tan frecuente, por desgracia, dar con la prostitucion, que esta no puede singularizar á una mujer; es tan común encontrarse por todas partes con esas pobres *extraviadas* que pululan por todos los grandes pueblos, que las miramos con indiferencia; y está la vista tan acostumbrada á esos cuadros vivos de nuestra corrupcion social, que ha germinado en nosotros un excepticismo profundo, del cual es costumbre hacer alarde en todas ocasiones cuando se trata de la virtud de la bella mitad del género humano que dá al mundo el sublime tipo de la madre, ante cuya imagen el más excéptico cae de rodillas para adorarla.

La prostitucion en aquella mujer, no podía ser, pues, la causa de una excitacion tan general; si existía era, sin duda, un aspecto secundario de su vida.

Necesitaba yo descubrir lo que había en el fondo de aquella existencia extraordinaria y misteriosa, necesitaba estudiar aquel carácter, sin duda alguna, distinto de los caracteres comunes. Quizás en el fondo había un abismo de sufrimientos, quizás era aquella vida una cadena no interrumpida de placeres, quizás se encerraba en ella una historia interesante ó un espantoso drama.

Mi primer impulso fué levantarme, tomar la escalera, subir á la galería alta para observar de cerca á la que atraía todas las miradas, y colocarme á cierta distancia, desde la cual podía estimarla á mi sabor.

Hé aquí sus principales rasgos:

Era una mujer de un aspecto extraño. De su fisonomía sólo tenían expresion los ojos. Su mirada era intensa como la de la serpiente que fascina. Tenía sus pómulos algo salientes, y su frente se perdía debajo de un peinado sedoso y rizado, del cual pendían largos y flotantes tirabuzones negros y lustrosos como las alas del cuervo. Su nariz y sus formas eran redondeadas, el color de su rostro oculto debajo de otros colores sobrepuestos, no podía adivinarse; tenía los labios gruesos y entreabiertos dejando ver dos líneas de blanquísimos dientes, y su abultado seno parecía agitado por una respiracion febril.

Añádase á esto un descote muy abierto, unos brazos completamente desnudos, blancos y bien formados, un traje de colores muy vivos, recargado de adornos y cintas, de modo que parecía un disfraz, un sombrero microscópico que cubría una pequeña parte de su cabeza y del cual pendían flores y adornos en abundancia, y se tendrá el diseño general de aquella presunta protagonista de novelas callejeras.

VIII

DE COMO UNOS CARDAN LA LANA Y OTROS SE LLEVAN LA FAMA.

Cerca de aquella extraña beldad, que tenía el privilegio de llamar tanto la atención, había un grupo que se estaba ocupando de ella.

Componíase el grupo de cuatro jóvenes que departían alegremente. Sus miradas estaban clavadas en nuestra heroína, y algunas de ellas eran bastante incisivas. El diálogo era sumamente entrecortado, ligero, epigramático, y tan intencionado, que algunas de las frases parecían más bien dirigidas á ella que á los interlocutores de la conversacion.

Por su parte, aquella mujer no padecía por esto ninguna turbacion ni demostraba sonrojarse. A las atrevidas frases y miradas de los jóvenes, correspondía con otras miradas que más que provocativas eran cínicas. Lejos de ofenderse de sus punzantes epigramas, parecía desafiarlos; y lejos de inquietarse de ser el blanco de sus miradas, el asunto de todas las conversaciones, el objeto de la atención general, parecía complacerse en ello, pavoneándose con el mayor descoco entre el escándalo, la murmuracion y la crápula que llevaba consigo.

—Hoy, decía un joven alto y delgado, de poblada patilla, el amor se cotiza ya á más bajo precio que antes.

—Parece que la mercancía ha sufrido algunas averías, decía otro imberbe y de cabello rubio.

—¿Averías tenemos? añadía un tercero. No es extraño, será á consecuencia de las inundaciones.

—¿Ha estado en la Aduana Chica ó en algun depósito comercial? preguntaba otro acentuando las últimas palabras.

—El depósito que la ha albergado por algunos días, ha sido el *Hotel del gallo*, donde fué conducida por buena pieza.

Al oír estas palabras no pude ménos que fijar una mirada escudriñadora en la aludida, y me pareció notar en ella los efectos de una sensacion interna dolorosa, pero fuertemente reprimida con la misma exageracion de su actitud audaz y provocativa, que desafiaba al mundo entero con la mirada, con el gesto, con su aire resuelto y con el traje que vestía, armada sólo de la fuerza que le daba su misma posicion.

El vicio tiene tambien su arrogancia y su orgullo, y en aquella mujer estos caracteres se revelaban con toda su eficacia. Suecumbir al peso de aquellas miradas, de aquellos dichos, de aquellos chismes, de aquellos epigramas sangrientos, de aquel soberano desprecio de todo un público, de aquel estigma universal, de aquella proscripcion eterna de toda una sociedad; dejarse llevar, en fin, de un resto de sentimiento, habría sido en su posicion la mayor debilidad, y nadie la habría librado de caer en el ridículo; porque por hondo que sea el abismo en que se haya caído, nadie escapa al ridículo, cuando no sabe afirmarse en su posicion y desempeñar bien su papel.

Al principio, la heroína de aquel escándalo me había inspirado curiosidad; pero las últimas palabras que acababa de pronunciar uno de aquellos jóvenes, me hicieron entrar en reflexiones, y empecé á dudar de si sería más digna de lástima que del desprecio y del insulto que se la prodigaba. Con tal motivo, avivóse más y más mi curiosidad, y redoblé por consiguiente la atención para no perder una sílaba.

Por otra parte, no puedo ménos de manifestar que me indignaba la conducta de aquellos jóvenes, su lenguaje libre, ofensivo, hasta insultante, para con aquella pobre criatura, que al fin y al cabo era mujer, y no tenía más armas que su debilidad y su desamparo.

—¡Ah! dirán los moralistas del género feroz, es el mundo que castiga, es el delito que produce sus consecuencias; y nadie puede escapar al castigo cuando es delincuente.

Mas yo contestaré á esto:

—Sí, es el mundo que castiga; pero que castiga sin medir la intensidad del delito, sin conciencia de lo que hace, sin justicia en fin. Es el mundo que castiga tal vez más que el delito, la miseria; más que la mala accion, la necesidad; ensalzando casi siempre al criminal cuando es afortunado.

En fin, aquella pobre y desamparada mujer me inspiraba compasion. Veía á todo el mundo insultarla impunemente, y nadie podía ampararla, nadie podía tomar su defensa, sin aparecer ante la sociedad como un sér tan prostituido como ella, sin caer en el ridículo ó sin pasar por cómplice de sus delitos.

Algunas veces me daban arranques de correr á su lado, desafiar á todo un público, arrostrar sus anatemas y ampararla hasta ponerla á cubierto de tan groseros y soeces ataques, mas me detenían varias consideraciones.

Anhelaba, en primer lugar, conocer algunos de los misterios de su existencia, y era necesario recoger para esto las palabras que vertían aquellos jóvenes libertinos, en medio de su conversacion licenciosa; y temía, por otra parte, que la interesada, en el orgullo mismo del vicio, rechazase mi oficiosidad, haciendo yo de este modo el grotesco papel del Hidalgo Manchego, metido á desfacedor de entuertos y desaguisados.

Como el diálogo continuaba bajo el mismo pie, me resolví á prestar atención.

—¿Con que esas tenemos? replicaba el cuarto interlocutor. ¿Tambien han tenido que ver con ella los *michifús* policiales?

—¡Qué! ¿No conocéis á esta lagarta?

—Y tú, ¿la conoces?

—¿Pues no la he de conocer, si escapé de sus garras por un milagro?

—Está visto que tú eres una crónica ambulante.

—Cuéntanos, hombre, cuéntanos sus hazañas.

—Habrá como cuatro ó cinco días, salió de la gran casa donde se hospeda la gente de *buen vivir*, llevada allí por agentes de la seccion cuarta. Hacía más de un mes que la tierna tortolilla había caído en las redes y estaba encerrada en la jaula, y no sé cómo se las habrá compuesto para tender otra vez libremente el vuelo.

—Las mujeres tienen una ganzúa que viene bien á todas las puertas.

—No le habrá costado muy cara la libertad: teniendo un buen palmito y una cara risueña, se sale de todos los apuros.

—¿Y cuál fué la causa de que tuviese que ver con el gallo policial?

—La historia es un poco larga; más en resumen, dicen que se trataba de un asesinato, del cual era cómplice en union con un prójimo que escurrió, dejándola en rehenes á la policía.

—Cuidado, Pepe, no te acerques mucho, que tiene malas pulgas.

—Que no te vaya á asfixiar con el olor á las pomadas.

—No te sulfures, prenda, decía el aludido dirigiéndose á la heroína del cuento, que generalmente el que desprecia la mercancía, es el que está con más ganas de comprarla.

—Mira que vas á caer en el cebo, que es muy buena pescadora.

—¿Pecadora has dicho? ¿Desde cuándo es pecado hacer favores al prójimo?

—De la madera de ellas se hacen las santas, y si no que lo diga Santa Magdalena.

—Esto era en otros felices tiempos, pues hoy ya no se hacen milagros.

—Con milagros ó sin ellos, el caso es que logró escapar de la trampa; esa es la verdad.

—¡Vivan la sal y la gracia que se encierran en ese cuerpo sandunguero!

—Ese Pepe, tiene tan buenas tragaderas, que es capaz de enredarse con la presidaria.

La mujer no pudo reprimir un gesto de desagrado y repulsion, y el llamado Pepe la hizo una mueca obscena, arriándose hasta hacer el ademán de querer besarla.

A todo esto, se había reunido alrededor de la escena multitud de jóvenes imberbes, á quienes habían atraído las pretensiones de pasar por calaveras, y de darse prematuros aires de desprecocacion y de excepticismo; más atras, curioseando y riéndose, se había apostado la gente madura y divertida; y mirando con aficion por el rabo del ojo desde más lejos, por entre las rendijas que dejaban los demás, estaban algunos viejos verdes.

Unos reían, otros proferían palabras impúdicas, otros aplaudían y gritaban, y aquella desgraciada, objeto del escándalo, al verse acosada por la turba de un modo tan grosero, sin saber por dónde salir ni qué hacer, sin poder defenderse, recurrió por fin en su desesperacion á la única arma, al único recurso, á la única defensa que tienen las mujeres. Al ver el gesto de Pepe, al encontrarse con su cara, se retiró, dejó caer la cabeza entre sus manos y lloró.

Yo contemplé esta escena y no pude más; yo no puedo resistir el llanto de una mujer.

Sentí un peso en mi corazón, sentí un estremecimiento poderoso en mi alma, semejante á una descarga eléctrica, y saltando en medio del grupo exclamé:

—Señores, basta de mortificar á esta infeliz. Desde este momento, yo defiendo, yo amparo á esta mujer. Cualquiera insulto, cualquier ataque que se la dirija, yo lo reojo para pedir cuenta de él á su autor.

Reinó un momento de sorpresa y de silencio, y yo continué:

—El que sea tan poco caballero, que cite su valor en ofender y maltratar á una mujer, sola y desamparada, que salga ahora mismo á repetir tan villana hazaña, y le juro hacerle tragar las palabras que profiera.

Pepe, que se había dejado llevar en un principio de la sorpresa general, se recobró pronto y soltó una estrepitosa carejada.

—¡Saluden, señores, exclamó irónicamente dirigiéndose á los espectadores, al heroico defensor de la inocencia!

Tales palabras provocaron una risa general.

—Para amparar y defender al débil, grité yo con rabia, no necesito averiguar si es ó no inocente; y le prevengo que sobre usted es sobre quien deseo descargar mi primera trompada.

—Tan buen pájaro debe ser usted como ella, replicó; con defensores de esta laya de mujeres, no quiero nada.

Al pronunciar Pepe estas palabras, se ha de haber encendido como la grana el color de mis mejillas; sentí en ellas más calor, que si me hubiesen dado una bofetada. Me lancé sobre él con furia y me detuvieron, arriándose un gran tumulto.

Viendo que me era imposible acercarme, me dirigí á la mujer, la dí el brazo y exclamé:

—¡Paso, señores! Y á usted, miserable, añadí dirigiéndome á Pepe, he de volver á pedirle cuenta de sus insolencias.

En aquellos momentos se presentaron dos agentes de policía, que reconocieron á mi pareja.

Al verme los vigilantes públicos del brazo con ella, presumieron sin duda que habían hecho una buena presa. Buscaban un cómplice y el encontrarme á mí en aquella posicion era para ellos una revelacion inesperada.

—Siga usted, exclamó uno de los polizontes con tono de intimacion.

—¿Puedo saber á dónde quieren ustedes conducirme?

—Al departamento de policía.

—¿Por qué razon? añadí yo.

—Porque ha promovido escándalo, y sobre todo porque tenemos órden de prender al marido, cómplice ó lo que sea de esta señora, donde quiera que le encontremos,

—Todos los señores que están aquí presentes son buenos testigos de que yo no he promovido el escándalo, pues me he limitado á salir á la defensa de una mujer á quien ni siquiera conozco.

—Siga usted, y allá en la Policía responderá.

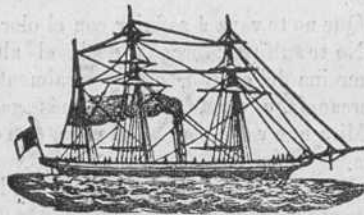
Algunas de las personas más cercanas que habían tenido lugar de presenciar la escena, daban indicios de interesarse en mi favor, por lo cual yo me dirigí á los agentes de la autoridad diciendo:

PEDRO ARNÓ.

(Concluirá.)

ANUNCIOS.

Perfumería Victoria
DE RIGAUD Y C^{IA}
PARIS—8, Rue Vivienne, 8—PARIS
ARTÍCULOS EXTRAFINOS
Adoptados por la sociedad elegante de ámbos mundos



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA.
(ANTES A. LOPEZ Y COMPAÑÍA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO Y LA HABANA.
Salidas: de Barcelona los días 4 y 25 de cada mes; de Valencia el 5 de Málaga 7 y 27; de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

NOTA. Los vapores que salen de Cádiz el 10 hacen la escala de las Palmas (Canarias).

Se expenden también billetes directos para

MAYAGÜEZ, PONCE, SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS, con trasbordo en Puerto-Rico ó Habana.

Rebajas á familias y tratos convencionales para aposentos mayores que los correspondientes ó de gran lujo.

Los pasajes de 3.^a clase acaban de fijarse en 35 duros.

Idem de 3.^a preferentes con mayores comodidades á 50 duros á Puerto-Rico y 60 duros á la Habana.

Para más detalles dirigirse á Julian Moreno, Alcalá, 28, Madrid.—D. Ripoll y Compañía, Barcelona.—A. Lopez y Compañía, Cádiz.—Angel B. Perez y Compañía, Santander.—E. da Guarda, Coruña.

CASA GENERAL DE TRASPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.^a
MADRID.—ALCALÁ, 28.
PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3⁵⁰ pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

CAMPOAMOR

COLON.

POEMA

Esta obra forma un volumen de 284 páginas, esmeradamente impreso, y se vende al precio de tres pesetas en toda España.

Diríjanse los pedidos á la librería de D. Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, Madrid.

EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTÉS, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO
Y EX-GOBERNADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro, núm. 1, piso 3.^o derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORÍGENES.

Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores, en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso en oro.

TRADICIONES

DE

TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía,—Caños, 1,—son los encargados de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

Agua de Tocador, Polvos, Jabon, Extracto, Cold-Cream y Aceite: al KANANGA del Japon — al YLANGYLANG de Manila — al CHAMPACCA de Lahore — al MELATI de China, perfumes exóticos, propiedad exclusiva de RIGAUD y C^{IA} — AGUA DE COLONIA DE LA MODA, deliciosa para el tocador — CREMA DENTIFRICA de Rigaud, blanquea del marfil, preserva el sarro, limpia dulce — DENTORINA de Rigaud, refresca el aliento, blanquea la dentadura, previene la caries — LECHE DE KANANGA contra las pecas, el paño, las eflorescencias, el asoleo, la tez barrosa, etc. — FLUIDO INDIO, para la barba y el cabello — JABON MIRANDA, da un baño lechoso de suave fragancia — ACEITE MIRANDA, conservacion y brillantez de la cabellera. — Perfumes para el pañuelo inalterables, moda parisiense: Reseda, Heliotropo blanco, Ixora de Africa, Jazmin, Heno Cortado (New Mown-Hay), Opoponax, Tubereuse, Cillet, Aubépine, etc.

BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal, Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.

Por suscripción á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo pago adelantado.

SE HA PUBLICADO

Á SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Londres, y publicado ahora por primera vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya primera edicion está próxima á agotarse.

OBRAS EN PRENSA

LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.

LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Picatoste.

Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles,

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

DOLORAS

Y

CANTARES

DÉCIMO-SEXTA EDICION

Un grueso volumen de LVII-458 páginas.—Se vende al precio de 5 pesetas en Madrid y 5⁵⁰ en provincias, en casa de Victoriano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid, donde se dirigirán los pedidos acompañados de su importe.

BANCO DE ESPAÑA.

Habiéndose recibido en este día de la Direccion general de la Deuda pública los talones de los resguardos hasta el número 7.475, expedidos por aquel centro en representacion de cupones de Deuda perpétua al 4 por 100 interior, vencimiento de 1.^o de Enero último, presentados en aquella Direccion, los portadores de los citados resguardos pueden presentarlos al cobro cuando gusten en la Caja de este Banco.

Madrid 26 de Marzo de 1883.—El Secretario, Juan de Morales y Serrano.

OBRAS NUEVAS.

GOTTSCHALCK, POR LUIS RI-

cardo Fors, miembro del Liceo y Conservatorio de Música de Barcelona, del Ateneo de Madrid y de otras corporaciones científicas y artísticas, nacionales y extranjeras. Obra escrita expresamente para LA PROPAGANDA LITERARIA. Está impresa con todo lujo, en un tomo de 400 páginas, adornada con un magnífico retrato del celebrado pianista y una vista de la tumba en que descansa, abiertos en acero por uno de los mejores artistas de Nueva-York. Está además enriquecida con un fragmento de música, autógrafa é inédita, del célebre artista. El autor de esta obra, tan competente en el arte musical como apreciado del público, ha escrito una interesante y minuciosa biografía del eminente artista, con quien vivió largo tiempo en Sur-América: á esta biografía, formada con datos auténticos, irá unida la historia anecdótica de gran parte de las composiciones de GOTTSCHALCK, reveladas muchas de ellas en momentos de confianza por el propio artista. La circunstancia de que el autor de esta obra conoció íntimamente á GOTTSCHALCK, facilita la publicacion de los interesantes detalles de su muerte y de infinitos actos de la vida íntima del inspirado músico, cuya existencia fué una serie no interrumpida de accidentes á cual más dramáticos é interesantes. Puede asegurarse que el libro del

Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una obra que buscan con avidez y leen con placer los numerosos amigos del gran artista norte-americano y los entusiastas admiradores de su potente génio y vastísimo talento. Reales... 30

TEATRO NUEVO, POR JOSÉ

Roman Leal.—Con este título ha escrito el Sr. Leal un libro de tanta novedad como interés. Es un estudio de Filosofía y Estética aplicada al arte poético y determinadamente á la dramaturgia. Le sirven de motivo las obras de D. José Echegaray. Intercala en el centro los juicios críticos ya publicados separadamente, de *Olocura ó santidad* y *En el seno de la muerte*. Se divide este notable trabajo en cuatro secciones por capítulos. La primera, precedida de una introduccion interesante por los recuerdos de historia contemporánea que contiene, consta de ocho capítulos escritos con mucho vigor de estilo. En ellos plantea y desarrolla el autor su pensamiento sobre las condiciones que, con arreglo á las ciencias y sus grandes adelantos, debe tener el arte moderno, y deduce que es una necesidad de los tiempos dar forma amplia y grandiosa al *Drama social* con sentido moral y antropológico, y acometer con audacia y resolucion el problema de la Finalidad, que dice es inmanente. Siguen á esta seccion los dos juicios críticos expresados, y termina el libro con otra seccion cuarta, donde aborda los problemas del principio moral y de la vida en relacion con el Universo por corrientes de ideas y de sensaciones, estableciendo, por último, las leyes fundamentales del criterio. Ofrece seguramente este libro tanta novedad en los pensamientos como en la forma de exponerlos. Precio del tomo, de 350 páginas, edicion de lujo, reales.... 20

UN VIAJE A PARIS POR EMI-

lio Castelar, seguido de un guía descriptivo de París y sus cercanías, por L. Taboada.

Si París no es ya para muchos el cerebro del mundo civilizado, es sin duda para todos el corazón que regula y difunde el movimiento de las ideas. Por esto conviene siempre co-

nocer ese foco donde se concentra é irradia á la vez toda la vida de nuestro siglo. Y este libro presenta la gran ciudad en una de las crisis más trascendentales de su dramática historia; el período en que se estableció por tercera vez la República, está iluminado, más que descrito, por un pincel inimitable: la pluma de Castelar.

Parecíamos que completaría el conocimiento de ese fecundo escenario un *guía de París y sus cercanías*, cuyo mérito consiste principalmente en la abundancia de útiles noticias y en el método y la claridad de su exposicion. Con él son, en verdad, innecesarios los servicios de modestos y costosos tutores. Los suple sobradamente un *precioso plano de París y los del Louvre*, sin cuyo auxilio no podrán recorrerse aquellas vastas y ricas galerías.

Todo está contenido en un tomo manuable de unas 600 páginas, de letra compacta, que se vende á reales..... 20

VIDA DE LORD BYRON, POR

Emilio Castelar. Esta obra del eminente orador español, que la considera su autor como la más predilecta entre todas las suyas, publicada con todo lujo, forma un precioso tomo en 4.^o menor, de más de 200 páginas, impresa con tipos completamente nuevos y una elegante cubierta de color.

Está adornada con un magnífico retrato del poeta inglés, abierto en acero por el más célebre grabador de Nueva-York. Reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas obras se harán á la sucursal en Madrid de LA PROPAGANDA LITERARIA, calle de Leon, 12, principal, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMERICA

Año XXIII

Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante veintitres años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscritores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.^{IA} Caños, 1.